



**PEQUEÑO ZORRO,
EL GRAN CAZADOR**

H. Radau



Hanns Radau, autor muy conocido de obras para chicos, nos cuenta en este sugestivo libro la vida del muchacho indio «Pequeño Zorro», gran cazador en la tundra de Alaska. «Pequeño Zorro», hijo de un jefe indio a quien una enfermera y un tío suyo, blanco, sacan de la pobreza y ayudan a independizarse, abandona su trabajo en una factoría de la costa para dedicarse a la caza de animales de pieles, en la que es entrenado por su tío.

Pequeño Zorro, el gran cazador, es un estupendo y apasionante relato

sobre Alaska, su clima, los métodos de caza y la vida fuerte, dura y alegre de los tramperos, aislados en las inmensas soledades heladas.

Las aventuras de «Pequeño Zorro», su adaptación a la vida del cazador, la descripción de la factoría y de la población india interesarán vivamente a los jóvenes lectores por su autenticidad y gracia narrativa. Los acertados dibujos de Heiner Rothfuchs contribuyen a animar este excelente libro.



Hanns Radau

Pequeño Zorro, el gran cazador

Pequeño Zorro - 01

ePub r1.0

Prometheus 17.06.14

Título original: *Grosser Jäger Little Fox*

Hanns Radau, 1957

Traducción: Juan Godó Costa

Ilustraciones: Heiner Rothfuchs

Diseño de sobrecubierta: Roc Riera Rojas

Editor digital: Prometheus

ePub base r1.1



NIETO DE UN JEFE INDIO

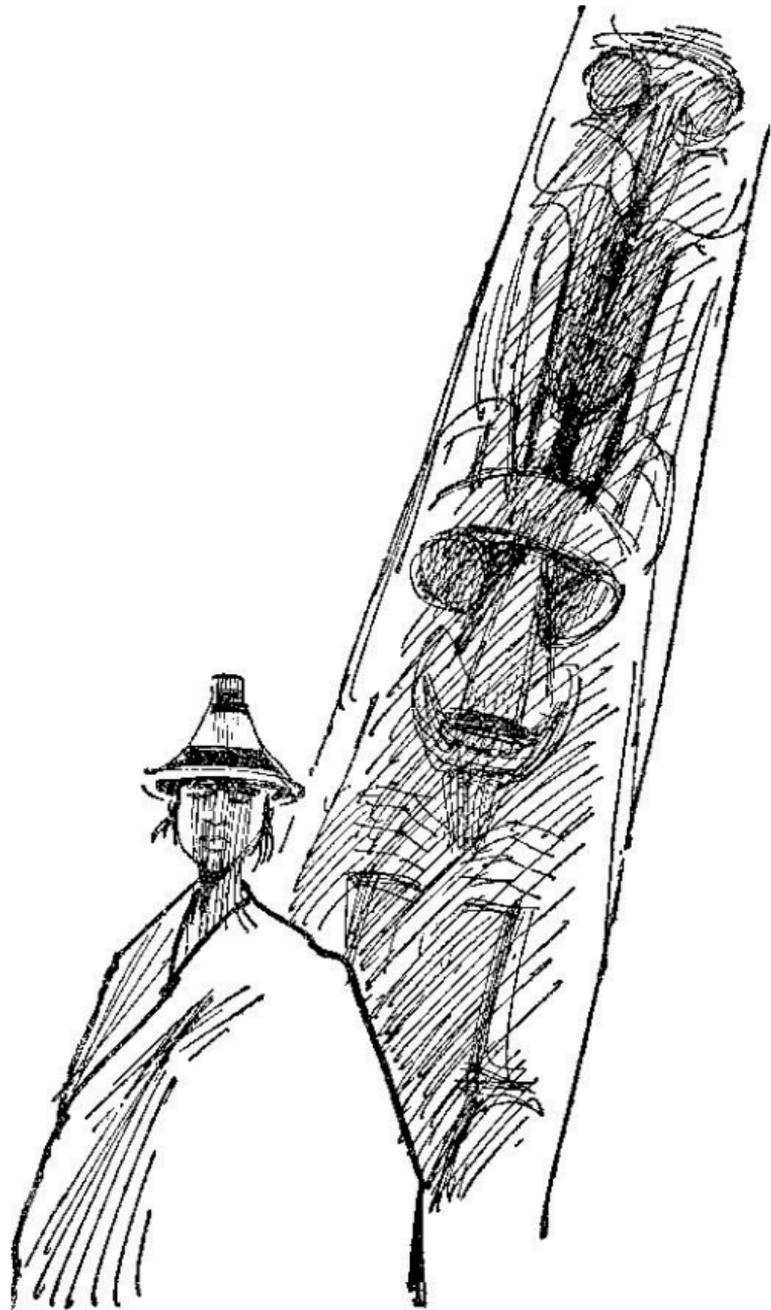
Soy un indio de la tribu de los natsit, del valle del Koyukuk, y el tótem de nuestra familia es el zorro. Miss Lindsey, que durante algún tiempo fue nuestra maestra y luego se casó con un ingeniero de minas de Fairbanks, me dio el apodo de «Little Fox», es decir, «Pequeño Zorro». Desde entonces, todos me conocieron por este nombre, aunque en realidad me llamo Jack Cheecooh.

Mi madre era de la tribu de los haida, que viven en el sur de Alaska,

junto al mar y en las islas, en el «Mango de la Sartén». Mi padre, que había estado trabajando en aquella región, en la fábrica de conservas de salmón, conoció allí a mi madre.

Ella me hablaba mucho de su pueblo cuando yo era todavía pequeño y cuando, durante su enfermedad, le hacía compañía, y también cuando hacía demasiado frío para ir a jugar al aire libre. Me hablaba del alto poste totémico, de hermosos adornos tallados en la madera, de su familia y de los hombres de la tribu, que intrépidamente navegaban por el mar de encrespadas olas en sus grandes canoas de madera de

Pernambuco. Tienen allí casas espaciaosas de madera, con muchos adornos tallados, y en ellas vive toda la tribu. Mi madre era más alta que todas las demás mujeres de nuestra tribu, más alta incluso que la mayoría de los hombres, y el color de su piel era muy claro. Una ciudad —Hydaburg— situada en una de las grandes islas meridionales, recibió el nombre de su tribu. Mi madre me enseñó también la lengua de los haida, que es completamente distinta de la nuestra, pero volví a olvidar esta lengua, porque yo era aún muy chiquitín cuando mi madre murió.



Sin embargo, recuerdo muy bien, padecía continuos accesos de tos, que la atormentaban, y que siempre me decía: «Habría sido mejor para mí el permanecer con los de mi tribu». Hoy día creo que se sentiría muy orgullosa de su tribu. «Yo soy una haida y tú eres también un haida», solía decirme. Pero yo soy un natsit como mi padre y como mi abuelo, pues no soy más alto que los otros muchachos de mi edad ni tampoco tengo la piel de un color tan claro como la de mi madre.

También mi padre murió prematuramente, no mucho tiempo después que mi madre. Desde entonces

viví con mi abuelo, que se llamaba «El-que-llama-al-salmón», porque —según decía la gente— podía predecir cuándo el salmón venía remontando la corriente.

Mi abuelo era el jefe de una subtribu, y yo sé que a veces le visitaban algunos indios que se hallaban de paso, en viaje de negocios. Entonces se comía y bebía en abundancia. Fuera de estas ocasiones, solíamos pasar hambre, pues mi abuelo era ya muy viejo y apenas iba a cazar. Finalmente, ya ni siquiera pudimos continuar con nuestra vida nómada, y nos quedamos a vivir en una mala choza de los alrededores de la ciudad de Tanana. Recuerdo todavía que

a veces llegaban hombres blancos que querían que mi abuelo les sirviera de guía, pues conocía como ningún otro todos los ríos, montañas, lagos y bosques del país. Entonces las mujeres de mi tribu me daban todo cuanto necesitaba para poder vivir. A veces iba a la escuela, y me gustaba mucho, porque en ella aprendía muchas cosas, y me gustaba oír hablar de nuestro grande y bello país. Aprendí a leer y escribir, y no me costaba tanto trabajo como a los otros niños indios. También aprendí a leer en el mapa, y conozco por su nombre las ciudades, cordilleras, ríos, lagos, costas y golfos del país. Conozco

mucho acerca del salmón, que durante la primavera sale de las profundidades del mar, gordo y robusto, hacia las costas, remonta la corriente de los ríos para poner allí los huevos, y luego se retira otra vez, débil y enflaquecido, y generalmente ya no puede llegar hasta el mar. Sé que el salmón constituye la riqueza de nuestro país, junto con los bosques y las pieles de los animales, no únicamente el oro, que muchos buscan y pocos encuentran. También los hombres de mi tribu vivían en otro tiempo de la caza y de la pesca. Decían: «Cuantos más hombres blancos llegan a nuestra tierra, tantos menos animales caen en

nuestras trampas». Hoy día sé que el trampero blanco es más diligente que el indio. Caza más y gana bastantes dólares. Pude ver en la tienda del comerciante los trineos atestados de pieles, y creo que es preciso ser muy hábil y diligente y seguir a los animales hasta los lugares en donde viven. Actualmente sé cómo se hace todo esto, y que colocar trampas es un trabajo sumamente difícil. Sin embargo, si uno vive en las míseras chozas de los alrededores de la ciudad, bebiendo whisky y *hootch*, no pescará ningún salmón.

Todos los hombres de nuestra tribu

eran dados a la bebida, y también muchas de las mujeres. Pero mi abuelo bebía más que nadie, sobre todo durante la temporada de la pesca del salmón y cuando recibía visitas. Todos traían consigo whisky y *hootch*. Cuando yo fui algo mayor, también bebía; pero debido a que los hombres eran muy egoístas en este punto, sólo tenía ocasión de beber, y nunca en abundancia, cuando ellos estaban ya muy borrachos.

Contaría yo quince años cuando por vez primera me emborraché de verdad. Había estado entonces en nuestra choza un hombre anciano, tan viejo como mi abuelo. Venía acompañado de tres

hombres de su tribu, viejos también. Era uno de los pocos hechiceros que quedan todavía, y se llamaba «El-que-va-a-la-luna». Habían vendido pieles y algunos objetos que los hombres de los Estados suelen adquirir para llevar a su país como recuerdo. Habían traído whisky, y ahora todos bebían. Cuando estuvieron alegres, dieron de beber a las mujeres y también a mí.

Los hombres cantaban viejas canciones o escuchaban mientras cantaba el hechicero. Luego dijo el hechicero que ahora iba a volar hacia la luna, y empezó a golpear el suelo con los pies y a cantar, y todos se apartaron

de él y guardaron un silencio angustioso. Entonces el hechicero estuvo unos instantes completamente silencioso y miró hacia todos los lados. También me miró a mí, y yo empecé a sentir mucho miedo; pero entonces se desplomó y los hombres le tendieron sobre un lecho.

Decían que ahora era demasiado viejo para sus prácticas de brujería, y mi padre les refirió que una vez presenció cómo este hechicero desapareció entre las nubes y permaneció ausente mucho rato. Luego volvieron a beber y a ponerse cada vez más alegres. También a mi me pasaron la botella, y yo me alegré lo mismo que

ellos. Mi abuelo bailaba también y cantaba, hasta que se cansó y le entró sueño, y dirigiose hacia un lecho, tambaleándose. Acostose en él y pronto empezó a roncar. Yo todavía no estaba muy borracho, pero aquellos hombres me dieron luego más whisky y tuve que salir, porque me sentía muy mal. Una vez fuera, caí en medio de la nieve cenagosa, y no fui capaz de volver a levantarme. Tuve que rendirme y quedar allí tendido.

En este estado me encontró la enfermera que en la colonia de los indios ayuda al doctor y que cuida de los niños pequeños de los indios cuando

están enfermos. Es una india, y todos la conocen por el nombre de «Ojos-de-salmón». También visitaba a menudo a mi madre, cuando ésta estaba enferma. A veces jugaba conmigo. Ponía un caramelo delante de mi boca, y cuando yo trataba de cogerlo, retiraba ella la mano y me decía: «¡El “Pequeño Zorro” me quiere morder!», y los dos nos reíamos.

«Ojos-de-salmón» fue pues, quien me encontró en medio de la nieve, me llevó a la cabaña y me acostó. Increpó duramente a los hombres y a las mujeres. Tuve tiempo de oírlo, pero en seguida me quedé dormido.

Al día siguiente me encontré muy mal: me dolía mucho la cabeza. Por la tarde (yo me encontraba todavía acostado) entró de nuevo en la cabaña la enfermera. Reprendió al abuelo y a las mujeres, las cuales no dijeron una sola palabra. Dirigióse hacia mi cama. Yo hice como si aún estuviera durmiendo, pero ella se dio cuenta. Me dio un fuerte golpe y me dijo:

—«Pequeño Zorro», ¿por qué bebes *hootch* y whisky? ¿Es que no ves en lo que ha convertido la bebida a tu abuelo, el cual fue un jefe en otro tiempo? Todos los indios le estimaban, y los hombres blancos que no conocían el país

escuchaban sus consejos y le seguían llenos de confianza. Él sabía, más que ningún otro, seguir la pista del salmón. En los bosques de las montañas del sur, persiguió al gran oso y le dio muerte con el cuchillo. Conocían su nombre en Juneau, Dawson, Fairbanks, Nome, Mamaluka. Muchos blancos le deben la vida, debido a haberle tomado como guía. Contéplale ahora. ¿En qué ha venido a convertirse? En un viejo, carente de orgullo y dignidad. Los hombres blancos pasan delante de él, cuando yace en el barro, borracho, y dicen con desprecio: «¡Otro indio borracho!». Los indios de Alaska

quieren tener los mismos derechos que los blancos, pero sólo piensan en el derecho de emborracharse. También tu padre bebía. Quizá sus pulmones habrían sanado, si hubiera dejado la bebida. Pero ¿y tu madre? ¿Acaso la viste jamás emborracharse como a estas mujeres de aquí?

«Ojos-de-salmón» volvió a darme una palmada, y vi en sus ojos lágrimas de ira. Me acordé entonces de lo mucho que habíamos jugado junto al lecho de mi madre enferma, y de cuánto nos habíamos reído.

—«Ojos-de-salmón» —le dije—, ya no quiero beber más, ni *hootch* ni

whisky, puesto que mi madre no bebía; no, ya no volveré a beber.

—Me alegraría —repuso— de que hubiera otro indio al que los blancos apreciaran, «Pequeño Zorro».

Dicho esto, salió apresuradamente.

Desde aquel día no volví a beber.

TRAPPER-FRED

Unas semanas más tarde llegó a casa aquel hombre blanco que se había casado con una hermana de mi padre. No está bien considerado el hombre que se casa con una india. Dicen de él desdeñosamente que es un *squawman*. Uno de estos hombres era Trapper-Fred. Recuerdo que antes había estado algunas veces en casa, pero ahora hacía ya mucho tiempo que no había venido a vernos. «Ojos-de-salmón» estaba con él. Trapper-Fred reprendió vivamente a mi abuelo, el jefe. Éste se hallaba sentado

en su cama, mirando hacia un lado, y durante unos instantes guardó silencio. Pero al ver que Trapper-Fred continuaba hablándole, se enfadó, escupió delante de sus pies, y dijo:

—¡Lo que dice un *squawman* es como el aullar de un perro!

Entonces Trapper-Fred se irritó sobremanera, cogió a mi abuelo por el pecho, lo levantó, y le habría pegado de no haberle agarrado del brazo «Ojos-de-salmón». Mi abuelo irritose también, y rugió:

—Yo soy el jefe «El-que-va-en-busca-del-salmón». He matado a hombres en el combate, y ningún

squawman puede golpearme sin que muera a mis manos.

—¿Dónde hay aquí un jefe? — preguntole Trapper-Fred—. Tú eras en otro tiempo un jefe, y yo tomé por esposa a la hija de un jefe. Pero la hija del jefe murió y el jefe convirtiose en un borracho, que anda mendigando unas gotas de whisky.

»¡Mátame, pues! —exclamó Trapper-Fred—. ¿Por qué no me matas? ¿Dónde tienes tu rifle, gran jefe “El-que-va-en-busca-del-salmón”? Es que lo has cambiado por whisky. ¿Dónde están tus perros? ¿Dónde están tus trampas? ¿Dónde está tu tribu?

Entonces, el anciano ya no respondió una sola palabra. Vi que temblaba intensamente. Luego dejose caer sobre su lecho y volvió el rostro hacia la pared.

Después Trapper-Fred dirigióse a mí diciendo:

—Tú también eres un borrachín. Él, por lo menos, en otro tiempo fue un gran jefe, antes de que se convirtiera en un borracho. Pero no serás jamás otra cosa más que un pequeño borrachín. Luego morirás y no serás más que un borracho muerto. ¿Para eso te trajo tu madre al mundo?

—¡No! —gritó—. No he vuelto a

beber desde entonces, ni volveré a hacerlo en mi vida. Así se lo prometí a «Ojos-de-salmón», y no ocurrirá como tú dices. Yo no seré ningún borracho muerto.

Me miró largamente. Luego dijo a «Ojos-de-salmón»:

—Habría que probar con él.

Y luego dijo dirigiéndose a mí:

—Ven conmigo, «Pequeño Zorro».

Así, pues, salí de la cabaña con él y con «Ojos-de-salmón», dejando en ella al anciano que ya no era ningún jefe, pero todavía era mi abuelo, y yo estaba muy triste.

Trapper-Fred dio a «Ojos-de-

salmón» muchos billetes de banco y se marchó. Nosotros fuimos entonces a la tienda y compramos vestidos, camisas y zapatos para mí y también un saco para meter todas las cosas. Luego me hizo cortar el pelo muy cortito. En su casa, tuve que lavarme en agua caliente, con mucho jabón y con un cepillo, y por dos veces tuvo que decirme «Ojos-de-salmón»:

—Todavía estás sucio. Lávate otra vez.

Por la noche tuve que ponerme una camisa muy larga, y los dos nos reímos de mi propia facha. Dormí al lado de «Ojos-de-salmón» en el canapé.

Al día siguiente volvió a presentarse Trapper-Fred. Fuimos todos al aeródromo. Trapper-Fred y yo subimos al avión que volaba con rumbo a Fairbanks. Vi que «Ojos-de-salmón» lloraba.

Durante el viaje, me dijo que yo debía continuar hacia Juneau. En Fairbanks me acompañaría hasta el avión y luego regresaría. Me dio una carta y me dijo:

—Dutch-Will irá a buscarte al aeródromo. Ya le he telegrafiado. En caso de que no te encontrara o no pudiera venir, ahí en la carta tienes sus señas. No la pierdas.

Yo había creído que me llevaría a su cabaña, y aunque el hombre aquél me daba un poquitín de miedo, me atraía, sin embargo, la vida de los tramperos. Por ello no respondí a sus anteriores palabras.

¿Qué iba a hacer yo en Juneau? A nadie le gusta abandonar a su familia. Es verdad que cuando todos pasaban hambre, yo también la pasaba, pero, después de todo, en Tanana tenía yo mis amigos. El abuelo no se había preocupado mucho por mí; pero ahora recordaba que cuando yo era pequeño, él me hacía juguetes. Él fue quien hizo mi primer trineo, y además me regaló un

perro, que ya era viejo, y pronto murió.
¿Qué iba yo a hacer en Juneau?

EN EL «MANGO DE LA SARTÉN»

Dutch-Will vino a recibirme en Juneau, en el aeródromo, y durante mucho tiempo viví en su casa. Nunca hablaba mucho conmigo, pero tampoco se mostró nunca antipático.

Como casi todos los hombres de Juneau, Dutch-Will trabajaba en la pesca del salmón durante la temporada en que el «Rey Salmón» se dignaba visitar aquellos parajes. Tenía un socio que poseía una buena lancha, y así fue cómo yo empecé a trabajar como ayudante de

mister Christoph.

Desde fines de junio hasta fines de julio pescábamos los salmones de la bahía; sólo nos estaba permitida la pesca los jueves y los domingos. Todo el mundo gana allí muchos dólares durante la temporada, tantos dólares como para poder vivir desahogadamente todo el invierno. A mí me sobraron doscientos dólares, y la mujer de Dutch-Will fue conmigo al banco y abrió en mi nombre una cuenta corriente.

—Lo que no se tiene en las manos —dijo—, no se gasta tan fácilmente.

Era una mujer muy fea, pero cocinaba muy bien, y por ello iba mucha

gente a su casa a comer durante la temporada del salmón. Era muy exigente, y quería tener siempre muy limpias todas las cosas. Tuve que acostumbrarme desde un buen principio a sus reproches y a su gran amor a la limpieza. Más tarde llegamos a hacer muy buenas migas. Los domingos me llamaba a su cuarto y me invitaba a tomar el té con pastas, y me decía:

—¡Anda, cuéntame!

Entonces yo le contaba todo lo que había oído o visto, incluso del tiempo de antes de haberla conocido, acerca de las personas y de los animales, en fin, todo cuanto se me ocurría. Ella hacía muy

pocos comentarios a lo que yo decía, y continuamente estaba haciendo calceta. A veces le hacía gracia lo que yo le contaba, y se reía de buena gana. A mí me agradaba verla reír, pues tenía entonces un aspecto muy simpático, y por ello procuraba contarle cosas divertidas.

Lo que más gracia le hizo fue, sin embargo, lo que nos ocurrió a «Mister Whisky» y a mí. Dutch-Will me había enviado al hotel porque había oído decir que «Mister Whisky» necesitaba un ayudante para el «Golden North Derby».

EL «GOLDEN NORTH DERBY»

En este *Derby* se trata de ver quién captura el salmón más grande con la caña y el anzuelo. La extensión en que puede pescarse con caña y el tiempo están reglamentados con toda exactitud. Los peces más grandes son pesados ante un jurado, y el que posee el pez más gordo es ganador del *Derby*. Hay en este certamen buenos premios: receptores de radio y televisión, automóviles, viajes en avión, neveras, etcétera.

«Mister Whisky» se llamaba en

realidad John Crable, pero yo no lo sabía cuando llegué al hotel preguntando por él. Este hombre llegaba todos los años para el *Derby*, procedente de los Estados, y se sabía que en ellos era un diligente hombre de negocios que jamás probaba el whisky. Pero cuando se encontraba en Juneau bebía a todas horas, y casi siempre andaba un poco borracho. Entonces estaba muy alegre, y mientras estaba pescando hacía toda clase de bromas.

«Mister Whisky» y yo nos dirigimos, pues, hacia la bahía, en la que pululaban embarcaciones de toda especie. «Mister Whisky» estaba muy gordo, comía

mucho y me daba también a mí de sus bocadillos. Hablaba y bebía, pero nunca apartaba los ojos de su caña de pescar.

Capturó muchos salmones, pero los arrojaba todos nuevamente al agua, incluso los grandes.

—¿Qué voy a hacer con estos enanos? —decía—. Nadie tiene probabilidades de ganar el premio con un pez de un peso inferior a las cincuenta libras. No quiero que la gente se ría de mí en el momento de ir a pesar este pescado. Anda, sigue nadando, enanito. Remonta la corriente; hazte fecundo y multiplícate.

A cada pez que cogía y ponía luego

en libertad le soltaba su pequeño discurso.

—Diez años hace ya que vengo a este asqueroso sitio, y solamente conozco mi hotel y la bahía, y todavía no he pescado un salmón que pesara más de treinta libras. Tú me traerás la suerte, pequeño indio. Te daré un dólar extra por cada libra que pase de las treinta libras. Anda, pronuncia un conjuro, a ver si ganas muchos dólares.

Yo le dije que conocía a un viejo hechicero, pero no conocía ninguno de sus conjuros. También le hablé de mi abuelo, el cual recibió su nombre por su habilidad en conocer cuándo el salmón

remonta la corriente del río.

—Nieto del jefe «El-que-va-en-busca-del-salmón» —decía—, tú me traerás suerte, pues todas las facultades se heredan. Llama al salmón más grande que se encuentre en la bahía.

Diciendo esto, nos echábamos a reír de buena gana.

Pero en la tarde del primer día cobré veinticinco dólares extra, ya que el hombre pescó dos salmones que estimó en cuarenta libras y en treinta y cinco libras de peso, respectivamente, y creo que calculó bien. Al día siguiente sólo cogimos peces pequeños, y yo no recibí ni un centavo de más.

—Yo te doy dinero, mucho dinero por este trabajo, y he ahí que tú estás sentado comiendo mis bocadillos y sin pronunciar ninguna de tus fórmulas mágicas —dijo riendo «Mister Whisky».

Yo le respondí:

—Aguarde un momento. Mañana llegará el gran salmón. Percibo dentro de mí el poder de mi abuelo. Un salmón muy grande se encuentra en camino y pasará precisamente por aquí. Trace usted una señal en el agua, para que podamos encontrar de nuevo el lugar.

Bebió directamente de su botella. Luego arrojó al agua el resto del whisky, y dijo:

—Éste es, pues, el lugar.

Durante dos horas estuvo sin poder beber una gota de whisky.

Cada tres días llovía, pero aquel día llovió incesantemente. «Mister Whisky» había bebido ya cuando subió a la lancha. Me di cuenta de ello por el olor.

—Nieto del jefe —me dijo—, hoy es nuestra última oportunidad. Piensa que desde hace diez años estoy viniendo a este asqueroso país, y siempre en vano. Piensa que desde hace diez años se están burlando de mí los amigos, porque un año tras otro estoy viniendo a este asqueroso país y nunca gano ni siquiera un aparato de radio. Piensa

finalmente, que tú debes mostrarte digno de tu abuelo, el cual conjuraba al salmón.

—Ya le he llamado al «Rey Salmón» —repuse—. Sólo se trata de que encontremos de nuevo el lugar donde usted vertió el whisky.

—Yo encontraré el sitio —dijo—, mi nariz está acostumbrada al rastro del whisky. No temas, que encontraremos el lugar.

Remando nos adentramos en la bahía.

—¡Alto! —dijo—. Percibo el olor del whisky. Fue aquí, en este mismo sitio.

Estuvo allí con la caña durante dos horas, pero no vimos ningún salmón. Tampoco vimos que los otros pescadores pescaran nada.

—Me parece que dijiste la fórmula mágica al revés —díjome «Mister Whisky» en tono de reproche.

—Si usted no se ha equivocado en cuanto al lugar, no tiene por qué preocuparse. Esta noche he pronunciado un estupendo conjuro para el salmón —le dije.

—¿Cómo lo hiciste?

—Me acosté en mi cama, cerré los ojos e invoqué al gran salmón.

—¿Y luego?

—Luego dormí lo más profundamente que pude.

—¡Qué muchacho tan listo! — exclamó «Mister Whisky», dándome un ligero puñetazo en la barriga, en el mismo instante en que me disponía a colocar junto a él, debajo de una tela impermeable, la bolsa con los bocadillos. Así que tropecé, perdí el equilibrio y me caí al agua. Yo sé nadar perfectamente, pero no sé nadar muy bien con los chanclos puestos y con el impermeable. Fue tanto lo que se inclinó «Mister Whisky» sobre mí, que creía que con su gruesa figura iría a parar también al agua. Era un hombre de

mucha fuerza, y tan pronto como consiguió agarrarme, me subió de un tirón a la lancha.

—No quise hacerlo, muchacho — disculpose—, era sólo una broma. Vamos en seguida al puerto, para que te cambies de ropa.

—No, *mister* —le dije—. Precisamente en este instante podría llegar el salmón y quizá lo pescaría otro. Entonces habríamos perdido el tiempo.

—Puede que tengas razón — respondió, mirando hacia el mar.

En las otras lanchas había mucho movimiento y se oían muchos gritos. Esto era siempre la señal de que se

acercaban bancos de peces. Desnudose rápidamente y me dio su camiseta, sus calzoncillos y su pullover. Así cada uno de los dos tenía ropa seca debajo del impermeable. Mientras yo me vestía, él no paraba de reír.

—Vuelve a quitarte el impermeable y las botas —me pidió—. Quiero llevarme a casa un retrato tuyo. Estás muy gracioso con mis calzoncillos.

Sacó su máquina fotográfica, hizo la fotografía y entretanto no dejaba de reír.

—¡Ya vienen! —exclamé, pues observé un movimiento en el agua como si ésta estuviera hirviendo.

«Mister Whisky» guardó

rápídamente la máquina fotográfica en la bolsa de los bocadillos y miró en la dirección que le señalaba mi mano.

—Vienen directamente hacia nosotros, y forman un inmenso banco. Parece como si quisieran atacarnos. Y hay entre ellos algunos ejemplares de gran tamaño.

Dicho esto, preparó la caña.

Tratábase realmente de salmones de enorme tamaño. El banco fue acercándose a nuestra lancha y en seguida percibimos el chasquido que producían en el agua junto a la embarcación.

«Mister Whisky» había echado el

anzuelo. Durante muchos minutos estuvo bailoteando nuestra lancha sobre el banco de salmones, pero ninguno de ellos picó, ninguno entre tantos centenares.

—Él estaba ahí —dijo «Mister Whisky», echando una vez más el anzuelo—. Lo he visto. Hazlo volver con tu conjuro.

Yo no dije nada, pues vi que «Mister Whisky» se había puesto triste como un niño y no quise gastarle más bromas con mis supuestas invocaciones mágicas. Los lomos de brillantes escamas estaban ya muy lejos, y el pescador arrojó de nuevo el anzuelo al agua. Yo aparté la

mirada, y me sentí asimismo inmensamente triste, porque había deseado que aquel hombro grueso, tan divertido, pudiera capturar aquel año un salmón de gran tamaño. En el mismo instante en que me volví para mirarle, reconocí, por la expresión de su cara, que acababa de picar un pez, y también observé que la caña se doblaba repentinamente hasta tocar el agua. Y oí al hombre decir en voz baja:

—Quizá sea él. Este salmón es muy fuerte, muy fuerte.

Debía de ser realmente un pez muy fuerte, puesto que empezó a arrastrar la lancha.

—Quítame el impermeable —me pidió «Mister Whisky»—, pues me molesta.

Mientras le quitaba el impermeable, dio al pez suficiente sedal.

Y ahora empezó a luchar con el pez. No, ahora ya no estaba borracho, y luchaba como debe luchar un hombre. De pronto había mudado de semblante. Parecía como si ya no tuviera grasa en el cuerpo, como si fuera todo energía, como si jamás hubiera reído en su vida. Cada vez se inclinaba la caña, y yo me preguntaba cómo era posible que no se rompiera, ni tampoco el fino sedal. Soltó muchísimos metros de sedal, y

luego volvió a tirar de él pulgada tras pulgada. Entretanto, jadeaba y a veces rugía como un oso encolerizado.

Y cada vez ocurría lo mismo: él daba al pez metros y más metros de sedal, para volverlo a recoger pulgada tras pulgada, y la caña se ponía cada vez tensa como un arco.

Pero una vez el pez se burló de él. La punta de la caña retrocedió rápidamente a su posición primitiva. El hombre grueso remó en el aire violentamente con los brazos, luego cayó sentado con fuerza sobre el borde de la embarcación y, finalmente, se cayó al agua. Pero no soltó la caña. Yo salté

presuroso hacia él y agarré la caña, con objeto de que él quedara con las manos libres. Sin embargo, «Mister Whisky» escupió agua y me dijo a gritos:

—¡No la cojas! ¡Ve al otro lado para que no vuelque la lancha!

Hice como él quería que hiciese, y el salmón, con su fuerza, vino en su ayuda, pues tiraba fuertemente del sedal a través de la embarcación. Aquel hombre tenía realmente mucha fuerza. Como un oso remojado logró subir a la lancha, y daba también resoplidos igual que un oso. El agua corría a raudales a lo largo de su cuerpo, mitad agua de mar, mitad agua de lluvia, pues

precisamente en aquellos instantes las nubes estaban soltando toda el agua que llevaban.

—Quizá será mejor que le sujete, no sea que vuelva usted a caerse al agua — le dije.

Mas él repuso:

—Durante diez años le estuve aguardando, y ahora quiero cogerlo yo solo, o que remonte la corriente, si es que es más fuerte que yo.

Estuvieron luchando una hora o más, y yo tenía preparado el garfio. Pero resultó que «Mister Whisky» fue el más fuerte.

Nos hallábamos sentados uno frente

al otro, y entre los dos, en el agua de sentinas, yacía el enorme pez, el «Rey Salmón». «Mister Whisky» estaba sentado en cuclillas, bajo la manta de lana y el impermeable que yo le había puesto sobre los hombros. Su respiración era jadeante, y tosía constantemente, y no cesaba de contemplar el pez. Luego sacó su botella de whisky, bebió un largo trago, levantó la botella hacia el pez y dijo:

—Tú eras fuerte, «Rey Salmón», y si esta vez es otro hombre el que gane el «Golden North Derby», su pez habrá de ser más fuerte que tú, pero no lo creo.

Y dicho esto, arrojó al mar la

botella, en la que todavía quedaba mucho whisky.

—¿Cuánto le parece que pesará? — me preguntó.

—Sesenta —respondí—, quizás algo más.

—Sesenta y cinco por lo menos — repuso—, acaso más pero ni un gramo menos.

Podía observarse que estaba muy contento. Nos dirigimos a tierra remando, amarramos la lancha y pasamos un cordel de cuero a través de las agallas del pez. «Mister Whisky» quería llevarlo él mismo, pero yo le dije:

—Parecerá más grande si lo llevo yo, pues soy más pequeño.

Consideró que tenía razón, y dejó que fuera yo quien lo llevara.



Muchas personas nos miraban, y todos decían:

—Ahí viene el hombre que ganará el *Derby* este año. No hay otro salmón más grande que ése.

«Mister Whisky» andaba a mi lado y hacía como si no oyera lo que la gente decía, pero creo que no se le escapaba una sola palabra y que se sentía muy ufano de ello.

Más tarde, en el momento de pesar los peces, hubo un nuevo motivo de emoción. Nuestro pez pesaba sesenta y seis libras y doscientos gramos; pero el pez siguiente era también muy grande, y observé, puesto que, en medio de la

multitud, me encontraba a su lado, que «Mister Whisky» se mostraba ansioso y apretaba los puños.

Sin embargo, le gritó al hombre que se disponía a llevar a la balanza su enorme pescado:

—¡No me extrañaría que tu pez pesara diez gramos más que el mío!

No obstante, resultó que pesaba cinco gramos menos, y «Mister Whisky» ganó el *Derby*. Ahora podía estar orgulloso el resto de su vida, y sus amigos ya no tendrían motivo para reírse de él. Nos fotografiaron a los dos muchas veces, y cada vez nos reíamos satisfechos.

«Mister Whisky» escribió en una hoja de papel:

30 dólares por tres días.

61 dólares por libras extra.

50 dólares por conjuro.

141 dólares.

—Ahora pon tu nombre aquí —me dijo.

Yo escribí: Jack Cheecoooh - «Pequeño Zorro».

—¿«Pequeño Zorro»? —preguntó.

—Es mi nombre de guerra —le respondí

—Está bien. Ahora escribe también

lo siguiente: nieto del jefe «El-que-hace-salir-el-salmón».

Así lo hice, y «Mister Whisky» se reía alegremente en el momento de meter el papel en su bolsillo.

Tuve que referir esta historia muchas veces a la mujer de Dutch-Will, y cada vez se desternillaba de risa antes de que llegara al episodio en que me caí al agua.

Habían transcurrido algunas semanas, cuando recibí una carta muy extensa. En ella estaba escrito lo siguiente:

A *mister* Jack Cheecooch («Pequeño Zorro»)

Nieto del jefe «El-que-hace-salir-el-salmón»

JUNEAU (Alaska)

En casa de Dutch-Will, junto al muelle.

La carta era de «Mister Whisky», y contenía una revista. Pensé: ¿por qué habrá de enviarme «Mister Whisky» esta revista? Pero me puse a hojearla y encontré en ella fotografías de «Mister Whisky» y de mí con el gran salmón. Estaba también la fotografía en la que aparecía con los calzoncillos de «Mister Whisky», en la lancha. El artículo

correspondiente ostentaba el siguiente título: «Cómo gané el “Golden North Derby”, por John Crable».

Y en el artículo se describía, punto por punto, todo lo ocurrido, incluso lo de mi gran conjuro mágico durante el sueño, y cómo «Mister Whisky» me había hecho caer al agua. El autor del artículo, «Mister Whisky», hablaba también de mi abuelo, el famoso jefe indio «El-que-hace-salir-el-salmón».

Mostré la revista a la mujer de Dutch-Will y no recuerdo haberla visto reír tanto como el día en que vio la fotografía en la que yo aparecía con los calzoncillos de «Mister Whisky».

Incluso Dutch-Will, que de ordinario estaba muy serio, se rió muchísimo y mostró la fotografía a todos los amigos que iban a su casa, para que se divirtieran con ella.

TRABAJANDO EN EL «MANGO DE LA SARTÉN»

Luego estuve trabajando en la fábrica de conservas de salmón. Tenía que llevar continuamente cajas a los camiones. Cada día hacía lo mismo, durante muchas semanas. Al principio, la espalda me dolía mucho, y, por la noche, muchas veces me era imposible dormir, tanto era el dolor que sentía. Más tarde, sin embargo, llegué a acostumbrarme, pero siempre estaba cansado.

Ganaba muchos dólares. Lo que me sobraba lo llevaba al banco y daba luego la cartilla a la mujer de Dutch-Will para que me la guardara. Iba siempre conmigo, cada vez que yo necesitaba comprar ropa, camisas y botas, y escogía de todo lo mejor.

—Después de todo, tienes suficiente dinero, y no necesitas comprar los artículos de mala calidad que los comerciantes adquieren para los indios que nada entienden de ello y se alegran de recibir cosas baratas, sin preguntar cuánto les van a durar.

También fui algunas veces al cine, pero solía quedarme dormido allí,

porque siempre estaba cansado. Nunca iba a los bares y a las salas de juego. Solamente entraba para ver lo que ocurría allí dentro, pero sólo tomaba zumos de fruta y miraba cómo mis compañeros perdían su dinero en las máquinas tragaperras. No, no me gustaban estas cosas, y prefería retirarme a descansar temprano o contarle cosas a la señora de Dutch-Will.

Cuando no tenía trabajo iba a la escuela. Así lo había dispuesto Trapper-Fred, y Dutch-Will procuraba que así se hiciera. A mí me agradaba ir a la escuela, donde era bien considerado,

porque iba bien vestido y siempre tenía cosas interesantes por contar. También allí se me llamaba «Pequeño Zorro», pues algunos compañeros e incluso el maestro estaban enterados de la historia publicada por la revista, y me gastaban bromas acerca de ello.

Durante algún tiempo estuve trabajando con Dutch-Will en el aeródromo. Al año siguiente todo sucedió como antes. Cuando llegó la temporada del salmón fuimos a pescar. En los días que precedieron al *Derby* muchos hombres vinieron a mi encuentro, porque querían que les sirviera de ayudante, ya que pensaban

que yo era capaz realmente de pronunciar conjuros mágicos; mas yo estuve aguardando a «Mister Whisky» hasta el último momento. Sin embargo, no llegó. Quizás estuviera enfermo o hubiera muerto. Así, fui al *Derby* con otro señor, que estaba muy flaco y no hablaba casi nada, y no bebía una sola gola de whisky. El pez más grande que cogió pesaba cuarenta y cinco Libras, y quedose muy satisfecho, porque era la primera vez que tomaba parte en el *Derby*. También él tuvo que bregar muchísimo con el pez, pero no se le cayó la pipa de la boca. Tenía otro método de hacer cansar al salmón.

Generalmente dejaba que corriera mucho rato, mediante un sedal muy largo, y luego tiraba con sumo cuidado, cuando el salmón había dejado de hacer esfuerzos. Aquel hombre me pagó espléndidamente por mi trabajo.

Cuando terminó la pesca del salmón con las redes empezamos a pescar el mero. Luego volví a la fábrica de conservas y a llevar cajas de un lado para otro. Más tarde trabajé en un campamento de leñadores, en las montañas. El sueldo estaba bien, y también la comida, pero no me gustaba mucho trabajar allí. Los hombres eran rudos, a veces me hablaban de modo

desabrido y desconsiderado. Cuando algo iba mal en el trabajo, decían que yo tenía la culpa, aunque no la tuviese. Había también entre nosotros un esquimal que no era más fuerte que yo ni tampoco más inteligente; cuando le insultaban, reíase y les seguía la corriente. Esto era gran ocasión de risa para aquellos hombres, y así lograba estar en buenas relaciones con ellos. Pero yo no podía reírme cuando me insultaban. Yo callaba y me alejaba. Entonces se irritaban más contra mí y lo pasaba mal. Una vez Bill Houseman me llamó «indio sucio y piojoso» al ver que no quería tomar del whisky que me

ofrecía. Y, sin embargo, en el campamento no había hombre más sucio que él, y si alguno tenía piojos era él precisamente.

Yo quería alejarme, pero él me derribó y trató de meterme entre los dientes el cuello de la botella. Yo me defendía con todas mis fuerzas. Él era muy fuerte. Pero entonces se acercó «Saco de arena» y lo apartó de mí.

—Deja en paz al muchacho —le dijo a Bill Houseman—, ¿por qué habría de beber whisky si no quiere?

Pero Bill Houseman se puso furioso de veras y gritó:

—Pero yo quiero que ese puerco de

indio beba whisky. No me gusta que haya aquí alguien que no beba.

Y diciendo esto, dispúsose a lanzarse de nuevo sobre mí. Pero «Saco de arena» le pegó un puñetazo en las costillas y Bill salió disparado contra la pared y permaneció unos instantes tendido en el suelo.

«Saco de arena» dijo entonces:

—A mi no me gusta que alguien quiera obligar a otro a hacer aquello que no quiere. Cuando después de mi combate con «Choco-Tiger» caí enfermo y no quería ya boxear, mi manager me decía: «¡Resiste! ¡Resiste!». Y así, aun estando enfermo, tuve que volver al ring.

Antes me llamaban «Jack Torbellino», luego me convertí en «Saco de arena», que recibe los golpes de todo el mundo. Ahora ya no soy ningún torbellino, pero aún he sido capaz de sentar las costuras a algunos que se desmandaban, y lo mismo haré contigo, Bill, si no dejas en paz al chiquillo.

Nunca había hablado tanto «Saco de arena» como en esta ocasión. Generalmente se mantenía apartado de los demás, y todos creían que no estaba muy bien de la cabeza. Por ello quedáronse aquellos hombres muy sorprendidos al ver que acudía en mi ayuda y que hablaba tanto.

«Saco de arena» no me dijo nada directamente a mí, y fue a sentarse al sitio que antes ocupaba en la mesa, donde tenía su vaso de whisky.

Entonces me marché de allí, y Dutch-Will me procuró un par de empleos que no duraron mucho. Estuve en un establecimiento de horticultura del valle del Matanuska, cerca de Anchorage. Yo sólo conocía las verduras en conserva y ahora pude ver también allí cómo crecían ufanas en el campo. El establecimiento recibió en una exposición un premio por un repollo que pesaba más de treinta libras. Cultivábanse allí casi todas las especies

de hortalizas, y todas medraban muy bien.

También estuve en un aserradero, en una fábrica de papel y en una fábrica de juguetes. Y tan pronto como quedaba sin trabajo, iba de nuevo a la escuela.

Ahora hacía casi tres años que vivía en el «Mango de la Sartén». Cuando estaba en casa de Dutch-Will y su mujer, soportaba muy bien aquella vida, pero fuera de ello me gustaba cada vez menos. Eran demasiadas las veces que sentía ofendido mi amor propio, incluso por parte de los indios con quienes trabajaba. Muchos de ellos no trabajaban bien. Se burlaban de mí

porque yo era concienzudo en la labor que realizaba, y porque vestía bien y no quería beber *hootch*. No encontré allí ningún amigo verdadero, y ¿qué es el hombre que carece de amigos que ríen con él cuando él está alegre y guarden silencio con él cuando está triste?

Allí llovía continuamente, lo cual no me gustaba ni pizca, y tampoco pude acostumbrarme jamás a los pequeños terremotos, tan frecuentes.

Por consiguiente, le escribí a Trapper-Fred una carta en la que le decía que yo no podía ser feliz en aquel lugar. Le rogaba que me llevara a vivir con él por algún tiempo. Quizá llegaría

yo entonces a ser un *trapper*, un trampero, como él. Mis antepasados — le decía yo en mi carta— habían sido, pues, cazadores, y esta clase de vida era probablemente más adecuada para un indio que trabajar en una fábrica de conservas. Dutch-Will, al que comuniqué mis deseos, limitose a refunfuñar unas palabras ininteligibles por toda respuesta. Sin embargo, tomó la carta y escribió en el sobre la dirección, porque yo ignoraba el verdadero nombre de Trapper-Fred. También me prometió enviar la carta.

EL COLLAR DEL JEFE

Estuve esperando la respuesta de Trapper-Fred, pero al ver que transcurría mucho tiempo y no recibía ninguna carta de él, me dispuse a partir a su encuentro. Primero tomé el avión que me llevó a Fairbanks, y luego seguí volando con rumbo a Tanana.

Pasé por las calles de la localidad con un gran saco en la espalda, en el que llevaba todos mis enseres y algunos regalos. Esperaba encontrar a algunos de mis amigos, pero no vi a ninguno de

ellos.

Entré en la cabaña de mi abuelo. Era todavía la misma cabaña, pero era mucho más pequeña y mucho más sucia de como la veía en mis recuerdos. La estufa estaba apagada. Mi abuelo, el jefe, estaba acostado en su cama durmiendo.

Al acercarme a su lecho no le desperté. Su rostro estaba muy demacrado. El cabello y los labios eran grises. Si no hubiera percibido su respiración habría podido creer que estaba muerto. Le toqué y abrió los ojos, pero no dio señales de haberme reconocido.

—Soy yo —le dije—, «Pequeño Zorro», que he regresado de mi viaje.

Entonces se incorporó.

—¿«Pequeño Zorro»? —preguntó—.

¿«Pequeño Zorro»?

Repitió la pregunta cual si tuviera que reflexionar sobre lo que este nombre significaba. Y al cabo de un rato volví a decírselo y entonces advertí de que por fin me había reconocido.

Coloqué encima de su manta el tabaco y la nueva pipa que le había traído, y él estuvo buscando un buen rato en sus bolsillos la pipa vieja, ya que el tabaco no sabe bien cuando se fuma con una pipa nueva. Finalmente, cuando la

hubo encontrado (era todavía la misma pipa, rota y atada con un alambre), dijo:

—Me alegro de verte.

Luego volvió a guardar silencio, llenó la pipa y aguardó a que yo le hablara. Pero de momento no supe qué decirle. Llené también mi pipa. Los dos fumábamos en silencio.

Entonces empecé a referirle lo que se me vino a las mientes. Él no me interrumpió ni una sola vez y fumó una pipa tras otra. También le dije que tenía intención de visitar a Trapper-Fred. Cuando ya no me quedó nada más que contarle, me preguntó:

—¿Has ganado muchos dólares?

Dicho esto volvió a guardar silencio. Entonces yo saqué rápidamente de mi saco la pequeña botella de whisky que en él guardaba, y se la di. La había comprado para él, pero durante el viaje estuve pensando si acaso no sería mejor no entregársela. Y ahora no quería que mi abuelo, el jefe, tuviera que mendigarme medio dólar para poder comprarse whisky.

Al tomar la botella le temblaban tanto las manos que la cogí de nuevo y se la abrí. Y entonces se puso a beber tan afanosamente, que el licor le resbalaba por las comisuras de su boca. No soltó la botella hasta que hubo

vaciado del todo su contenido. Entonces la dejó caer sobre la cama, acomodose y cerró los ojos.

—Es un whisky muy bueno —dijo—. Todo el rato estuve intranquilo, porque creía que no me habías traído. ¿Todavía continúas sin beber whisky, «Pequeño Zorro»?

Le respondí que desde entonces no había vuelto a beber whisky, ni *hootch*, ni ninguna otra bebida alcohólica.

—Eso está bien, «Pequeño Zorro» —murmuró—, eso está bien. Pero también me agrada que me hayas traído whisky. Sólo ahora estoy contento. Sólo ahora puedo pensar: «Pequeño Zorro»

ha regresado. Antes no pensaba más que esto: ¡Por qué no me habrá traído whisky!

Luego quedose tranquilo, como si durmiera. Más tarde incorporose y se sentó en el borde de la cama.

»Lo que tienes intención de hacer, “Pequeño Zorro” —me dijo—, está bien. Ve a ver al marido de mi hija. Hizo bien en sacarte de aquí. Dijo que yo ya no era ningún jefe... y dijo la verdad. Cuando estoy bebido, todavía sigo creyendo que soy el jefe; pero cuando estoy sereno, ya no lo creo. Dijo que yo ya no tenía amor propio. También esto es verdad. Yo, que en otro tiempo fui un

jefe, ando mendigando a los hombres blancos un trago de whisky. Y cuando quieren divertirse, me dan mucho de beber, y me dicen: “Muéstranos la forma en que mataste al gran oso con un cuchillo”. Y yo se lo muestro. Entonces se ríen y dicen: “Sabe mentir muy bien el viejo ése”. Y no saben que realmente di muerte al oso con un cuchillo.

»Vuelven a darme más whisky, y dicen: “Ahora muéstranos cómo mataste a muchos hombres”. Yo se lo muestro y les hablo de mis combates, y ellos se ríen y yo me río también con ellos. No, verdaderamente no hay ya en mí ni amor propio ni orgullo, puesto que no es

cuestión de risa el que unos hombres luchan por su vida. Ya que si no les hubiera matado, me habrían matado ellos a mí. De ello dan fe las cicatrices que tengo en la piel.

Dicho esto volvió a guardar un prolongado silencio; pero sus labios temblaban convulsivamente, y sus manos no cesaban de acariciar inquietamente sus muslos.

A mí me dolía mucho ver al anciano en aquel estado y saqué del saco la «parka» de piel de lobo que le había traído y se la di. La palpó con sus dedos sucios y enflaquecidos, y observé que se alegraba.

»Es del lobo rojo —dijo—. Bien, muy bien. Un hombre viejo necesita mucho calor cuando llega el invierno.

Le ayudé a ponérsela encima del viejo y raído abrigo que llevaba continuamente, de día y de noche. Lo llevaba puesto ya el día que me separé de él.

—Cuesta muchos dólares —le dije—. He tenido que trabajar muchísimos días para poder comprarla. Y me daría mucha pena que la cambiaras por *hootch*.

Me miró un instante y movió la cabeza.

—No, no la cambiaré. Ésta es la

última alegría de que voy a disfrutar. Cuando vengan para llevarse al jefe muerto, yo estaré aquí acostado, dentro de una «parka» hecha de la piel del lobo rojo.

—En la tienda de French-Teddy —le dije— he dejado pagado un saco de habas y también algo de manteca. Pero French-Teddy sólo os dará de ello un poco cada día.

El jefe encendió otra pipa, cerró los ojos y empezó a fumar. No abrió los ojos tampoco, cuando la pipa hacia ya rato que estaba apagada. Por unos instantes reinó en la estancia un angustioso silencio.

—Escucha —dijo de pronto el jefe indio, y su voz semejaba el rumor de las hojas secas—, escucha. He perdido mi tribu, mis perros, mis tiendas y mis trineos, pieles preciosas, de inestimable valor... rifles y trampas... todo ello ha desaparecido, como la nieve al derretirse cuando llega la primavera. Antes de que me sobrevenga la muerte...

Dejó la pipa, y con manos trémulas empezó a buscar y a tirar de algo que ocultaba debajo de sus vestidos. Finalmente logró sacar lo que buscaba. Tratábase de un cordón de cuero en el que estaban ensartados garras y dientes de un oso y también abalorios. Yo nunca

había visto aquel collar, ni siquiera sabía que mi abuelo lo poseyera.



—Tómalo —me dijo—, para que

antes de morir no cometa aún otro error. Los hombres blancos pagarían muchos dólares por el collar de un jefe.

Pero yo puse mis manos detrás de la espalda y no quise aceptar el collar.

—Toma el collar, «Pequeño Zorro» —insistió—. Tú eres el hijo de mi hijo, el cual está muerto. Tómallo, para que exista un jefe, cuando yo ya esté muerto.

Entonces tomé el collar y me lo puse alrededor del cuello. Mi abuelo levantose entonces, alzó las manos y dijo unas palabras en una lengua que yo no entendí. Luego volvió a acomodarse en su lecho y cubriose la cabeza con la manta.

Yo estaba muy intrigado y confuso, y me preguntaba si es que realmente yo era un cacique ahora. Yo sabía que todavía quedaban unos pocos individuos de nuestra tribu, los cuales eran indios trashumantes, y sabía también que vivían sin jefe y que sólo tenían todavía un hechicero. Aquí en Tanana éramos sólo cinco de nuestra tribu: mi abuelo, mi tía Choolee, Pete Naquee, que trabajaba de maquinista en un vapor del Yukón, la pequeña Mary Tsanach, asistente en la misión, y yo. Sólo éstos, pero cuando yo era pequeño, eran muchos más.

Luego, seguí pensando: indudablemente, el jefe no había perdido

completamente su orgullo y dignidad, porque no cambió por whisky su collar de cacique, ni siquiera en estado de embriaguez.

Encendí la estufa, y con el *corned beef* que había traído preparé una sabrosa sopa de carne. Mientras estaba ocupado en tales menesteres, llegó mi tía, que hacía la limpieza en casa de algunas familias de blancos. Alegrose mucho del pañuelo estampado y del collar de corales que le regalé. Es una mujer que llora con facilidad, y, por lo tanto, también esta vez vertió lágrimas de emoción. Despedía un fuerte olor a *hootch*, y había traído asimismo una

botella entera de este licor, pero sólo medio pan para comer.

Al día siguiente partí en avión hacia Arctic-City, con la intención de hallar el paradero de Trapper-Fred.

«LOUIS TRES DEDOS»

En Arctic-City vivía en casa de un mecánico indio, el cual me dijo en qué bar solían reunirse los tramperos que iban a la ciudad.

Todos los días iba yo allí y preguntaba si conocían a un tal Trapper-Fred, pero nunca pudieron darme noticias de él. El «barman» me prometió, sin embargo, que se lo preguntaría a los próximos tramperos que llegaran. Dijo que tal vez estuviera enfermo o hubiera muerto, cosa que

solía ocurrirles a los cazadores solitarios, quienes, incluso en caso de enfermedad grave o de debilidad propia de la vejez, aplazaban cada vez ir a la ciudad, hasta que era demasiado tarde para ellos.

Sin embargo, un día pudo comunicarme que acababa de llegar un trampero cargado de pieles, el cual había visto a Trapper-Fred hacía cuatro semanas. El hombre conocía también el lugar en que Trapper-Fred tenía su cabaña.

—Pero tienes que darte mucha prisa —me dijo—, si quieres encontrar a ese hombre, pues tiene la intención de llegar

a los Estados cuanto antes. Su padre ha muerto allí y él piensa tomar el primer avión que pueda para trasladarse allá. Se aloja en el hotel que se halla a cien pasos de aquí, calle abajo, y se le conoce por el nombre de «Louis Tres Dedos».

Encontré al hombre en su cuarto, colocando sus cosas en un gran saco y en una maleta nueva.

—¿Qué quieres? —me dijo así que entré en su cuarto.

Yo le dije el motivo de mi visita.

—No tengo mucho tiempo —refunfuñó contrariado, pero luego bajó conmigo al vestíbulo y pidió un mapa

del distrito.

Mientras aguardábamos a que nos lo dieran, él pidió dos whiskys. Yo le dije que no bebía whisky. Entonces se echó a reír y dijo que yo era el primer indio que encontraba que no bebiera whisky, y probablemente era también el último. Le expliqué que había prometido a Trapper-Fred no volver a beber en mi vida, y él dijo entonces, moviendo la cabeza:

—Precisamente en el último día había de encontrar un sujeto así. Nadie querrá creerme, cuando cuente en los Estados esta aventura.

Se lo dijo también a la gente del bar,

y todos me miraban y se reían, pero yo no les hice caso, porque ya estaba acostumbrado a ello.

El hombre me indicó entonces en el mapa el lugar donde Trapper-Fred tenía la cabaña. Entretanto, observé que en su mano derecha sólo tenía tres dedos. Me explicó detalladamente dónde podía aprovechar el hielo que cubría la superficie del río, y dónde había de tomar el camino por tierra, con objeto de acortar la ruta.

—A partir de aquí —me dijo—, tienes que prestar mucha atención. Aquí se divide el río. Tomarás el camino de la derecha. Luego has de contar los

arroyos que veas a tu mano izquierda. El tercer arroyo, allí es el lugar. Te guiará directamente a la cabaña. No puedes equivocarte, porque el arroyo atraviesa un lago. La cabaña se encuentra junto a la parte superior del lago, allí donde el arroyo penetra en él.

Le pedí que me mostrara una vez más el camino en el mapa, y entonces me lo dibujó todo en una hoja de papel que arrancó de su agenda. También dibujó el lago, y en el extremo superior trazó una cruz.

—Aquí está la cabaña. Pero si no te fijas, y confundes el tercer arroyo con otro, te perderás en las montañas y los

lobos te devorarán.

Le di las gracias, y me encontraba ya en la calle, cuando el hombre salió corriendo en pos de mí.

—¡Eh, tú! —gritó—. ¿Tienes acaso un trineo?

Le dije que no lo tenía y que en realidad esperaba que una avioneta me llevara, si es que Trapper-Fred no llegaba a la estación.

—Entonces tendrás que esperar mucho. Si yo no llevara tanta prisa, mi piloto podría llevarte allá, pero necesito llegar a Fairbanks en el momento preciso para tomar el avión de línea regular. No tengo tiempo para tal

excursión. Te daré mi tienda y mi saco de dormir, y además un perro para que transporte tus cosas. Así podrás partir en seguida. Si caminas a buen paso podrás hacer el viaje en tres días. ¡Aguarda un momento!

Al cabo de unos minutos volvió del hotel con un doble bulto debajo del brazo.

—Probablemente ya no volveré a necesitar todo esto. El trineo y los perros ya los he vendido, pero uno de ellos puedo volver a comprarlo para ti. ¡Ven!

A grandes pasos empezó a caminar delante de mí a través de la población, y

finalmente entró en una tienda. El dueño, un viejo mestizo de chino, nos preguntó qué queríamos.

—Tienes que devolverme mi «leader». Ese muchacho tiene que llevárselo para ir al encuentro de Trapper-Fred.

El viejo hizo a ello algunas objeciones, diciendo que entonces la trailla de perros perdería la mitad de su valor, pero «Louis Tres Dedos» no le hizo ningún caso, y penetró en la tienda y dirigióse a la puerta posterior.

—Vamos, que no tengo tiempo para discusiones. Ya sabes muy bien que hiciste un buen negocio con los perros y

las pieles. Te devolveré treinta dólares y ni un centavo más.

De este modo me dieron a «Esaú», que era un perro grande, blanquinegro. «Louis Tres Dedos» ató los dos bultos sobre el lomo del can y dijo:

—Puedes añadir todavía algunos pescados secos, pero nada más. Si le cargas demasiado no podrá dar un paso.

Puso en mi mano el cordón que había atado en sus arreos. El perro corría ligero delante de nosotros. Observé que debía tratarse de un buen perro de trineo.

—Puedes decirle a Trapper-Fred que yo regreso a los Estados. Mi padre

ha fallecido, y es preciso despachar un sinfín de cosas relacionadas con la herencia. Si vuelvo, él me devolverá el perro. Si no vuelvo puede quedarse con él. Pero procura que no se te escape, pues tiene la costumbre de soltarse, royendo la correa. No permitas que le engañe con su comportamiento pacífico. Es un demonio maligno, y sólo puede utilizársele como perro guía. Cuando está despojado de los arreos, debe atársele siempre con una correa. Se abalanza sobre cualquier perro que encuentre, aunque éste le mire sólo de soslayo. Si lo tratas con dulzura, aprovechará la menor ocasión para

arrojarse a tu cuello. Te digo que es el demonio, pues lo tengo comprobado, pero le debo la vida, y por ello quiero que esté en buenas manos. No puedo llevarlo conmigo a los Estados, porque me causaría muchas molestias. No soy tan rico como para indemnizar a los dueños de todos los gatos que llegaría a matar a dentelladas. Y no hablemos de los daños y perjuicios que me vería obligado a pagar a las personas mordidas. Además, el perro no resistiría la nostalgia de las montañas y bosques donde está acostumbrado a vivir. Te repito que debes vigilarlo. Mientras corre delante de los perros, es un can

realmente inteligente y útil. Durante la marcha, deberás atarlo a tu cinturón, y cuando te detengas para pasar la noche, procura encontrar una rama resistente de un árbol para atarlo, de lo contrario, no le verás más.

Entretanto, habíamos llegado a su hotel. Al ver que se disponía a entrar, le dije;

—Quizá pienses que soy un pobre indio, pero en Juneau tengo dinero en el banco, y si quieres, puedo extenderte un cheque por el perro y las cosas que me has dado.

Me miró un instante y luego dijo:

—No bebe whisky, tiene cuenta

corriente en el banco y es demasiado orgulloso para permitir que un blanco le regale algo... ¿De dónde habrá salido un indio como ése?

—No es que sea demasiado orgulloso —repuse—, pero pensé que debías saber que yo podía pagarte.

—Pues ahora que ya lo sé, quiero, sin embargo, regalártelo todo. Incluso podrás quedarte con el perro si no regreso.

Le di las gracias, y él entró en su hotel.

Me dirigí con el perro a mi alojamiento, lo até a un poste de la veranda y le quité la carga. El can dejó

dócilmente que se le hiciera todo esto.

Entré en la casa y les conté lo que acababa de ocurrirme con «Louis Tres Dedos». Le conocían de oídas, por lo que les habían contado de él otros indios, y sabían que había perdido los dos dedos por congelación durante su primer invierno en Alaska. Luego salimos todos a la calle y examinamos el perro. El viejo indio le contempló detenidamente por todos lados. «Esaú» observaba sus movimientos con recelo y dando leves gruñidos.

—Un perro excelente —dijo el indio, y repitió varias veces esta alabanza, mientras andaba alrededor del

perro contemplándolo por todos los lados—. Apostaría cien dólares a que es capaz de enfrentarse con cualquier lobo de Alaska, quizás incluso con dos lobos a la vez. Jamás había visto un perro con un pelaje tan espeso. Debe proceder de un cruzamiento con un perro siberiano.

Padre e hijo estuvieron discutiendo un buen rato acerca de descendencias y cruzamientos. También la vieja india manifestó su parecer:

—Yo digo que es de malamut y lobo. Vi uno exactamente igual cuando estuvimos, hace de ello veinte inviernos, entre los esquimales de la costa. Malamut y lobo, apuesto cien dólares...

mil dólares.

Una vez en la casa, continuaron discutiendo y me pidieron mi opinión, pero yo me limité a responderles que no entendía gran cosa de perros, que se trataba seguramente de un perro excelente, ello era evidente. Todos convinieron en esto, y ya no discutieron más.

Diéronme toda clase de consejos acerca de mi viaje. El viejo indio había estado ya con exploradores en aquella región. Conocía también el lago, pero no la cabaña de Trapper-Fred. Dijo que probablemente me vería obligado a pernoctar tres veces, y afirmó que

«Louis Tres Dedos» se había equivocado. El lago se encontraba junto al cuarto arroyo, no junto al tercero. Por lo demás, convenía en todo cuanto me había dicho el trampero acerca del camino que había de emprender.

Me dije para mis adentros que sería mejor tomar el camino a lo largo del tercer arroyo, ya que un hombre que vive siempre en los montes y los bosques, y cuya vida depende de observar con cuidado las señales indicadoras de su camino, no se equivoca tan fácilmente como un indio que pasa la mayor parte de su tiempo en una casa con veranda.

Entonces salí a comprar todas las cosas que necesitaba para el viaje. Fui a ver al tendero que había tenido que devolver el perro, y él también me dijo que se trataba de un can excelente. Si hubiera comprado todo lo que él me dijo que me haría falta para el viaje, habría necesitado cien perros para transportarlo. Por consiguiente, límiteme a comprar una olla pequeña, una sartén honda, una pequeña hacha, fósforos, un par de raquetas usadas, habas, manteca y azúcar, toda clase de conservas, *pemmican*, sopa en polvo, galleta, algunas pastillas de chocolate y pescado seco para el perro, además de té, café y

gran cantidad de tabaco para mí y para Trapper-Fred.

Cuando el comerciante hubo metido todo esto en un saco, vi que no pesaba mucho, y pensé que podría llevar fácilmente todo ello y las cosas que tenía en casa de los indios. Mientras estaba comprando todas estas cosas al mestizo de chino, oí el ruido del avión en el que se iba «Louis Tres Dedos», y deseé que «Louis Tres Dedos» llegara felizmente a su casa y que tuviera mucha suerte.

Al volver al lado de mis amigos les dije que quería partir a la mañana siguiente temprano. Les di veinte

dólares y un paquete de tabaco. El joven sacó en seguida whisky, pero yo no bebí con ellos, aunque insistieron mucho. Sin embargo, comí muchas habas con tocino y le di al perro cuatro medios pescados para que tuviera fuerzas para el viaje. Entonces dormí profundamente hasta que amaneció.

Los indios no se despertaron mientras yo me preparaba para la marcha. La botella de whisky estaba sobre la mesa, vacía. Salí y eché a «Esaú» medio pescado. Comí un poco de las habas que habían sobrado de la cena y media pastilla de chocolate. La otra media pastilla la puse sobre la

manta con que se cubrían los indios en la cama.

Saqué afuera mis paquetes. No hacía frío y tampoco soplaba viento. Todavía no se habían desvanecido las estrellas. A la claridad reflejada por la nieve podían distinguirse muy bien todos los objetos. Cargué las cosas sobre el perro de forma que la tienda y el saco de dormir pendieran, respectivamente, a su derecha y a su izquierda. Ambas cosas no pesaban mucho, pues la tienda estaba hecha de la seda que se emplea para los globos, y el saco de dormir estaba relleno con seda cruda. Encima puse las raquetas y una bolsa con té, café y

azúcar. El paquete que contenía el pescado seco lo llevaba yo sobre el pecho. Con el saco viejo me había hecho una mochila. La carga que yo llevaba no era excesivamente pesada, pero las cuerdas cortaban dolorosamente mis hombros. Entonces puse debajo de ellas mis guantes de piel, y así ya no apretaban tanto. No hacía frío, por lo cual me quité el abrigo de piel y lo até a la mochila. Entonces desaté el perro del poste y emprendí la marcha.

UN PERRO MUY INTELIGENTE

Al principio me mantuve apartado del río, como me habían aconsejado. A pesar de su carga, el perro tenía siempre tensa la cuerda a que lo llevaba atado, y pronto comprendí que no tenía que preocuparme en cuanto al camino. El perro tenía una gran experiencia y sabía encontrar siempre los lugares que ofrecieran el más seguro punto de apoyo a sus patas y a mis pies.

Al principio me parecía que el perro caminaba demasiado de prisa, pero cada

vez que tiraba de su cuerda, él tiraba a su vez de la misma, para hacerme caminar más de prisa, y finalmente me resigné a obedecer su voluntad.

Hora tras hora, mientras las estrellas palidecían y empezaba a clarear, yo iba trotando detrás del perro, sin mirar a derecha ni a izquierda. Durante la marcha no tenía tiempo de pensar en muchas cosas, ya que había de tener la mente ocupada en procurar sostener mi carga en la forma que más fácil resultara de llevar. Yo no tenía miedo de efectuar aquel viaje, y tampoco temía fracasar en cuanto al objetivo del mismo. Sólo me sentía un poco intranquilo porque

ignoraba cómo me recibiría Trapper-Fred.

Me alegraba tener el perro y poseer una tienda y el equipo necesario como un verdadero trampero. Parecíame que aquélla era la clase de vida que siempre había estado deseando.

Detrás de mí el cielo era de un color claro lechoso; detrás de mí presentaba un tono gris. Parecía como si hubiera de nevar. La nieve vieja era delgada y algo húmeda, pero no tan húmeda que se pegara a los pies, por lo cual era posible caminar bien sobre ella.

Al cabo de muchas horas de camino empecé a sudar, pero tampoco esto

resultaba desagradable, si no es que me detenía. Mientras iba caminando, comí del chocolate que llevaba en el bolsillo. Hasta el mediodía me detuve a descansar dos veces, y al hacerlo me arrebujé en mi abrigo de piel, y cada vez le di al perro algunos trocitos de chocolate. El primer trozo lo cogió con cuidado, lo escupió y luego volvió a tomarlo para comérselo. Entonces avanzó unos pasos hacia mí, me miró directamente a los ojos, cosa que no había hecho nunca anteriormente. El segundo pedazo de chocolate lo tomó sin vacilar. Cuando nos detuvimos para descansar al mediodía, le di medio

pescado. Yo comí unas galletas, pues no tenía apetito.

Después de descansar, pasaba cada vez un buen rato antes de que yo hubiera encontrado la posición adecuada para mi carga y antes de que mis piernas alcanzaran el ritmo apropiado para la marcha. Me alegré de no tener que usar las raquetas para la nieve, pues ello habría dificultado considerablemente la marcha.

Al atardecer vi ante mis ojos la orilla del río cubierta de bosque, y pronto tuvimos que abrimos paso hacia el río a través de la maleza y de la nieve arremolinada.

Al principio del viaje había sujetado a mi cinturón la cuerda con que llevaba atado el perro, pero esto resultaba muy incómodo cuando al perro se le ocurría de pronto dar un fuerte tirón. Por consiguiente, decidí arrollar la cuerda alrededor de mi muñeca, y en seguida me olvidé completamente del consejo que me había dado el trampero, porque el perro hasta entonces había estado corriendo delante de mí con tanta docilidad.

La capa de nieve que cubría la pendiente de la orilla era muy profunda, y «Esaú» se hundió en ella hasta el vientre. Tuve que ayudarle, pues la

carga que llevaba le resultaba de gran estorbo. Pero debido a que yo también tenía que bregar con mi propia carga, no retuve la cuerda con fuerza suficiente, y cuando el perro hubo pasado el remolino, encontrose libre de pronto, mientras yo estaba todavía atascado en la nieve.

Realmente «Esaú» era un perro muy listo. Supo aprovecharse de mi falta de previsión en el momento oportuno, y ahora se alejaba trotando por encima del hielo que cubría el río. Antes de que yo tuviera tiempo de salir de mi atascamiento y liberarme de la carga que llevaba, él estaba ya muy lejos.

Entonces cometí la equivocación de echar a correr tras él con todas mis fuerzas. Es verdad que conseguí acercarme mucho a él, pero no tanto como para poderle coger. Pronto me abandonaron las fuerzas y la respiración, y la distancia fue haciéndose cada vez mayor. Por si fuera poco, resbalé algunas veces sobre la lisa superficie helada. Seguí corriendo tras el perro, a pesar de que comprendía que no podría atraparlo, pero no quería hacerme a esta idea. Sólo cuando le perdí de vista, lejos, muy lejos, me senté en la nieve.

Estaba completamente sin fuerzas, y

apenas me quedaba aliento. Sentía náuseas, como si hubiera comido algo que me hubiera sentado mal.

Pensé que no había sabido hacer buen uso del regalo que me hizo el hombre blanco y me preguntaba lo que sucedería si alguna vez regresaba y me pedía que le devolviera el perro. No tendría valor para mirarle a los ojos. Además, acababa de perder también la tienda, el saco de dormir y todas las cosas que el perro llevaba encima. Me puse a llorar y estuve llorando mucho rato.

La marcha que entonces inicié fue muy penosa, y yo sólo tenía la esperanza

de que el perro regresara a la ciudad, a reunirse con los otros perros, y que el comerciante fuera un hombre honrado, de suerte que yo no tuviera más tarde de qué avergonzarme delante de «Louis Tres Dedos», cuando él viniera a reclamar a su perro, el perro que le había salvado la vida. Y todo ello era culpa mía, porque no había sido capaz de conservar los bienes ajenos que me habían sido confiados.

A cada paso que daba parecía aumentar el peso de mi carga, y pareciome como si el perro hubiera estado infundiéndome parte de sus propias fuerzas todo el rato que corría

delante de mí. Era un buen perro, pero demasiado inteligente para mí.

Oscurecía rápidamente, y tuve que pensar en buscar un lugar apropiado en el que pasar la noche. Pronto lo encontré. Tratábase de una profunda erosión en la orilla del río, que casi era una cueva. Prepare rápidamente mi alojamiento con unas matas que arranque y con ramas de abeto. Las ramas de abeto me sirvieron también para preparar un lecho. En las márgenes encontré manojos de hierba seca, musgo y juncos, todo lo cual había sido arrastrado hasta allí por las aguas. Recogí gran cantidad de estas cosas y

las arrojé sobre las ramas de abeto. Creí que de este modo no tendría frío durante la noche. Jugando con mis amigos había construido muchas veces cuevas de aquella clase, por lo cual realicé rápidamente mi labor, sobre todo porque disponía de una buena hacha. Finalmente hice también abundante acopio de ramas secas, pues quería que durante toda la noche ardiera una fogata delante de mi alojamiento.

Procedí, pues, a encender el fuego. Freí un poco de tocino en la sartén y lo comí con galleta, que mojé en la grasa. Bebí agua obtenida al derretir un poco de nieve. ¡Cuán feliz habría podido

sentirme ahora, si el perro hubiera sido un poco menos inteligente! Habría podido beber té con azúcar y gozar de la compañía del can. Pero sobre todo no me habría sentido atormentado por las preocupaciones.



Arrojé todavía algunas raíces al fuego y luego fui a acostarme, con la espalda apoyada contra la pared interior de la cueva para que tan pronto como abriera los ojos pudiera dominar en seguida el lugar que se extendía delante de la misma. Mientras ardiera el fuego, allí no haría frío. Si se apagaba, entonces el frío me despertaría. Sólo entonces me di cuenta de lo cansado que estaba. Me cercioré una vez más, por el tacto, de que tenía el hacha al alcance de mi mano, y en seguida me quedé dormido.

No fue el frío lo que me despertó.

Abrí los ojos y al punto estuve completamente desvelado. Seguramente no había estado durmiendo mucho rato, pues el fuego ardía todavía. Por ello no quise abandonar el agradable calor de mi lecho. Volví a cerrar los ojos, pero no pude conciliar el sueño. Había en mi una inquietud que me obligaba a abrir los ojos cada vez que los cerraba.

De pronto me llevé un susto enorme. Más allá de la fogata, en la oscuridad, distinguí unos puntos brillantes. No pertenecían a mi fogata, pues se movían, desaparecían, para reaparecer en seguida.

Cuando era niño había oído contar

muchas historias sobre los lobos, que por la noche se llevaban a los perros y a los niños del campamento para devorarlos, y acerca de las luchas que algunos hombres habíanse visto obligados a sostener con manadas de lobos al atravesar en invierno lugares inhabitados, y por ello yo pensaba ahora: se trata de un lobo. Ahora bien, es generalmente conocido el hecho de que un lobo solitario no es muy peligroso, pero en invierno raras veces anda solo.

Con precaución cogí el hacha, que además del cuchillo, era la única arma de que disponía. Miré si en el fuego

quedaban aún ramas encendidas para poder arrojar al intruso, pues sabía que los lobos tienen miedo a los tizones ardientes. Lentamente fui acercando los pies a mi cuerpo, con objeto de estar preparado para arrodillarme en el momento de arrojar el hacha. Los brillantes ojos desaparecieron unos instantes.

Ahora salí arrastrándome con cuidado de la cueva para echar al fuego nuevas ramas y cogí una de ellas que en su extremo inferior presentaba un abultamiento, y la dispuse en forma que me sirviera de garrote. Coloqué el cuchillo en el cinturón, a punto de usarlo

cuando me hiciera falta. Nuevamente salí arrastrándome de la cueva y me puse a la expectativa. Los puntos verdes y movibles, al otro lado del fuego, volvían a estar allá, pero ahora estaban a mayor distancia.

Al fin acabé por inquietarme y encolerizarme. Quería saber si solamente era aquel animal el que me acechaba. Me puse en pie y dirigime hacia el otro lado del fuego, porque el resplandor me deslumbraba, y en seguida empezó a palpitar mi corazón de alegría, pues conocí que era el perro «Esaú» el que allí estaba, arrastrando la carga, que había ido resbalando de su

lomo. Comprendí que acababa de recobrar al perro. Era una suerte que yo mismo llevara el paquete que contenía el pescado seco, pues ahora podría atraerle mediante la comida. El can esperaba ansioso la pitanza, y no hizo ningún movimiento para alejarse cuando yo cogí el extremo de la cuerda. Y yo estaba tan contento, que le di otro pescado y además un buen pedazo de chocolate.

Le até fuertemente a una recia rama y le despoje de la carga que llevaba. Había conservado todo cuanto llevaba encima. Yo pensé: este perro, tan astuto, ha comprendido seguramente en seguida

que no podría llegar a la población con la carga que había resbalado de su lomo, sobre todo si se tropezaba con lobos o perros vagabundos. Así, debió de preferir seguir mis huellas, y de esta forma yo pude recobrarle.

«Esaú» yacía enrollado cerca del fuego, y parecía dormir. Pero en el momento en que le arrojé un pedacito de chocolate, lo atrapó en seguida con la boca.

—Es mejor comer chocolate que correr el riesgo de que le coman a uno los lobos, ¿verdad? —le dije.

UNA MARCHA SUMAMENTE PENOSA

Mientras dormía había estado nevando. El lugar en que encendí el fuego estaba cubierto por la nieve, y el perro casi también; yo estaba muy calentito dentro de mi saco de noche. Aunque había decidido caminar hasta llegar a la cabaña de Trapper-Fred aquel mismo día, quise, sin embargo, preparar té y freír un poco de tocino después de levantarme, a pesar de que aquello

retrasaría un poco la marcha. Cuando se quiere realizar una larga caminata, es preciso haber hecho una buena comida. Al perro le di dos medios pescados y otro trocito de chocolate.

Ahora caminé constantemente a lo largo del río, y no habían transcurrido dos horas cuando llegué al punto en que el río se dividía en dos brazos. Yo me sentía contento e iba tarareando todas las canciones que sabía. Hablaba mucho también con el perro y a veces tiraba de la cuerda para poderle ver la cara, pero él no volvió nunca la cabeza hacia atrás. Quizá se sentía avergonzado, porque sólo había sido la mitad de inteligente

de lo que él mismo pensaba, cuando se me escapó y tuvo que volver luego a mi encuentro para que le ayudara. Me gustaba ver su trote uniforme, y pensé: debe de ser un magnífico perro guía cuando corre delante del trineo.

Sobre la nieve reciente, más blanda, podía caminarsé más fácilmente que sobre la del día anterior. Descubrí huellas de glotones, de lobos y de zorros, y me pregunto cómo podían vivir en aquellos parajes. ¿Qué era lo que comían? Quizá se devoraban los unos a los otros, y todos juntos a la pobre liebre de las nieves, que se alimentaba de la corteza de las mimbreras.

Aproveché el primer descanso para hacerme una testera para la carga que llevaba a la espalda. De este modo me era más llevadera. Por poco hubiera pasado por delante del primer arroyo sin advertirlo. Era muy pequeño, y su desembocadura estaba casi cubierta por la nieve. A partir de aquel momento, empecé a observar con mayor detenimiento. Hacia el mediodía llegamos al segundo arroyo e hicimos alto para descansar. Pero no encendí fuego y comí tocino crudo y un poco de galleta. Para aliviar la sed, puse en mi boca un chicle que llevaba en el bolsillo desde el día que hice el viaje en avión.

La nieve no sirve para aplacar la sed, pues la aumenta todavía. Al perro le di medio pescado. En realidad, a los perros no debe dárseles la pitanza hasta la noche, pero yo quería que «Esaú» estuviera contento. Al ver que no le daba chocolate, me miró con expresión que denotaba su enfado. Yo me eché a reír y le dije:

—El chocolate es una comida demasiado cara para los perros.

La desembocadura del tercer arroyo la alcanzamos más tarde de lo que yo había pensado, y viendo que desde allí faltaba aún caminar una buena jornada antes de llegar a mi destino, decidí que

sería mejor dejar la última etapa del viaje para el día siguiente y pasar allí la noche. Nuevamente encontré una concavidad en la orilla del río en la que establecí mi alojamiento nocturno y me preparé una sopa de *pemmican* y té. Al perro le di dos peces. Antes de entrar en mi saco de dormir, eché mucha leña al fuego, de suerte que éste produjo grandes y vivas llamaradas. Era agradable estar acostado dentro del caliente saco de dormir, beber té con azúcar, contemplar el fuego y al perro «Esaú» junto a la lumbre.

Por la noche me desperté algunas veces, porque el perro se puso a gruñir.

Cada vez que lo hacía, se ponía sobre sus cuatro patas y levantaba el hocico husmeando el aire, con el cuello erguido. Miraba en dirección a los matorrales de la ribera. Probablemente merodeaban algunos lobos por allí cerca. Sin embargo, no entró a refugiarse en la cueva, cerca de su amo, como suelen hacer los perros que tienen miedo. Yo tampoco sentía temor alguno.

La jornada siguiente fue mucho más fatigosa que las anteriores. A menudo encontrábamos, montones de nieve en medio del arroyo, y ramas heladas nos obstruían el paso, y cada vez tenía que ayudar al perro a seguir adelante. Esto

resultaba muy pesado con la carga a cuestas.

Una vez intenté ir a través del bosque caminando por la parte alta de la ribera, pero esto resultaba aún más fatigoso, puesto que en el bosque se nos quedaban prendidos los bultos en las ramas de los árboles, lo cual dificultaba enormemente la marcha. Quizá no había hecho bien en descansar tan poco rato a la hora del mediodía, sólo el tiempo necesario para que el perro engullera el pescado que le di. Mientras caminaba, yo iba comiendo galletas y chocolate y luego me puse a mascar chicle.

Estaba oscureciendo y todavía no

habíamos llegado hasta el lago. Empecé a sentirme intranquilo y desalentado, porque temía no haber prestado suficiente atención y que quizá hubiera tomado un arroyo que no era el que debía tomar. Sin embargo, resolví seguir caminando en tanto no hubiera oscurecido del todo. Pero he aquí que de pronto el perro resbaló sobre el hielo y no volvió a levantarse. Me incliné sobre él y vi que estaba tendido sobre el hielo, con el cuello estirado. Sus piernas se contraían convulsivamente y respiraba ruidosamente. Entonces le despoje de la carga y me acosté a su lado, sobre la superficie helada, sin soltar la carga que

llevaba yo encima. Estábamos tendidos tan juntos, que mi aliento se mezclaba con el de él. Junto a mi rostro veía los dientes de «Esaú» y el brillo que despedían sus ojos. De vez en cuando gemía como una persona que estuviera muy fatigada. Durante la marcha no había dado muestras de estar cansado y había consumido sus energías hasta caer rendido por la fatiga.

Al cabo de un rato, me deshice de mi carga y me acosté boca arriba. Así estuve mucho rato, hasta que empecé a helarme. Haciendo grandes esfuerzos me puse en pie. Puse un pescado delante del hocico de «Esaú». Lo olió, pero no

quiso comerlo. Esto era mala señal. Cuando un perro no quiere comer es que ya está medio muerto. Yo no quería que se muriera, y por ello fui desmenuzando el pescado y metiéndoselo en la boca. «Esaú» fue masticando con grandes esfuerzos, pero en seguida se levantó sobre sus patas anteriores y empezó a comer. Comiose todo el pescado y luego se acostó enroscándose en la forma en que suelen hacerlo los perros.

Entonces tuve la intención de pernoctar allí mismo, pero en seguida reflexioné: «Quizá el lago se encuentre ya muy cerca de aquí y sería estupendo poder pasar la noche en la sólida cabaña

de Trapper-Fred». Así, pues, volví a coger mi paquete y también el bulto que llevaba el perro.

Me sentía tan débil que me tambaleé y faltó poco para que me cayera, pero sabía que ahora no me era lícito caerme, pues ni siquiera habría tenido fuerzas suficientes para volver a ponerme en pie. Hasta aquel día no me enteré de que existía una fatiga tan grande que era capaz de causar la muerte a una persona. Tiré del perro para que se levantara. También debía de estar muy fatigado, pues a partir de aquel instante ya no me precedió en la marcha, sino que iba a mi lado o incluso detrás de mí, y a veces

tenía que tirar de él.

Ya no me acuerdo de si duró mucho aquella marcha, sólo puedo recordar que llegamos al lago. Y pensaba constantemente: «No puedes caerte, porque entonces no podrías levantarte y perecerías de frío». Estaba como borracho, y daba traspiés continuamente. No se me ocurrió la idea de arrojar la carga; pero me di cuenta de que había perdido la carga del perro y me alegré de ello. Entonces me desplomé y me quedé dormido.

Volví a despertarme, porque «Esaú» estaba aullando fuertemente. «La choza no puede estar ya muy lejos», pensé.

«Debes levantarte, de lo contrario, volverás a dormirte y te quedarás helado». Quise arrojar la carga que llevaba en la espalda, pero ella me aplastaba bajo su peso y yo carecía por completo de fuerzas. Entonces oí unos ladridos lejanos y pensé: «Son los perros de Trapper-Fred».

Ignoro si yo mismo había soltado la cuerda que tenía atado el perro a mi cinturón o si poco a poco fue deshaciéndose el nudo, debido a la fuerza con que el perro tiraba de la cuerda. Trapper-Fred me dijo posteriormente que le despertaron los ladridos de sus perros y que estuvo a

punto de disparar sobre «Esaú» creyendo que se trataba de un lobo, pero que en el último instante le pareció que aquel animal estaba demasiado gordo para ser un lobo.

Guiado por «Esaú», Trapper-Fred me encontró por fin, tendido sobre el hielo del lago, y luego me llevó a su cabaña, pero yo ya no me di cuenta de nada.

EN COMPAÑÍA DE TRAPPER-FRED

Hasta mis narices llegó el olor de tocino frito con habas. Me sentía demasiado cansado para poder abrir los ojos. Me dolía todo el cuerpo, y sin embargo me sentía feliz.

Todavía ignoraba que me encontrase junto a Trapper-Fred. Sólo percibía el olor del tocino y de las habas, y sabía que tenía hambre. Luego pensé en el tocino que yo había freído durante mi última pausa nocturna, luego en el perro, que se me escapó, y pareciome como si

hiciera rato que estuviera llorando, pero he aquí que apareció de nuevo el can inesperadamente, y yo le di chocolate, y me reía, contento y feliz. Entonces me pareció como si estuviera caminando, caminando, con los ojos cerrados. De nuevo percibí el olor de tocino frito y abrí los ojos para verlo como se estaba friendo en la sartén, y he aquí que vi entonces a Trapper-Fred sentado junto a mi lecho.

Me asusté y volví a cerrar los ojos: pero Trapper-Fred se dio cuenta de que yo estaba despierto, y me dijo:

—Has tenido mucha suerte, «Pequeño Zorro».

Le dije:

—El perro... Yo había de traerte el perro de «Louis Tres Dedos».

—Le tengo atado ahí fuera. Es un perro muy listo.

—Si —repuse—, un perro muy inteligente.

—Llegó corriendo a la cabaña y no me dejó en paz hasta que fui con él. Así fue cómo te encontré allí tendido.

Volví el rostro hacia la pared, para que Trapper-Fred no viera que estaba llorando. No sé por qué tenía que llorar, pues me sentía dichoso de encontrarme al lado de Trapper-Fred y de que el perro estuviera atado fuera de la cabaña.

Me dormí de nuevo.

Luego Trapper-Fred me despertó y me dio mucho té con azúcar. Después comí dos platos llenos de habas con tocino. Cuando hube saciado el hambre, dije:

—Hay que darle al perro un pescado entero, pues todo el día ha tenido que soportar una pesada carga y debe encontrarse muy debilitado.

—Ha comido ya dos pescados grandes —respondió Trapper-Fred.

Yo habría deseado pedirle a Trapper-Fred que le llevara un trozo de chocolate, pero temí que se burlara de mí, y por ello no se lo dije.

—¿Qué ocurrió, pues, en realidad, con «Louis Tres Dedos» y el perro?

Le conté todo lo que había sucedido. Él escuchó en silencio y durante aquel día no volvió a preguntar nada más.

—Ahora duerme, «Pequeño Zorro» —me dijo, y yo me acosté y me dormí.

Trapper-Fred no estaba allí cuando desperté; pero la estufa estaba encendida y percibíase el olor de habas con tocino. Quise levantarme de la cama, pero tuve que acostarme de nuevo. Me dolía todo el cuerpo, sobre todo las piernas y la nuca. Así, pues, me senté un rato en la cama y recorrí con los ojos el interior de la cabaña. No era

muy grande, y sólo tenía una ventana. Delante de la ventana había una mesa y una silla. Las paredes estaban hechas de delgados troncos colocados juntos. De clavos y ganchos pendían vestidos, raquetas para la nieve, toda suerte de utensilios y una lámpara de petróleo.

Yo me preguntaba dónde habría dormido Trapper-Fred, pues sólo veía una cama. Ésta estaba hecha de delgadas ramas a las que se había quitado la corteza. Sobre la armazón estaban extendidas anchas tiras de piel, y encima una piel de alce. Para cubrir el cuerpo había una manta formada de varias pieles suaves. En el rincón había una

caja grande. Casi en el centro estaba la gran estufa. Esto era todo, y todo ello me gustaba. Más tarde vi otras dos cajas debajo de la cama.

Cuando me levanté, vi que encima de la mesa había un pedazo de papel con una nota escrita, que decía: «Come las habas, yo estaré de vuelta por la noche». Comí, pues, de las habas hasta saciarme, pero todavía quedaron muchas, pues la olla era muy grande.

Salí de la cabaña, para ver a «Esaú». Había nevado mientras yo estuve durmiendo. En el pequeño patio cercado vi varias casitas para perros, todas ellas sencillas. Cada una parecía

un pequeño tejado.

No encontré en seguida a «Esaú». Primero me salieron al encuentro, olfateándome, dos de los perros de Trapper-Fred. Sin embargo, no ladraron como suelen hacer los perros en presencia de forasteros. Eran unos perros muy bien cuidados, de tamaño y color parecidos. Desde las piernas para arriba eran de color gris plateado. En el lomo y en la cabeza presentaban un tono más oscuro. Eran unos malamuts muy hermosos, no tan grandes como «Esaú». Su rostro, empero, era mucho más simpático que el de éste, y me gustaba contemplarlos.

A «Esaú» le encontré en una de las otras tres casitas. Estaba enroscado completamente, y sólo levantó una vez la cabeza, para volverla a esconder en seguida entre las patas posteriores. En mi bolsillo encontré todavía media pastilla de chocolate. La partí a trocitos y arrojé éstos sobre la nieve, delante de la casita. El perro estiró el cuello y fue cogiendo ansioso con la boca los pedazos del chocolate. Yo le estaba muy agradecido. De no ser por él, quizá habría perecido de frío en el lago.

En el patio, con la pared posterior dirigida hacia la cabaña, se levantaba un cobertizo formado de pequeños troncos,

tablas viejas y plancha ondulada. Entré en este cobertizo y vi en su interior, junto a la puerta, mi paquete, que en vano había estado buscando en la cabaña. También estaban allí mis raquetas para la nieve. Sobre un caballete había apiladas pieles y pescado seco, y por todas partes colgaban pieles en las paredes, así como sierras, hachas y toda clase de herramientas. También había varios cestos, recipientes y sacos llenos. En uno de los recipientes había harina de maíz. El recinto olía a aceite, cera, petróleo, pescado y pieles, y me gustaban aquellos olores. También había

allí una estufa, y encima de ella una gran olla de hierro con mazamorra y pedazos de pescado. La sopa se había helado y no olía bien. Salí del cobertizo. Alrededor de él y hasta la altura del techo había apilada una gran cantidad de leña, y encima del techo una pequeña barca. Detrás del cobertizo vi un trineo de perros muy ligero.

Caminé cosa de una hora por los alrededores de la cabaña, y encontré en la orilla del lago, sobre la nieve, una pequeña cruz de abedul. En seguida conocí que allí estaba la tumba de mi parienta, la mujer de Trapper-Fred. Alrededor de ella se erguían unos

abetos. Me alegré de ver que honraba aquella tumba. La mujer no debía de ser muy vieja cuando murió. En la familia se hablaba mucho de ella, pero nunca vino a visitarnos. Debido a que el hombre blanco se había casado con una mujer de nuestra tribu, ahora él también pertenecía en realidad a la tribu, cuyo jefe fui yo, cuando murió mi abuelo.

Yo estaba muy preocupado, porque no sabía si Trapper-Fred me querría tener a su lado. Volví a la cabaña, fui a buscar en el cobertizo mis cosas, las llevé a la cabaña, me acosté y en seguida me quedé dormido.

Había oscurecido ya bastante cuando

desperté. El fuego de la estufa se había extinguido. Volví a encenderlo y puse encima las habas. Cuando estuvieron calientes, puse a hervir agua para el té. En la caja encontré toda clase de utensilios, y coloqué sobre la mesa los que nos hacían falta para la cena. Al poco rato llegó Trapper-Fred. Oí a los perros aullar desde fuera, luego percibí el rumor de los pasos del cazador que entraba en el patio. Habló con los perros, y éstos callaron al punto. Probablemente les había dado pescado.

—¡Hola, «Pequeño Zorro»! —
saludome al entrar.

Su cara estaba muy colorada y

cubierta de gotas de sudor. Quitose la cazadora, descolgó la lámpara, la encendió y la puso encima de la mesa. Fui a buscar las habas y el té que estaban sobre la estufa. Trapper-Fred tomó el té muy caliente y sin azúcar. Durante la comida, no pronunció una sola palabra. Comimos todas las habas que quedaban, y nos saciamos de ellas. Después de comer, encendió una pipa y me alargó también su bolsa de tabaco. Fumamos. En la cabaña reinaba un augusto silencio. Oíase el crepitar del fuego, el ruido de los perros al correr por la nieve, y de vez en cuando un ligero gruñido.

De pronto, temí que llegara el momento en que Trapper-Fred empezara a hablar.

EL GRAN DISCURSO DE «PEQUEÑO ZORRO»

Trapper-Fred dijo así:

—Te escribí que no vinieras.

—No recibí ninguna carta tuya —le respondí.

Me miró largamente, y como yo sabía lo que aquella mirada quería decirme, la sostuve, sin apartar la mía, pero me dolió como una cuchillada.

—Bien, es posible que a veces las

cartas se pierdan. Hay un largo trecho desde aquí hasta el «Mango de la Sartén». Pero no quiero tenerte aquí conmigo. No soy ninguna niñera y no quiero tener que vigilar a nadie. Ni tampoco quiero que nadie me vigile.

Dijo esto en tono muy duro.

Estuvo después fumando durante un buen rato, sin dejar de mirarme.

—Tú has pensado —me dijo— que aquí encontrarías una cabaña caliente y acogedora, y que podrías darte una buena vida sin trabajar.

—Yo quiero trabajar, yo puedo trabajar como un hombre —le aseguré.

—Aun cuando pudieras trabajar

como dos hombres, yo no te necesito. Quiero estar solo. Por esto vine aquí, porque quiero estar solo, ¿entiendes? La avioneta llegará esta misma semana. Podrás irte en ella. Esto es todo.

Yo no supe qué responderle. Ni siquiera tenía fuerzas para hablar, porque sentía un nudo en la garganta. Trapper-Fred me intimidaba, pero al propio tiempo yo no quería separarme de él. Tenía en la mente todo cuando quería decirle, pues durante muchas noches lo había estado meditando.

—Pero ¿a quién iré, Trapper-Fred? Tú eres mi pariente, el marido de la hermana de mi padre.

Cuando acabé de decir esto, me puse colorado como un pimiento. Me miró, y en sus ojos había un brillo frío, helado. Pero yo continué diciendo:

—¿Por qué me enviaste a Juneau? Tú querías que yo no fuera un pequeño borracho muerto. ¿Por qué lo hiciste, Trapper-Fred? Yo fui a Juneau, cumpliendo tu voluntad. Desde entonces no he vuelto a beber *hootch* ni whisky. He trabajado de firme, te lo puede decir Dutch-Will. En el banco de Juneau tengo más de dos mil dólares. Cuando no tenía trabajo, iba a la escuela, tal como tú querías. Ahora soy como uno al que su tribu ha expulsado de su seno. Ya no

pertenezco a las personas de mi raza. No bebo *hootch* y no puedo hablar con ellos de las cosas que yo pienso. Y los blancos sólo saben burlarse de mí. Cuando se enteran de que no bebo whisky, se ríen de mí y me atormentan con sus pesadas bromas, y una vez hasta perdí mi empleo, porque unos hombres blancos no querían trabajar con un indio que no quiere beber con ellos cuando le invitan. No deseo otra cosa más que pasar un invierno lejos de todo, de los indios y de los blancos, de las burlas y desprecios, de las ciudades y del whisky. Quiero ser respetado, y después de la jornada poder dormir sin tener que

pensar en las injurias y los insultos. ¿Por qué, Trapper-Fred, me separaste de mi abuelo?

Al hacerle esta pregunta, volví a sentir el nudo en la garganta y que los ojos se me humedecían. Y las lágrimas me daban mucha rabia. Me puse en pie, e hice una cosa que en otra ocasión no habría hecho: busqué en mi pecho el collar de cacique y se lo mostré a Trapper-Fred.

—Mira —le dije—. Mi abuelo me dio el collar de jefe indio. No quiso cambiarlo nunca por whisky. Lo guardó para mí. «Tú serás el jefe, cuando yo muera», me dijo. Y ahora tengo el collar,

pero ¿dónde está la tribu a la que pertenezco? Yo no pertenezco a nadie, y nadie me pertenece a mí. Tampoco tú me quieres, ni siquiera un invierno quieres tenerme contigo. Está bien, entonces tomaré mis cosas y me iré en seguida, y te daré dinero por las habas y el té, pues no soy ningún indio que ande mendigando habas y té.

Durante mi discurso, había ido encolerizándome cada vez más, y mis ojos ya no estaban húmedos de lágrimas.

—Ahí tienes —le dije— diez dólares por las habas, el té y el alojamiento. El perro puedes quedártelo. No quiero tener un perro que me haya

sido regalado por un hombre blanco. No tienes que pagarme el pescado que ha comido durante el viaje.

Así le hablé a Trapper-Fred, avancé hacia él y le mostré el billete de diez dólares. Y en todo el rato en que yo estuve hablando, él estuvo sentado en la silla, con las manos en los bolsillos, fumando y mirándome, pero como si estuviera escuchando ruidos procedentes del exterior. Luego sus ojos se posaron en el collar que pendía de mi pecho. Sacó una mano del bolsillo y tomó en ella el collar. Luego sacó con la otra mano la pipa de su boca y dijo:

—Es curioso que el viejo borrachín

no lo hubiera cambiado por whisky. El jefe «El-que-hace-salir-el-salmón» habría podido obtener su buen par de botellas por este collar.

Escondió el collar entre mis ropas, y añadió:

—Ahora, a dormir, pequeño jefe, jefe «Pequeño Zorro». Tu discurso ha sido excelente. Tendré que reflexionar sobre lo que has dicho. Ahora vete a dormir.

Entonces fui a acostarme, me desnudé y me deslicé debajo de la manta. Tenía mucho sueño, y me dormí en seguida. Me desperté al notar que alguien se deslizaba también debajo de

la manta para hacerme compañía en la cama. Yo pensé: «Es Trapper-Fred», y volví a dormirme.

A la mañana siguiente, ya no estaba allí. Yo permanecí aún mucho rato acostado, y estaba muy contento de que Trapper-Fred hubiera compartido la cama conmigo. Era tan grande mi alegría que el corazón no me cabía en el pecho.

Estuve contento todo el día. Trapper-Fred había dado ya la comida a los perros, pues la olla de la estufa del cobertizo estaba vacía. Encendí fuego en seguida y cocí nueva comida para los perros, consistente en harina de maíz y pedazos de pescado. Olía muy mal.

Para mí preparé una sopa de cubitos de puré de guisantes y también hice la comida para cuando regresara Trapper-Fred: sopa de *corned beef* y fideos, una comida muy succulenta y nutritiva. También había traído conmigo un paquete de harina para repostería. La mezclé con leche condensada y preparé la pasta. Quería mostrarle a Trapper-Fred que había aprendido a guisar.

Pero él no regresó hasta el atardecer, por lo cual, cuando empecé a sentir hambre, comí galletas con tocino y bebí una taza de té. A los perros les di solamente medio pescado, porque ignoraba la ración que solía darles su

amo.

Cuando Trapper-Fred llegó por fin, dirigióse primero al lugar donde estaban los perros. Al entrar en la cabaña, me dijo:

—¿Qué les has dado a los perros?

—Los he dado medio pescado a cada uno al mediodía —respondí.

—Entonces dales la mitad de la pasta que les has cocido. Pero antes se la debes calentar.

Salí a preparar la comida de los perros. Éstos saltaban y ladraban al acercarme a ellos con la pitanza. «Esaú» limitose a sacar la cabeza de la casita y aguardó a que me hubiera alejado.

Luego se puso a comer.

Trapper-Fred se hallaba sentado a la mesa. Todavía no había comido. Le puse delante la olla con la comida y él llenó su plato.

—Se ve que ha venido a visitarme un hombre rico —dijo riendo.

Yo no me sentía ya intimidado en presencia de él. Comimos con buen apetito y sólo dejamos un poco de comida para el desayuno. Luego hice la torta en la grasa del tocino. Me salió muy bien, y Trapper-Fred elogió mis dotes culinarias. Luego tomamos café en polvo. Por su expresión comprendí que se alegraba de haber comido tan bien.

Fumamos. Trapper-Fred apagó la lámpara y abrió la puertecilla de la estufa.

Afuera empezaron a aullar los perros. El fuego crepitaba y nosotros seguíamos fumando. Entonces habló Trapper-Fred y dijo así:

—Ayer pronunciaste un excelente discurso, un verdadero discurso de cacique, realmente, Y he estado pensando sobre ello. Tú me preguntaste por qué no te dejé al lado del jefe, por qué le envié a Juneau. Todavía hoy ignoro por qué lo hice. Quizá porque así lo quiso «Ojos-de-salmón», puesto que me escribió diciendo que tú no debías

convertirte en un pequeño borracho, ya que todos los indios decentes se avergüenzan cada vez que un indio se convierte en un borracho, y después de todo, esta tierra fue en otro tiempo vuestra tierra. Me preguntaste además: «¿Dónde está mi tribu, a la que pertenezco?». Y me mostraste tu collar de jefe, a lo cual yo debo decirte: aun cuando ya no tengas una tribu, puedes, sin embargo, ser un jefe. Puedes serlo incluso sin este collar, pues un hombre está formado de muchas cualidades y deseos, y sobre ello puede él gobernar como un jefe, si quiere. ¿Me comprendes?

Le dije que comprendía perfectamente sus palabras, y él prosiguió:

—Entonces, tú eres jefe, y debes sentirte orgulloso en tanto seas un jefe valiente, justo y prudente. Y no debes despreciar a tu abuelo porque yo le hubiera dicho palabras duras en un instante de cólera. Si el hombre blanco no hubiera llegado a estas tierras, tu abuelo no se habría convertido en un borracho. Y además, no perdió del todo su orgullo y dignidad, puesto que aún conservaba el collar de cacique. Mas esto yo lo ignoraba. Tú me dijiste: «¿A quién iré? Tampoco tú, mi pariente, me

quieres». Ya has visto la tumba de tu parienta: las huellas que dejaste en la nieve conducen hasta allí. Mi mujer era la hija de un jefe indio. Me llaman con desprecio *squawman*, incluso tu abuelo, el padre de ella, me llamaba así, pero esa mujer mereció que yo no tuviera que avergonzarme de ella. Ninguna mujer blanca me habría soportado en la forma en que ella me soportó. Y ahora te diré por qué razón quiero tenerte conmigo aquí este invierno: porque no quiero que seas un paria. Esto es lo que fui yo. Algunas personas están enteradas de ello, y podría ser que algún día oyeras tú hablar la verdad a medias. Por ello es

preferible que la oigas por entero de mis labios. Estuve en la cárcel y fui condenado. Antes había sido ingeniero. Construí un puente, y obedecí las órdenes de la compañía en la que prestaba mis servicios, para terminarlo a toda prisa. Yo entonces era joven, pero era ingeniero, y no podía confiar en el azar, sino únicamente en mis cálculos. Así, pues, los cimientos no fueron lo suficientemente profundos, el puente se hundió y afortunadamente puedo afirmar que mi torpeza no ocasionó víctimas humanas. Pero yo era el ingeniero jefe, y tuve que ir a la cárcel porque los cimientos no concordaban con mis

planos. Al oír tu discurso, pensé lo siguiente: «A esta tierra le debo algo, un hombre que quizá algún día pague la deuda por mí contraída». Quizá seas tú ese hombre, «Pequeño Zorro». Por consiguiente, quédate este invierno conmigo, y luego veremos lo que se hace. Un indio que no bebe, un muchacho que tiene en el banco dos mil dólares, que tiene dignidad, y además es un jefe... En fin, ya veremos. Aquí la vida es dura. En verano te comen los mosquitos. En invierno te acosan los lobos, el frío, el *blizzard*, y te matas trabajando todos los días, hasta que anochece, si es que quieres ganar algo

más que lo estrictamente indispensable para sobrevivir. Y cuando caes enfermo, se te hiela la nariz, las orejas, los pies y todo lo demás, y no hay médico que pueda auxiliarte. Pero tú eres libre, puedes ir a donde quieras, en tanto puedas correr. Nadie puede ofenderte, nadie puede dictarte órdenes. Tú eres tu propio jefe. Ésta es la vida que quiero que conozcas. Y entonces veré lo que hay en ti. Harás aquí en la cabaña todos los trabajos que hagan falta, y aprenderás también algo del oficio de trampero. Trataré de enseñarte algo de lo que yo sé. Es posible que algún día vayas a la Universidad de Alaska.

Entonces haya quizás un indio que sea un ingeniero mejor de lo que fui yo, un hombre que merezca el aprecio y la consideración de sus semejantes.

Así fue cómo guardé en mi memoria el discurso de Trapper-Fred.

LA VIDA DE LOS TRAMPEROS

No se trataba realmente de una vida fácil, y ahora comprendo por qué los tramperos blancos ganan más dólares que la mayoría de los tramperos indios: porque trabajan más de firme, aun cuando nadie les obligue a ello, aun cuando tengan provisiones en abundancia. No agotan su zona de caza, sino que piensan en el año siguiente y en el otro. Tratan mejor sus pieles, y éstas tienen entonces un valor más elevado.

Pero a veces de nada sirve todo ello.

El que ha escogido una mala zona, tanto si es un indio como si es un blanco, cobra pocos venados y está siempre cargado de deudas con el tendero.

Al principio, sólo tuve que encargarme de los trabajos domésticos. Trapper-Fred quería que en la cabaña estuviera todo muy aseado, y a veces me decía:

—Eso no está bien. Yo lo quiero de esta manera.

Y yo lo hacía como él quería. Pero primeramente hicimos para mí una cama de troncos delgados y correas. Encima pusimos una piel de alce y finalmente mi saco de dormir.

Mis trabajos consistían en cocinar para nosotros y para los perros, limpiar la casa, limpiar las trampas y engrasarlas, inspeccionar las raquetas para la nieve, vigilar que las pieles y los víveres no se echaran a perder, cortar y apilar leña. Una vez encontró una raqueta en la que yo había dejado pasar una correa medio gastada. Él me dijo:

—A una temperatura de 50 grados bajo cero, no te será posible reparar este desperfecto en el exterior. Ello podrá costarte una congelación de los dedos, quizá tener que caminar sin raquetas por la nieve, e incluso puede costarte la vida, si te ves obligado a

luchar con el *blizzard*, gélido y veloz.

Me daba libros y revistas y me decía:

—Copia esto. Léelo primero, luego escribe las frases sin mirar. Cuando te equivoques, vuelve a leer las frases hasta que puedas escribirlas correctamente. Pronuncia las frases en voz alta, para que puedas oír el sonido de las palabras. Así aprenderás a leer, hablar y escribir al mismo tiempo. Todos te tendrán más aprecio si aprendes a hablar correctamente. Aun cuando hables conmigo, reflexiona antes, para encontrar las palabras adecuadas. No es cosa que puedas

lograrla de una sola vez, pero tenemos tiempo suficiente por delante.

Me dictaba problemas de cálculo. Si me equivocaba, me decía:

—Busca dónde está el error, pues eres tu propio jefe.

Tenía mucha paciencia conmigo, y cuando yo le decía:

—Quizá las ideas de los blancos son demasiado vigorosas y yo no puedo entenderlas.

Él me infundía ánimo diciendo:

—No todos los blancos son listos ni todos los indios son tontos. Te lo explicaré otra vez.

Era un maestro excelente.

No trabajaba conmigo todos los días. A veces estaba sentado horas enteras, por la noche, delante de la puertecilla abierta de la estufa, o yacía sobre la cama, fumando una pipa tras otra, sin decir una palabra. Entonces yo callaba también. A veces leía de un libro. Y en una ocasión, al despertarme, durante la noche, vi que estaba trabajando con el tablero y los utensilios de dibujo. Posteriormente le sorprendí a menudo haciendo esto, pero yo hacía siempre como que dormía, porque pensaba: «Quizá se trata de algo que él quiere mantener en secreto».

Día tras día recorría su zona de caza

con trampas, y traía pieles, a veces muchas, a veces pocas. Pero había también algunos días en los que ningún animal caía en las trampas. Entonces nadie habría advertido por la expresión de su cara que estuviera contrariado debido a la mala caza. Tampoco profería juramentos y palabrotas, como hacían los demás tramperos. Yo al principio sí lo hacía, porque estaba acostumbrado a ello, pero luego fui perdiendo esta costumbre, porque comprendí que no estaba bien.

Debo decir todavía que cuatro días después de mi llegada, aterrizó sobre el hielo del lago el piloto que con su avión

efectuaba su servicio regular en aquellas regiones. Trajo tres perros que había encargado Trapper-Fred, nuevas provisiones, periódicos y libros, y también nuevas trampas que Trapper-Fred quería experimentar. Entre las cartas se encontraba también la que me había escrito Trapper-Fred y que yo no había recibido. Me la mostró y me dijo:

—Tal vez sea mejor que no llegara a tus manos.

Estas palabras me llenaron de gozo y consuelo. Trapper-Fred invitó a comer al piloto, pero éste se echó a reír y dijo:

—Habas y tocino no es comida de piloto.

—Pero si mi socio es un excelente cocinero —dijo Trapper-Fred, elogiándome—. Hoy nos dará para comer sopa de *pemmican* y buñuelos.

Entonces consintió en comer con nosotros, y también hizo elogios de mi arte:

—Tu socio es realmente hábil. Si no estuviera tan obsesionado por mi oficio, os preguntaría si acaso necesitabais otro socio. A vuestro lado se vive bien. Voy a muchas cabañas de tramperos que están menos limpias y en las que no se come más que habas con tocino o salmón.

El piloto llevose una carga de pieles y una lista de las cosas que aún nos

hacían falta, pues las provisiones habían sido calculadas para un hombre solo.

—Volveré dentro de una semana o diez días —prometió el piloto.

Sin embargo, también le compramos algunas de las cosas que traía y con las cuales negociaba. Este piloto era un hombre ya entrado en años, de carácter alegre, muy bromista, que reía siempre a carcajadas.

Trapper-Fred me contó luego que las compañías de seguros no trataban gustosamente con él porque emprendía vuelos muy arriesgados. Había sido uno de los primeros pilotos de Alaska, y había sufrido ya cuatro graves

accidentes de aterrizaje. Dos veces le tuvieron por muerto, porque después de los respectivos aterrizajes forzosos tardó mucho tiempo en reaparecer entre los mortales.

Examinamos los perros que había traído el piloto.

—Si quieres —me dijo mi socio—, te vendo dos de estos perros por cincuenta dólares cada uno. Así tendrás tres, igual que yo. Pero entonces su pitanza correrá de tu cuenta.

Acepté el trato y le compré los perros.

El piloto llegó al cabo de cuatro días, y trajo las cosas que se le habían

encargado, junto con la factura del comerciante. Trapper-Fred se hallaba ausente. Le compré al piloto miel, pues me gustaba mucho, cierta cantidad de chocolate y mucho tabaco. Me habría gustado comprar algo para regalar a Trapper-Fred, pero ignoraba aún en qué ocasión podía ofrecérselo y en qué había de consistir. Se lo pregunté al piloto. Reflexionó un instante, y luego dijo:

—Tengo aquí un par de botas de las que hacen las mujeres esquimales. Son muy calientes y completamente impermeables. Cuestan cincuenta dólares. Si no le van bien, me las

volveré a llevar.

Compré las botas y las puse encima de la cama de Trapper-Fred, junto con algunas otras cosas que había traído el piloto.

Después de comer, cuando Trapper-Fred vio las cosas que estaban encima de su cama, dijo:

—El piloto se ha equivocado. Las botas no se las había encargado.

Yo le respondí:

—Yo se las compré para ti. Todos los maestros cobran dólares por su trabajo. Pero tú no me cobras nada. Por ello te compré las botas.

Él se echó a reír y repuso:

—También yo tengo un regalo para ti.

Y fue a buscar debajo de su cama y sacó una caja estrecha y plana. Contenía una escopeta nueva, maravillosa, bien engrasada. Era para mí.

EN LA ZONA DE CAZA

Cargamos el trineo con víveres y pusimos también algunas trampas. Queríamos abastecer dos *caches* en nuestra zona de caza.

Antes de abandonar la cabaña, puse dentro de la estufa cierta cantidad de corteza de abedul y virutas y dejé preparados los fósforos. Así hacen todos los tramperos, pues a veces regresan tan ateridos por el frío, que sus dedos entumecidos son incapaces de realizar tal operación.

Unos días antes habíamos probado la forma en que los perros habían de correr delante del trineo. Entonces se manifestó la rivalidad entre «Esaú» y «Tom», el perro de guía de Trapper-Fred. Ambos perros estaban acostumbrados a correr delante de los otros, y ahora ninguno de los dos quería ir detrás. Jamás habría yo imaginado que unos perros pudieran tener tal orgullo. Ninguno de los dos quería ocupar un segundo lugar. Sobre todo «Esaú» se comportó con fiereza cuando intentamos hacerle correr como perro segundo, y cada vez trató de lanzarse sobre «Tom». Ninguno quería renunciar al puesto de

honor. Ni el látigo servía de nada. A veces corrían unos pasos hacia delante, pero en seguida se hacían a un lado o bien se tumbaban sencillamente sobre la nieve. Pero tan pronto como se aproximaban uno a otro se producía una furiosa pelea.

Finalmente decidió Trapper-Fred:

—«Tom» será el guía. Hace ya cuatro años que lo tengo, y no quiero que se disguste.

Así, pues, atamos a «Esaú» al lado del trineo. Iba corriendo con evidentes muestras de disgusto, y sólo tiraba cuando se le gritaba. Cuando la capa de nieve era profunda, cuidaba de hacerle

avanzar aquél de nosotros al que correspondía por turno hacer expedito el camino. Así lo probamos, y así lo hicimos.

—Al parecer, quiere ser su propio jefe —dijo Trapper-Fred.

Sin embargo, más adelante, cuando yo recorrí con mis tres perros la pequeña zona de caza con trampas alrededor del lago, «Esaú» era mi perro de guía, y me resultaba más útil que «Tom», el cual se mostraba más diligente cuando su amo estaba de caza con su trineo.

Al principio no se me permitió hacer uso de la escopeta. Trapper-Fred decía

que primero tenía que aprender a manejarla:

—Un tiro poco certero no te será de ningún provecho, pero el animal herido sufrirá quizá días enteros antes de morir, y eso no está bien.

En aquella ocasión estuvimos de camino todo el día, y llenamos las dos *caches* de provisiones y trampas, y colocamos también en cada una de ellas cajas de cebo, con una mezcla de trozos de pescado y de carne y un aceite de olor penetrante, que atrae a los animales.

Las *caches* son unas pequeñas chozas de madera que descansan sobre

altas estacas, para que los animales no puedan llegar tan fácilmente hasta ellas. Y alrededor de las estacas se coloca alambre de espino para impedir el paso a los animales trepadores. Cerca de las *caches* había también refugios, cabañas que poseen casi todos los tramperos, para cobijarse en ellas cuando les sorprende una tormenta. Estas cabañas están provistas de un poco de leña para encender la primera lumbre. Dejamos allí dentro algunas latas de conserva con sopa de carne preparada, que sólo se necesita calentar. Nos llevamos las conservas que habían sido dejadas allí en otra ocasión.



En la *trap-line* estaban colocadas 27 trampas. Seis de ellas se habían cerrado sin atrapar ninguna presa, dieciocho permanecían intactas, y sólo tres contenían una presa: una zorra, cuya piel valía unos 30 dólares, una nutria

pequeña, de unos 15 dólares, y en la tercera trampa había un lobo, el cual pugnaba violentamente por escapar en el momento en que nos acercamos. Trapper-Fred le atravesó rápidamente la cabeza de un balazo.

Yo empujé un poco el lobo con la punta del pie. Pero Trapper-Fred me dijo en tono severo:

—No hagas eso. Nosotros matamos a los animales para poder vivir, y para que no nos venzan a nosotros, pero hemos de respetarlos tanto vivos como muertos.

Desde entonces, jamás volví a pisotear un animal muerto. Ahora

respeto a los animales tal como los respeta Trapper-Fred, el cual se alegra al obtener una buena piel o al efectuar un certero disparo, pero no odia a los animales, ni siquiera a los lobos, que tantos estragos causan en las trampas y en las manadas de renos, por lo cual el Gobierno paga un premio por cada lobo que uno mate. Su piel no reporta grandes ganancias. Su valor varía según el color, el cual va desde el gris al rojo y al negro. También varían mucho los lobos en cuanto a su tamaño.

Después del largo viaje, daba gusto volver a la cabaña, encender la lumbre y comer calientes las habas. Ahora

conocía más acerca de la vida y el trabajo de Trapper-Fred, y sabía también por qué estaba siempre tan cansado a su regreso. Primeramente, debido al largo camino que había que efectuar a través de la nieve, guiar el trineo, hacer expedito el camino y luego el trabajo que había que realizar en las trampas, el cual requería mucho tiempo y cuidado. En tal trabajo es preciso tener en cuenta cuatro cosas. Primero hay que descubrir por medio de las huellas la clase de animales que estuvieron allí, y reflexionar por qué razón no cayeron en la trampa o por qué la trampa que se cerró estaba ahora sin

su presa. Entonces hay que colocar las trampas en lugares más adecuados, poner en ellas nuevo cebo, examinar los resortes, frotar las trampas con cera o aceite, y todo ello debe realizarse con sumo cuidado, pues los animales no son tan tontos como para caer tan sencillamente en la primera trampa que se les presente. Además, hay que procurar no quedar cogido uno mismo en la propia trampa.

Otra vez me hallaba caminando con Trapper-Fred cuando éste detuvo repentinamente a los perros. Arrodillose en la nieve y fue siguiendo, arrastrándose, las huellas de un lobo.

Había muchas huellas de lobo, que se entrecruzaban sobre la nieve. Por ello me extrañó lo que hacía, pero no le pregunté nada.

—Ya vuelve a estar aquí otra vez — dijo, cuando regresó a mi lado—. Quizás ahora me sea posible atraparlo. Se trata de un lobo de extraordinario tamaño, por lo cual me han llamado la atención sus huellas. Conozco perfectamente sus patas, tantas veces he examinado las huellas que ha dejado. Desde hace cuatro años llega a esta región por este mismo tiempo. Jamás había visto un lobo que tuviera una piel tan clara como la suya; es clara como la

de un zorro plateado. Por ello le llamo el plateado. Su manada es pequeña, y no siempre va acompañado de ella. Una vez observé por medio de los prismáticos cómo perseguía a una manada de renos. Me llamó la atención que los animales que iban al extremo de la manada dieran muestras de inquietud. En un ancho valle estaban revolviendo la nieve en busca de musgo. Algunos de ellos estaban metidos con medio cuerpo en el hoyo practicado en la nieve, para encontrar su alimento. Y los últimos de la manada salían ahora de sus agujeros y empezaban a caminar.

»Con los prismáticos miré hacia la

ladera opuesta y vi a los lobos que les estaban acechando. Entonces salió repentinamente de un pequeño valle lateral un lobo de enorme tamaño. Era el plateado, que se lanzó contra la cabeza de la manada, como un perro de pastor se lanza contra el rebaño de ovejas. Fue empujándolos sencillamente hacia su propia manada, y los lobos hicieron terribles estragos entre los renos, según pude comprobar más tarde.

»Desgraciadamente, yo caminaba demasiado despacio con mis raquetas para la nieve, y no pude hacer gran cosa para evitar tales estragos.

»El año pasado, ese lobo me causó

grandes daños, porque saqueó las trampas que yo había preparado. Estoy completamente seguro de que se llevó de mis trampas dos zorros, una nutria, un lince y un visón. Es demasiado astuto para caer en una trampa. Una vez dejé un visón en la trampa y coloqué alrededor no menos de otras seis trampas, bien escondidas en la nieve. Sin embargo, supo llevarse el visón de en medio de tantas trampas. Le he encontrado muchas veces, pero siempre se mantiene fuera del alcance de mi escopeta. Y ahora vuelve a estar aquí y se lleva muchos dólares de entre las trampas.

Me mostró las huellas dejadas por el

lobo en la nieve y me dijo:

—¡Mira! Al correr ligeramente por la nieve profunda, arranca menos la capa de nieve antes de pisar con la pata anterior derecha que con la izquierda. Mira ahí, y también allá. Y aquí, esta cruz en el pulpejo grande de la pata, sólo la tiene él. Desde luego, nos arrebatará muchos dólares el plateado ése.

Aquel día, cuando después de cenar nos hallábamos sentados delante de la puerta abierta de la estufa, fumando en nuestras pipas, me contó muchas cosas acerca de los lobos, historias que se referían a ellos, toda clase de

supersticiones de los esquimales, de los indios y de los blancos, relativas a los lobos. Entre estas historias había una de un hombre que mató a tiros de escopeta a cinco lobos y a otros tres con el hacha.

—Yo iba por el mismo sendero — dijo Trapper-Fred— y de pronto oí muchos disparos, en el preciso instante en que yo me disponía a establecer mi campamento nocturno. Volví a enganchar los perros al trineo y proseguí la marcha. Pero habría llegado demasiado tarde si no hubiera cortado las cuerdas con que estaban atados los perros al trineo, al oír que el hombre luchaba cuerpo a cuerpo con los lobos. Yo perdí

entonces a uno de mis perros, un perro muy bueno. No regresó, por lo cual supuse que los lobos lo habían devorado. El hombre que luchó con los lobos era un trampero cuyos perros habían sido atacados de una epidemia. Estaba de camino hacia un pueblo indio para procurarse nuevos perros. Parecía un poco loco, como suelen volverse algunos tramperos que viven demasiado tiempo solos y son demasiado poco inteligentes para dedicar horas a la lectura o a una labor intelectual. Sin embargo, no era tan tonto como para dejar allí a los lobos muertos, sino que les quitó la piel para poder cobrar el

correspondiente premio.

»Los lobos debían de estar muy hambrientos. Generalmente evitan encontrarse con el hombre. Te darás cuenta de ello si alguna vez tratas de perseguir a un lobo con la escopeta. Pero cuando hace días que no han comido nada, sólo piensan en sobrevivir, y entonces el hambre puede más que el miedo. Un lobo no se resigna a perecer de hambre. Ningún animal lo hace, ningún animal abandona la lucha, a no ser que esté enfermo. Su ley les ordena sobrevivir. Por ello en el momento oportuno se muestran o astutos y cobardes, o valientes.

Así iba contando Trapper-Fred las historias de lobos, y yo le escuchaba atentamente. Aquel invierno aprendí muchas cosas acerca del modo de poner trampas y sobre la caza. Por las huellas comprendía si había estado allí un lince, un visón, una marta, un glotón, un zorro o un lobo; si el animal era grande o pequeño, si estaba cansado o no. Aprendí a examinar si una trampa era buena o era mala. Esto es importante para el trampero, para poderle decir al comerciante el precio que ha de pagarle por ella. Aprendí a orientarme sin brújula, y también aprendí a disparar.

—Lo primero que hay que procurar

al disparar es ahorrar cartuchos —decía Trapper-Fred—. Son muy caros.

Y al apuntar, piensa sólo en el punto sobre el que debes hacer blanco. No pienses en lo que sucedería después de ello o podría suceder, aun cuando el animal fuera un lobo o un oso. Lo segundo que debes tener en cuenta es no disparar a una distancia demasiado grande.

Antes de esto, yo había tenido armas de fuego en la mano, e incluso había disparado con ellas, pero ahora comprendía cuán certeramente puede disparar uno una buena escopeta si se tienen en cuenta todas estas cosas. En el

primer ejercicio, de diez disparos a ochenta pasos di seis veces en el blanco, en una tabla que habíamos clavado en un árbol, y Trapper-Fred dijo que tenía muy buena puntería, pues todavía no conocía bien aquella arma de fuego. En cuanto a él, sus diez disparos dieron en el blanco.

—También debes tener presente que es distinto disparar contra un animal que corre, pues entonces has de tener en cuenta la rapidez y la distancia. Pero no tienes tiempo para calcular, sino que es preciso que aciertes por intuición.

A veces me llamaba la atención que Trapper-Fred fuera al lugar donde tenía puestas las trampas, aunque hiciera mal

tiempo.

—Ningún animal debe sufrir en las trampas más tiempo de lo necesario —explicome—. Tampoco me gusta que un glotón o un lobo me arrebate de la trampa un zorro por el que puedo cobrar doscientos dólares. Mi oficio es colocar trampas e inspeccionar trampas. Nadie me obliga a ello, sino que es un trabajo que yo mismo escogí voluntariamente. Por consiguiente, quiero hacerlo bien.

En esta temporada de la caza con trampas había semanas en las que no cogíamos nada, porque la nieve cubría las trampas con una capa de más de un metro de altura. Entonces aguardábamos

a que hubiera cesado de nevar e íbamos a poner más trampas a la orilla del lago, en aquellos lugares que en cierto modo estaban libres de nieve. De una de estas trampas, un glotón nos arrebató un zorro plateado. Tuvimos tiempo de verle mientras estaba devorando su presa, pero descubrió nuestra presencia y no tuvimos tiempo de disparar sobre él.

—Es preciso atravesarle la cabeza de un balazo —dijo Trapper-Fred—, pues si le damos tiempo a que abra sus glándulas que segregan el líquido hediondo, su piel ya no nos sirve para nada. Nadie querrá aceptar esa piel, ni tampoco las pieles de los animales que

él haya ensuciado con su líquido en el momento de saquear las trampas, y esto es lo que hace siempre el glotón.

Lo mismo había ocurrido con el zorro plateado que aquel glotón había empezado a devorar. Lo dejamos todo tal como estaba, sin tocar nada. Todo el aire estaba lleno de hedor. Llevamos el mal olor a la cabaña, pues llevábamos impregnadas de él todas nuestras ropas. Incluso la comida olía a glotón. A ningún trampero le gusta tener nada que ver con este animal, pero se alegra de obtener una piel de glotón que no huela mal, pues sólo la piel del glotón no recibe humedad y se paga a buen precio.

Con esta piel se hace la pieza que enmarca el rostro en las «parkas», porque en ella no se deposita la humedad procedente de la respiración.

Trapper-Fred dijo que aquella época de caza no había sido muy buena, pero que tampoco podía calificarse de mala. Al final de la temporada calculó los gastos que había tenido en cuanto a las trampas, la comida, el transporte, la pitanza de los perros y las municiones, y la parte de mis ganancias fue de 187 dólares.

—Podemos estar completamente satisfechos —dijo—; algunos cazadores no logran pagar las deudas contraídas

con el tendero o con el banco. Por ello no debe extrañarnos que algunos de ellos beban mucho y jueguen o derrochen el dinero cuando han vendido sus pieles.

LOS PERROS

Es preciso mantener constantemente entrenados a los perros, porque de lo contrario se vuelven perezosos y pierden la costumbre de obedecer. Por ello es que los cazadores los llevan siempre consigo, aun cuando no los necesiten. Así, «Esaú» se quedaba siempre solo conmigo cuando Trapper-Fred salía de caza.

Cuando no estaba ocupado en otros trabajos domésticos, iba a buscar troncos delgados para el salidizo de la puerta de la cabaña. Iba a buscarlos al

bosque, los cortaba de modo conveniente y luego los pulía. En la parte del suelo en que debía colocarlos, encendía fuego previamente con objeto de deshelar la superficie. Tales salidizos son muy prácticos, pues resguardan en cierto modo del frío y también de los mosquitos el interior de la cabaña. Además, puede dejarse allí las ropas cubiertas de nieve y toda clase de cosas que uno quiera tener a mano, pero que no quiera llevar al interior. Resulta especialmente útil cuando hace mucho frío y hay tormenta.

Mientras estaba trabajando, «Esaú» andaba siempre cerca de mí. Yo sólo

debía vigilar que no se alejara demasiado, porque habría podido caer en las trampas. Cuando iba al bosque, también me acompañaba. Yo hablaba con él, como hacen casi todos los tramperos con sus perros. A veces se mostraba tan amigable, que yo podía acariciarle sin que en seguida se alejara.

Cuando había estado corriendo mucho rato por la nieve, se acercaba a mí, se acostaba sobre la nieve y levantaba las patas para que se las untara con sebo. Los perros inteligentes hacen esto también cuando están de viaje con el trineo y empiezan a dolerles las patas, y algunos lo hacen tan a

menudo que el cazador pronto se da cuenta que lo único que quieren es descansar. Entonces hay que darles un golpecito en la nariz, para que se den cuenta de que uno ha descubierto su truco. También hizo esto «Esaú» varias veces, cuando tenía que correr al lado del trineo, pero nunca lo hizo cuando iba en calidad de guía, pues entonces mostraba su diligencia retrocediendo y dando mordiscos a los perros que no avanzaban lo bastante de prisa.

Una vez, mientras yo volvía a trabajar en el salidizo, me sentí intranquilo porque hacía bastante rato que «Esaú» no estaba allí conmigo. Le

llamé por su nombre y silbé en la forma en que solemos hacerlo para que acudan a comer. Esto da siempre resultado. Estuve aguardando unos instantes más, luego fui a la cabaña a buscar mis raquetas para la nieve y la escopeta y tomé también una cuerda. Fui siguiendo sus huellas recientes en la nieve por espacio de más de media hora. Entonces oí sus ladridos y poco después vi que la nieve estaba revuelta en algunos lugares y encontré también las huellas de un lince. Las huellas me revelaron que el lince huía de árbol en árbol, y que dos veces, al cambiar de árbol, tuvo que luchar con el perro. Sin embargo, en los

sitios en que habían luchado los dos animales veíase sólo un poco de sangre.

Volví a llamar al perro, y poco después oí sus ladridos bastante cerca de donde yo me encontraba. Entonces le vi y también al lince, que estaba acurrucado sobre una gruesa rama de un árbol y espiaba al perro estirando el cuello.



Até a «Esaú» a un árbol algo distante, para que no entrara en lucha con el lince en el caso de que éste cayera herido del árbol. Entonces cargué la escopeta y sólo pensé en dar en el blanco. Había de ser en la cabeza, pues no quería que la piel del animal quedara agujereada. Di en el blanco. Cuando el lince llegó al suelo, ya estaba muerto.

Sólo entonces sentí mi pecho inundado de alegría por acabar de cobrar mi primera pieza de caza, y, además, porque se trataba de un animal de tamaño tan grande. Le abrí aprovechando que todavía estaba

caliente, y arrojé sus vísceras al perro. Al desollarle seguí puntualmente todas las lecciones que sobre ello me había dado Trapper-Fred. Extendí la piel sobre la nieve y me alegré al comprobar que era tan grande.

No fue fácil regresar a la cabaña llevando aquella carga a la espalda y con las raquetas de nieve en los pies. La carne del lince serviría de comida para los perros, pues de vez en cuando debe dárselos carne fresca.

Trapper-Fred no había llegado todavía, y así tuve tiempo para deshelar la piel y extenderla sobre el tensor. En seguida que entró en la cabaña vio

aquella piel.

—¿Es que lo encontraste en una de las trampas del lago? —me preguntó.

Entonces le referí lo de la caza.

—Es un lince muy grande —declaró, y fue a buscar la cinta de medir.

Luego miró en su libro y dijo:

—Es el más grande que haya cazado yo jamás.

Yo estaba muy orgulloso, y me sentí todavía más cuando Trapper-Fred añadió:

—Un buen disparo. Y no estuviste nervioso, sino que alojaste la bala precisamente en el lugar en que debías hacerlo.

Una vez, antes de que amaneciera, nos despertó un gran alboroto que hacían los perros, y salimos corriendo con nuestras escopetas, todavía a medio vestir, creyendo que un lobo o un lince había entrado en el patio y había ido a parar donde se encontraban los perros; pero se trataba de una lucha entre «Esaú» y «Tom», el cual se había soltado mordiendo la correa con que estaba atado.

«Tom» era un perro pacífico. Jamás daba muestras de que se preocupara mucho por «Esaú». Pero debía de odiarle, y aguardó la primera oportunidad para demostrarle que allí el

«jefe» era él.

En medio de la nieve, los dos perros formaban un ovillo oscuro.

—Trata tú de coger a «Esaú» —
díjome Trapper-Fred—, mientras yo me
encargo de «Tom».

Pero esto era más fácil de decir que de hacer, pues los dos canes no se preocupaban en absoluto de nuestra presencia, no querían soltarse por nada del mundo y repartían mordiscos a diestro y siniestro cada vez que acercábamos a ellos nuestras manos para separarlos.

Los otros perros estaban agitados y tiraban furiosamente de sus respectivas

correas. No nos quedó otro remedio, si no queríamos perder a los dos perros, que separarlos pegándoles puntapiés y culatazos. Lo conseguimos después de grandes esfuerzos y fatigas. Los dos presentaban muchos mordiscos en el cuerpo, pero «Tom» presentaba más que «Esaú», porque éste estaba mejor protegido por tener su pelaje más espeso.

—Por lo visto, debía de odiar mucho a tu perro —dijo luego Trapper-Fred—, ya que «Tom» es un sujeto pacífico.

—¿Un sujeto pacífico? —contesté—. Pues el pacífico «Tom» ha atacado a

«Esaú» mientras éste se hallaba durmiendo.

—Yo no digo nada contra «Esaú» — repuso riendo Trapper-Fred—, lo único que quiero decir es que nunca llega uno a conocer bastante a sus perros. De pronto se convierten en lobos furiosos. Una vez tuve uno que siempre estaba malhumorado y gruñía cada vez que querían acariciarlo. A mí me gusta que los perros que yo tengo sean amables y de buen aspecto, por lo cual vendí aquél del que te estoy hablando, y fue a parar a Fairbanks. Sin embargo, al cabo de diez semanas, hallábase aquí otra vez. Su amo estuvo con él en Hughes y el animal

conocía el camino que va desde ese lugar hasta aquí. Un día me lo encontré tumbado sobre la nieve, delante de la cabaña. Volví a comprarlo, y lo curioso es que desde entonces ya no volvió a gruñir cuando yo quería acariciarlo. Entonces gustaba de estar siempre junto a mí.

»Otro perro que tuve no mordía por nada del mundo. Cuando los otros perros buscaban pelea con él limitábase a gruñir y a poner tiasas las patas. Durante mucho tiempo le tuve por un cobarde, pero no lo era. Una vez disparé contra un lince hembra y el perro estaba tendido junto a él cuando lo encontré.

Había luchado con el lince, y éste le había infligido tan graves heridas que tuve que darle muerte con la escopeta. Nunca sabe uno a qué atenerse con sus perros.

Tal fue lo que Trapper-Fred me refirió acerca de los perros.

EL BLIZZARD

Yo había salido con el trineo y los perros a recorrer la zona de caza con trampas, y ahora estaba de regreso.

«Tom» salió corriendo a nuestro encuentro, dando grandes saltos, y me extrañó que Trapper-Fred lo hubiera soltado, sabiendo que yo llevaba a «Esaú» como perro de guía. Pero «Tom» no se preocupó por «Esaú». En seguida advertí que de su collar pendía un trozo de cuero. Se lo quité y encontré en él un papel escrito en el cual Trapper-Fred me decía: «Apresúrate, apresúrate

cuanto puedas. Se acerca un *blizzard*. Fíjate en los disparos».

Yo conocía ya el *blizzard*. Aun cuando se encontrara uno en el interior de una sólida cabaña, tenía motivos sobrados para temerle. Se ha dado el caso de personas que perecieran víctimas del *blizzard* a pocos pasos de su cabaña. Me asusté, pues, al leer la nota, y fustigué los perros. Pero tuve que detenerme de nuevo, porque «Esaú» y «Tom» disponíanse ahora a volver a pelear. Tuve que alejar primero a «Tom» a latigazos e impedir que volviera a acercarse al trineo.

No solíamos pegar a nuestros

perros, pero ahora les pegué hasta hacerles gemir de dolor, y les pegaba cada vez que empezaban a caminar más despacio. Mis manos estaban cansadas de tanto sujetar al trineo y de agitar el látigo, y estaba ronco de tanto gritar.

Sin embargo, no se descubrían señales de que fuera inminente el *blizzard*. No hacía frío y el aire estaba completamente quieto. Por el oeste veíase una franja bastante clara sobre el horizonte, pero rápidamente fue haciéndose más estrecha.

Una vez se detuvo «Esaú» y olfateó el aire. Los otros perros hicieron lo mismo. Y de pronto empezaron a tirar

del trineo todos a la vez. Habían percibido el *blizzard*. Ahora corrían a todo correr, por lo cual pude ahorrar el látigo.

De pronto dejose oír en el aire un leve ruido, parecido a un canto, y una ráfaga de viento arremolinó la nieve delante de nosotros, y noté como si ésta me pinchara el rostro como con agujas. Pero en seguida volvió a quedar la nieve tranquila como antes. Sólo percibíase el leve canto en el aire, e íbase haciendo cada vez más claro.

Me tranquilicé un poco, pues ahora no distábamos de la cabaña más de un cuarto de hora. Podíamos divisarla

desde el próximo ángulo del bosque. Pero de repente no vi ni el ángulo del bosque ni la cabaña. El *blizzard* estaba allí, como un muro de tormenta y de nieve. Mi propio aliento fue rechazado violentamente contra mi pecho, y tuve que agarrarme con todas mis fuerzas al trineo, para que el *blizzard* no lo arrancara de mis manos. No podía ver ni los perros ni el trineo.

Pareciome oír disparos, pero también podía tratarse del ruido producido por unas ramas al romperse. Ya no sabía a qué profundidad estaba metido en la nieve, todo delante de mí era nieve, un muro de nieve.

Los perros caminaban más lentamente. El trineo iba avanzando delante de mí dando sacudidas. Ahora lo percibí más claramente: en medio de la borrasca habían sonado unos disparos. Debía de encontrarme muy cerca de la cabaña, pero todavía no la veía. Es imposible ver nada a través de un muro de nieve.

Oí la voz de Trapper-Fred que gritaba:

—«Pequeño Zorro». ¡Por aquí, «Pequeño Zorro»!

Pero yo no sabía en qué dirección venía la voz. De pronto sentí las manos de Trapper-Fred sobre mi «parka».

Solté el trineo y me dejé llevar al interior de la cabaña. Sólo distaba unos pasos de ella.

Dentro de la cabaña se estaba caliente y había luz. Permanecí unos instantes de pie, como aturdido por el silencio y la seguridad en que me vi de pronto envuelto. Trapper-Fred salió para llevar los perros a sus casitas, pero dejó a «Esaú» dentro de la cabaña conmigo. El perro dirigióse a la estufa y sacudiose la nieve.

Yo seguía de pie, en medio de la cabaña, como paralizado. Afuera continuaba rugiendo la borrasca, y parecíame como si hubiera de llevarse

la cabaña entera y arrastrarme también a mí junto con ella. Sentía mucho miedo.

Pero entonces entró Trapper-Fred. Vi cómo dejaba en el suelo la caja del sebo y empezaba a friccionar las patas de «Esaú». Por fin pude moverme, saliendo de la especie de parálisis en que me hallaba sumido. Fui hacia la mesa y me senté en la silla. Me quedé allí sentado, mirando a Trapper-Fred. Éste se acercó a mí y me ayudó a quitarme la «parka», porque me era imposible hacerlo yo solo.

Me puso la comida delante. Me dio sopa de *pemmican*. Pero sólo me di cuenta de ello cuando me dio el segundo

plato. Lo dejé completamente vacío. Luego tomamos té y fumamos.

—Ya lo ves, esto es el *blizzard* — dijo Trapper-Fred—. Cuando te pille fuera de casa, y ya sabes ahora de qué modo se presenta de improviso, harás una pequeña cueva cavando en la nieve, o si tienes tiempo para ello, la harás por medio del trineo, ramas y nieve. Entrarás con los perros en ella. Los perros se acurrucarán a tus pies y te los calentarán. Con ello tendrás una buena oportunidad para salvarte, si el *blizzard* no dura mucho rato. Tuve que hacerlo una vez en que no había tiempo para llegar hasta el refugio. Cuando hoy me

he dado cuenta de lo que ocurría, de nada habría servido correr a tu encuentro. Sólo quedaba el recurso de utilizar a «Tom». La mayoría de los perros no saben hacer otra cosa más que arrastrar trineos y correr tras los venados. Pero «Tom» es capaz de pensar. Sólo temía que no comprendiera lo que yo quería de él, a pesar de que le he enseñado a seguir una pista. Regresó corriendo varias veces a mi lado, porque yo no le seguía, mas al fin comprendió de lo que se trataba. Me alegré de ello, pues todo dependía de unos pocos minutos. Cuando regresó, calculé por el tiempo que había tardado,

que tú podías aún llegar sano y salvo.

—Mañana veré si a «Tom» le gusta el chocolate —repuse.

Y Trapper-Fred me advirtió, riendo:

—Pero guarda también un poco para tu «Esaú». Después de todo fue él quien te trajo a casa.

Al oír estas palabras, «Esaú» levantó la cabeza y nos miró a los dos.

LA LLEGADA DEL SALMÓN

Cuando la nieve empezó a derretirse, fuimos a buscar las trampas. Lavamos nuestra ropa sucia, que en todo aquel tiempo había ido acumulándose, y arreglamos nuestros vestidos. Al mismo tiempo, con el primer musgo que encontramos tapamos las rendijas de las paredes del salidizo, para impedir que entraran los mosquitos.

Cuando hace mucho frío, estamos deseando que llegue el verano, pero cuando llegan los mosquitos, pensamos

que es mejor el invierno. Todos los trabajos al aire libre debíamos realizarlos con la cabeza cubierta por un velo, y para cortar leña teníamos que encender un fuego que despidiera humo. Y, sin embargo, a pesar de untarnos el rostro con una pomada insecticida y de cubrir nuestras manos con guantes, no salíamos libres de picaduras de mosquito. Los velos de nada sirven contra ciertos tábanos diminutos, pues éstos penetran a través de las mallas más finas.

También los perros tenían que sufrir mucho debido a esta plaga, y les untábamos los hocicos con la pomada

para que estuvieran algo protegidos.

Lo que es trabajo, no nos faltaba; pero casi siempre estábamos contentos. Yo lo estaba especialmente porque Trapper-Fred ya no hablaba de despedirme, ni siquiera cuando la conversación recaía sobre «el próximo invierno». Tal vez se había dado cuenta de que yo trabajaba lo mejor que podía, y que era una buena ayuda para él. Yo me maravillaba de que en otro tiempo hubiera podido él realizar todo aquel trabajo por sí solo.

Se acercaba la temporada del salmón. Sacamos las redes del desván, las remendamos y embreamos.

Remendar las redes lo había aprendido yo en casa, y lo hacía mejor que Trapper-Fred. Sin embargo, esto era lo único que sabía hacer mejor que él. Mientras zurcíamos las redes, Trapper-Fred me contó muchas cosas de la vida del salmón. Yo ya conocía mucho de ello por la escuela. Sabía que nuestro país percibe, gracias al salmón, cien millones de dólares anuales, y conocía también las variedades de este pez.

Por mi parte pude referirle a Trapper-Fred acerca de la pesca del salmón en la costa, de la competición en Juneau, y de cómo me caí al agua. Trapper-Fred se rió muchísimo, pero se

rió todavía más cuando saqué de mi saco y le mostré la revista con la fotografía en que aparecía yo con los calzoncillos de «Mister Whisky». Los perros empezaron a ladrar al verle reír tan estrepitosamente.

Colocamos la primera red en el lago, delante de la desembocadura del arroyo, y otra segunda red inmediatamente detrás. A ambos lados colocamos nasas, pues el salmón trata siempre de huir hacia el agua abierta.

—Mañana llegará el salmón; soy capaz de percibir su presencia, igual que tu abuelo —dijo Trapper-Fred, y tenía razón, pues el salmón hizo su aparición

al día siguiente por la mañana. Las estacas a las que habíamos sujetado las redes se inclinaban bajo el peso de los peces, aunque habían sido hincadas a gran profundidad en el suelo pantanoso.

Descendimos al agua y fuimos en la barca hasta donde teníamos las redes. El agua estaba helada, pero no teníamos mucho tiempo para reparar en ello.

Aquel día pescamos más de cien salmones de gran tamaño, además de muchos otros más pequeños. Y así pasó la temporada del salmón, que duró tres semanas. Una vez cogimos muchos salmones; luego pasaron días en que no pescamos ninguno. Los días en que no

pescábamos nada los empleábamos en preparar los peces que habíamos cogido anteriormente. A los salmones grandes les quitábamos la grasa del lomo, de ambos lados de la espina principal. El vientre lo poníamos en escabeche. Los salmones pequeños y los restos de los grandes los poníamos a secar y servían de comida para los perros.

Esto representaba mucho trabajo y un gran cansancio por la noche en los brazos, en las piernas y en la espalda. A menudo carecíamos de tiempo para cocinar, pero tampoco teníamos apetito. Todo olía a salmón, y los perros no hacían otra cosa más que comer y

dormir.

En todo este tiempo tampoco hablábamos más que del salmón, de cuanto teníamos ya, de cuanto necesitábamos y si tendríamos bastante para poder entregar una carga de él al piloto cuando viniera con su avión.

Tal fue la temporada del salmón.

Pero luego vino el momento en que los salmones mueren. Después del desove, aquellos grandes peces descendieron por la corriente del arroyo, completamente enfermos y debilitados. Los vimos flotar en las aguas del lago, algunos de ellos con el vientre hacia arriba. Los vimos echados

sobre la orilla. Su brillo de oro y plata estaba ahora apagado. Centenares, millares de ellos flotaban sobre la superficie del agua, y muchos, muchísimos se debatían en la corriente, agitando débilmente las aletas. Dondequiera que fuéramos, en todas partes veíamos a toda clase de animales devorando salmones muertos a la orilla del lago. Incluso las águilas ratoneras, los cuervos y las águilas se alimentan exclusivamente de salmón en esa época. El salmón sirve de alimento al hombre y a los animales; pero cuando muere, esparce su mal olor por toda la región.

Finalmente ya lo teníamos todo

salado, secado y ahumado, y nos había quedado también una carga de salmón para que se la llevara el piloto.

CAZANDO EN LAS COLINAS

Trapper-Fred me refirió que en los veranos anteriores había vendido algunos de sus perros con objeto de ahorrar gastos de comida. Hubo un año en que tuvo a todos los perros, salvo a «Tom», a pupilaje, por veinticinco dólares cada perro. Pero aquel año pudimos tener a todos los perros con nosotros.

Un día me dijo mi socio:

—Vamos a las colinas. No quiero tener que comer siempre salmón y habas

con tocino y conservas. Por este tiempo me apetece siempre comer asado de oveja salvaje. Además, en las colinas hay menos mosquitos que aquí.

Estuve contento de poder ir a las colinas. Cargamos sobre los perros cierta cantidad de salmón para ellos y también algunas piezas para nosotros, que envolvimos en papel aceitado, además de harina y algunas latas de conserva para el caso en que no encontráramos ovejas salvajes. Nosotros llevamos nuestros sacos de dormir, la tienda, las escopetas, la vajilla de cocina y una bandeja como las que se usan para lavar el oro.

—¿Es que hay oro allá arriba? — pregunté.

—Quizá —respondió Trapper-Fred. Caminamos durante un día a través de los bosques de coníferas. Luego cesaron éstos y llegamos a la tundra. Ésta estaba todavía muy encharcada, y tuvimos que dar muchos rodeos para no tener que caminar a través del agua, y a veces tuvimos que saltar de una pequeña isla de hierba a otra. Sin embargo, con ello no pudimos evitar el mojarnos los pies.

En los charcos vimos muchas construcciones hechas por ratas almizcleras. No valía la pena cazar

estos animales, porque por su piel sólo se paga medio dólar. Además, son muy astutos, y no es fácil dar en el blanco al disparar contra ellos. Sin embargo, maté algunos para que sirvieran de comida a los perros, y porque Trapper-Fred me dijo que podía ensayar con ellos mi puntería. Gasté siete cartuchos por cuatro ratas almizcleras, y Trapper-Fred dijo que no estaba mal para empezar.

Allí había mosquitos todavía en mucho mayor número que a orillas del lago, a pesar de que yo creía que en ninguna parte había tantos como allá abajo.

Al atardecer del segundo día

llegamos a las colinas, y distinguimos ya de lejos las montañas. Todo el día siguiente lo pasamos subiendo y bajando colinas, atravesando arroyos y caminando a través de terreno cubierto de guijarros. No era fácil ni cómodo caminar por allí, pues el suelo era además cenagoso y resbaladizo. En los valles había todavía nieve, sobre todo en los bordes de los arroyos, donde no llegaban los rayos del sol.

—Ea, vamos a plantar aquí nuestro campamento —dijo Trapper-Fred, cuando al anochecer llegamos de nuevo junto a un arroyo—, allí encontraremos suficientes mimbres para encender

fuego, y allí están las ovejas.

Y diciendo esto señaló hacia las montañas, que ahora parecían estar muy cerca.

Todo era tan hermoso como yo había esperado que fuese. Nos hallábamos sentados sobre nuestros sacos de dormir, delante de la tienda de campaña, con la espalda apoyada en los fardos. El fuego ardía y en la olla se cocía la sopa de *pemmican*. Fumábamos y contemplábamos las llamas.



—A pesar de lo bien que se está aquí —dijo Trapper-Fred—, me gusta en invierno recorrer la línea de las trampas y sentir el frío en la nariz. Cuando era niño, siempre había deseado esta vida, pero tenía que ir a la escuela un año tras otro. Cuando fui mayor, tuve que ganar durante las vacaciones el dinero para mis estudios. Más tarde, terminados los estudios, quise ganar dinero para tener una casa. Ahora me encuentro aquí. Conozco este sitio desde hace cinco años. Es hermoso vivir así. Jamás querría vivir de otra manera. Quizá comprendas ahora por qué no

quería tenerte conmigo.

Ahora sentí mucho miedo, porque pensé que iba a decirme que pronto tendría que abandonarle, pero prosiguió:

—Tú no me estorbas, no mucho; pero haces que muchas cosas me resulten más fáciles y llevaderas. A la larga, tampoco es bueno estar solo. Uno empieza a hablar consigo mismo, con los perros, con el hacha, con la marmita, con el fuego, con la presa, pues el espíritu humano es de tal índole que debe comunicarse con otros seres, y no es bueno cuando no encuentra eco a sus pensamientos. Tú eres un buen compañero. Tú estás ahí dispuesto a

conversar conmigo, cuando tengo ganas de hablar, y callas cuando yo quiero estar callado. Por ello es que puedes quedarte conmigo, si quieres.

—Con mucho gusto quiero quedarme contigo —le dije—. En ninguna parte fui tan feliz como ahora. Tú me enseñaste muchas cosas. Tú has tenido mucha paciencia conmigo, y tú me aprecias. Yo también amo esta tierra. Cuando antes, en la escuela, hablaban de amar esta tierra, yo no comprendía bien lo que decían. La tierra es hermosa cuando está cubierta de nieve. Ella nos da pieles, y salmones, y dólares en cantidad suficiente como para poder comprar lo

que nos hace falta. Las colinas son bellas, y también aquellas montañas. El que estemos aquí sentados cerca del fuego y que vayamos a cazar ovejas salvajes, que tengamos estos excelentes perros, todo ello es muy hermoso. Yo tampoco desearía otra clase de vida.

—Pero los mosquitos son una plaga —dijo Trapper-Fred, tratando de aplastar de un manotazo a uno que se había posado sobre su nariz.

—Sí, es verdad —repuse, aplastando un mosquito que se hallaba encima de mi mano.

—Pero tienen una ventaja —prosiguió—, y es que sin estos bichos

tan molestos, el país sería tan estupendo, que vendrían a él muchas personas, tantas, que no sabría uno a dónde había de escupir.

Y diciendo esto escupió en el fuego.

Uno encuentra especialmente deliciosa la sopa de *pemmican* después de haber estado comiendo salmón y nada más que salmón durante semanas enteras, y por si fuera poco, después de haber estado caminando tres días con una pesada carga auestas. Nos comimos toda la sopa de la olla, y partí con mi compañero una pastilla de chocolate. Era la primera vez que le ofrecía chocolate, y él comió

enteramente la porción que le di.

A la mañana siguiente —todavía no había clareado—, partimos en dirección a las montañas. Llevamos todos los perros con nosotros. Llevaban algo de comida para ellos, y cada uno de nosotros llevase también dos trozos de salmón para comer. Así no teníamos que llevar nada más que nuestras escopetas.

Cuando clareó, las montañas parecían estar muy cerca de nosotros; pero tuvimos que caminar cinco horas antes de llegar a las primeras peñas. Trapper-Fred conocía aproximadamente los sitios en que se encontraban las ovejas salvajes. Estuvimos descansando

una hora entera. Entretanto, Trapper-Fred examinó con los prismáticos las laderas de las montañas, para ver si distinguía las ovejas. Finalmente las vio. Entregome los prismáticos y ahora las vi yo también. Eran cinco ejemplares: uno de gran tamaño, dos de tamaño regular y dos pequeños.

—Cuando nos hallemos a distancia de tiro, apunta primero al gran carnero. Tiene una carne dura, pero lo necesitamos como comida para los perros. Además mataremos uno de los pequeños para cada uno de nosotros. Los pequeños son más fáciles de matar, pero solamente en el caso de que

logremos apoderarnos primero del carnero. Ahora están dirigiéndose al fondo del valle, siguiendo el sol. Esperemos todavía un poco, así nos ahorraremos tener que escalar la montaña.

Dicho esto, Trapper-Fred se acostó sobre el suelo y se durmió en seguida. Pero yo seguí mirando a través de los prismáticos. Veía en el aire águilas ratoneras y cuervos. Trazaban círculos continuamente, gritando, empujándose unos a otros, como si jugaran, y giraban sin cesar. Iba recorriendo con la vista las laderas, observaba la manada de ovejas salvajes, y descubrí

posteriormente otra manada, mucho más lejos. Vi asimismo un lobo que trotaba por una colina, desapareció en el valle y reapareció luego. Dirigí los prismáticos otra vez hacia las ovejas, hacia las aves que volaban por encima de las montañas trazando círculos. Trapper-Fred dormía y los perros también. Mis ojos no se cansaban de mirar. El sol calentaba ya bastante. Las ovejas habían descendido considerablemente. Pensé despertar a Trapper-Fred, pero éste abrió los ojos y preguntó:

—¿Han bajado ya?

—Sí —le respondí, dándole los prismáticos.

Después de mirar a través de ellos, dijo:

—Hemos de tratar de acercarnos a ellas tanto como nos sea posible, y sorprenderlas por ambos lados. Siempre huyen hacia las montañas. Yo voy a dar la vuelta a aquella colina. Tardaré unos veinte minutos. Además, calculo que tardaré una media hora en escalar la ladera. Tú irás a través de este valle durante unos diez minutos, bajando hacia la izquierda, y también tendrás que escalar una media hora. Cuando salgas del valle, verás continuamente las ovejas. Yo me acercaré aproximadamente hacia aquella peña.

Tan pronto como tú me veas, también me verán las ovejas o descubrirán por el olfato mi presencia, porque el viento viene de allá. Pero procura no disparar cuando en su huida estén las ovejas a la misma altura que yo. Todavía quiero vivir unos cuantos años más. Debes disparar primero sobre el carnero. Si fallas, entonces dispararé yo, y luego tú, y yo otra vez. Si tienes suficiente precaución, podrás acercarte a él unos cien pasos, porque el viento te es favorable, y porque los animales no son aquí muy tímidos. La pendiente te engañará al disparar. Hacia abajo, deberás apuntar como cosa de un palmo

más alto; y hacia arriba, un palmo más bajo. Cuando trepan corren de prisa, debes apuntar exactamente hacia su pecho, y entonces darás en su codillo. No lo olvides: primero al carnero, y sólo entonces a uno de los pequeños. No necesitamos matar más.

Volvimos a cerciorarnos de que los perros estaban bien atados y luego partimos. Mientras estaba trepando por la montaña, sentía un calor asfixiante. Un par de veces resbalaron mis pies y me lastimé los dedos de la mano izquierda. Entonces me quité las botas y las medias y proseguí trepando descalzo. Así era mejor. También aquí

había mosquitos, pero había que tener paciencia.

Era verdad lo que había dicho Trapper-Fred: podía ver continuamente las ovejas delante de mí. Cuando hube llegado a un lugar más elevado de donde se encontraban los animales, detúveme para descansar detrás de una peña, porque estaba sin aliento, y cuando uno quiere disparar y dar en el blanco ha de respirar sosegadamente. Ahora cargué la escopeta y la aseguré. Luego me arrastré lentamente, para mantener sosegada la respiración, y fui acercándome a donde estaban los animales. Aprovechaba las breves pausas que hacía para mirar cada

vez en dirección a la peña de detrás de la cual habría de aparecer Trapper-Fred en el momento oportuno.

Las ovejas pacían tranquilamente. Me separaban de ellas unos cien pasos, quizá ciento veinte. Habría podido aproximarme más, pero preferí aguardar a Trapper-Fred. Varias veces apunté, a título de prueba, al gran carnero, que era el que más cerca se hallaba de mí, pero me guardé muy bien de poner el dedo en el gatillo.

Ya empezaba a inquietarme que mi compañero no diera señales de su presencia. El tiempo que me había indicado, ya debía de haber

transcurrido. Por fin le vi, y levanté la mano para indicarle que le había visto. Lo mismo hizo él. Ahora seguí arrastrándome sobre el vientre hacia las ovejas, hasta que el carnero cesó de comer hierba. Sin embargo, no miró hacia mí, sino hacia Trapper-Fred.

«No apoyes jamás la escopeta sobre una simple piedra», me había recomendado Trapper-Fred. Por consiguiente, yo llevaba para ello un pequeño cojín de musgo. Respiraba sosegadamente, y no pensaba más que en el blanco que iba a hacer. Todos los animales habían cesado de comer. Con la cabeza erguida miraban en dirección

a Trapper-Fred. Es muy fácil dar en el blanco, pensé. Y disparé. El carnero pegó un brinco, cayó al suelo, rodó sobre sí mismo un par de veces y, finalmente, quedó tendido, inmóvil. Entonces oí a Trapper-Fred disparar y una de las ovejas pequeñas cayó para no volver ya a moverse. Ahora las otras emprendieron la huida, subiendo la montaña hacia donde me encontraba yo. Me habría sido fácil darles muerte a todas. Oí perfectamente el ruido que hacían sus pies al correr por las peñas.

Trapper-Fred y yo nos encontramos abajo, junto a los animales muertos.

—Eres para mí una verdadera

mascota, «Pequeño Zorro» —dijo riendo Trapper-Fred—, nunca me habían salido las cosas con tanta facilidad. Una vez tuve que aguardar cuatro días a que los animales se me pusieran a tiro. Entonces tuve que empezar a comer de lo que había traído para los perros. En cambio, ahora tenemos carne suficiente y nos sobran días de ocio. Ve a buscar los perros, para que coman hasta hartarse de las vísceras. No hay nada tan alimenticio, y, además, les ayudará a digerir la carne que coman luego.

Fui a buscar los perros y al regresar con ellos, todo estaba ya listo para el transporte. Los perros se lanzaron

voraces sobre las vísceras y no cesaron de comer hasta que no quedó nada de ellas. Nosotros fumábamos nuestras pipas, contemplando aquel banquete. Ello abrió nuestro apetito, y en seguida nos dispusimos a comer de nuestro salmón ahumado.

—Los perros no podrán llevar mucha carga —dije—. Bastante carga llevan en su barriga.

—Esto es asunto suyo —repuso Trapper-Fred—, bastante rato han estado haraganeando. Ya verán ellos cómo se las arreglan para seguir avanzando.

Efectivamente, los perros llevaban

penosamente sus bultos, jadeaban y de vez en cuando se tendían en el suelo; no les dábamos prisa, porque teníamos tiempo suficiente.

Llegamos a nuestra tienda todavía con luz del día, nos ocupamos de los perros y pusimos la carne en la nevera. Era ésta un hoyo profundo, cuyo fondo y paredes estaban recubiertos con ramas de sauce. Trapper-Fred la había construido en otro tiempo. Pusimos toda la carne en esta nevera, menos los dos muslos anteriores de la oveja pequeña. Luego cerramos el hoyo con una tapa hecha de ramas de sauce entrelazadas, y encima colocamos una gran piedra. De

este modo no podían llegar hasta la carne ni los perros, ni los animales salvajes.

Fuimos a lavarnos en el arroyo y nos llevamos agua para el té. Luego sacamos de la tienda los sacos de dormir y los paquetes, y encendimos fuego. Cortamos la carne a tajadas delgadas, las salamos y las ensartamos en largas ramas de sauce que colocamos encima de ramas ahorquilladas, de suerte que quedaran suspendidas sobre el fuego. Nos metimos hasta la cintura dentro de los sacos de dormir, apoyamos la espalda contra los paquetes, y excepto fumar en pipa, no hicimos otra cosa sino ir

moviendo nuestras tajadas de carne para que se asaran por todos los lados.

No hablamos mucho, porque todavía estábamos muy cansados de tanto andar y trepar por la montaña. El humo del fuego mantenía algo alejados a los mosquitos. Empezamos pronto a comer, y no terminamos hasta haber dado cuenta de todas las tajadas. Pensamos que la carne era muy tierna y sabrosa, y que estaba muy bien que en el mundo hubiera algo más que el salmón para comer. Primero comimos la carne medio cruda y bastante de prisa. Más tarde comimos más lentamente, y entonces estaba bien asada y tenía otro sabor. Luego

preparamos el té, echamos los huesos al fuego, tomamos el té y estuvimos fumando hasta que consideramos que la médula de los huesos estaría ya cocida. Entonces rompimos con el hacha los huesos y con el cuchillo extrajimos la caliente médula.

Permanecimos sentados junto al fuego hasta que éste se apagó del todo. De buena gana habríamos continuado sentados más rato, tan cansados nos encontrábamos y tan satisfechos habíamos quedado con la comida, pero en seguida dejase sentir el frío de la noche, y entramos en la tienda. Yo me quedé dormido instantáneamente.

Los perros nos despertaron.

—Sal y dales salmón —dijo Trapper-Fred—, a ver si nos dejan tranquilos. Pero vuelve en seguida a la tienda; somos hombres libres. Estamos en vacaciones y queremos dormir hasta que haga un poco más de calor.

Fui a dar comida a los perros y volví a meterme dentro de mi saco de dormir. Era delicioso dormir sin pensar que uno tuviera que levantarse sin tener ganas de ello, porque no teníamos ninguna obligación que nos impulsara a hacerlo.

Más tarde nos pusimos a fumar en pipa dentro de la tienda de campaña, y

Trapper-Fred propuso lo siguiente:

—El más joven de los dos se levantará y preparará el té.

Pero objeté:

—Eso no es justo; puesto que yo soy bajito y débil, y tú eres alto y fuerte.

Hizo como si se dispusiera a levantarse.

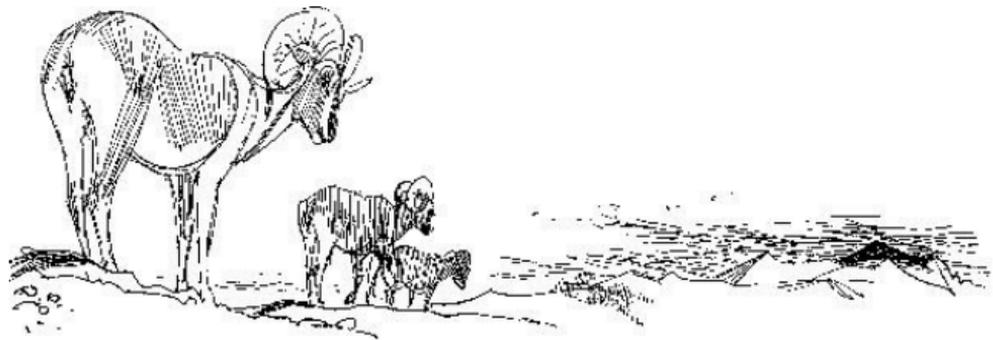
—Es verdad, tienes razón. Debo levantarme y cuidar de un niño.

Pero yo entonces salí rápidamente y fui a preparar el té. Entonces fui a buscar carne de la «nevera», la corté a tajadas y la aderecé con sal.

—El té está preparado —grité—, el viejo puede levantarse.

Asamos la carne como habíamos hecho la víspera. Todavía no había muchos mosquitos, el sol calentaba ya y ningún trabajo nos aguardaba. Comimos la carne, tomamos té y fumamos. Y Trapper-Fred calculaba cuántos dólares tendría que pagar probablemente un millonario de Nueva York si pudiera efectuar una cacería de ovejas salvajes y un picnic como aquél en aquellas colinas.

—Por lo menos tendría que pagar dos mil dólares —dijo.



ORO

—¿Cuándo vamos a empezar a lavar el oro? —pregunté.

Y Trapper-Fred me respondió:

—Primero voy a afeitarme.

Nunca olvidaba afeitarse. Solía decir:

—Un hombre que está siempre solo debe cuidar de sí mismo. Debido a que nadie le ve, le es fácil convertirse en un salvaje. Primeramente deja que la barba crezca como quiera. Luego pierde pronto la costumbre de lavarse, y después se acuesta sin hacer la cama.

Más tarde, al comer, echa los huesos al suelo, y no se quita la camisa hasta que se le pudre en el cuerpo o hasta que tiene ocasión para comprarse otra nueva. Va convirtiéndose en una bestia, y el alma se le pone tan sucia como la camisa y la cabaña.

Por consiguiente, Trapper-Fred se afeitaba con gran esmero. Yo todavía era un muchacho imberbe.

Cuando hubo concluido tomó la bandeja y fue al arroyo que poseía una pequeña orilla cubierta de arena.

—Ahora somos buscadores de oro —dijo, y empezó a lavar la arena.

Ponía arena en la bandeja y la

sostenía en el agua del arroyo, de suerte que ésta pudiera deslizarse dentro de la bandeja.

Iba moviendo ahora la bandeja, y el agua arrastraba cada vez un poco de arena. Cuando quedaba muy poca arena en el fondo de la bandeja, Trapper-Fred lavaba cada vez con mayor cuidado.

Finalmente dijo:

—¡Esto es oro!

Y me presentó la bandeja. Pero ésta estaba vacía y yo no veía oro por ninguna parte.

—Fíjate bien —me dijo—, y entonces lo verás.

Entonces vi unos granitos de polvo

de color gris brillante.

—Aun cuando lavaras toda la arena que hay aquí —dijo Trapper-Fred—, no podrías llegar a comprarte una sola piel de zorro negro. Empieza ahora a lavar.

Ahora cogí la bandeja y empecé a lavar yo también, pero todavía encontré menos granitos de oro que Trapper-Fred.

—Éste es un trabajo que no compensa —repuse.

—Tienes razón, no compensa —dijo Trapper-Fred—. Todos estos arroyos llevan arenas auríferas, pero tendrías que trabajar muy duro si quisieras ganarte la vida. No te enriquecerías,

pero cogerías un reumatismo de tanto estar en el agua.

—Pero ¿dónde se encuentran las grandes pepitas de oro?

—Se encuentran, pero no se las encuentra si se las busca. Algunos las andan buscando toda la vida sin encontrarlas jamás. Y otros llegan a las colinas, llenan de arena la bandeja antes de que hayan encendido el fuego de su campamento, la lavan y la primera vez encuentran oro por valor de treinta dólares. Las verdaderas pepitas se encuentran en la *bed rock*, en la roca del lecho del arroyo. Conozco a un individuo que pasó un año entero

buscando un sitio en el que creía encontrar pepitas de oro. Luego empleó dos años en hacer allí un pozo de diez metros de profundidad. Continuamente tenía que deshelar la tierra y sacar penosamente el barro. Finalmente se halló encima de la capa de guijarros que retiene el oro. De esta capa estuvo sacando luego cubos y más cubos de guijarros para lavarlos cuando el arroyo estuvo deshelado. Pero no encontró nada, ni la más diminuta pepita. Ese hombre estuvo en cierta ocasión trabajando en mi brigada. Un día me dijo: «Perdí en el asunto tres años y todos mis ahorros. Estuve trabajando

como un esclavo, y en el último año llegué incluso a pasar hambre. Y por si fuera poco, el frío de las capas de tierra heladas se me pegó a los miembros. De noche no me dejan dormir los dolores reumáticos. Si hubiera guardado mis ahorros, trabajado en cualquier parte, en la construcción de carreteras, haciendo horas extraordinarias, sin tener que estar tantas horas sentado como cuando estaba buscando oro, ahora gozaría de una posición acomodada. No, ahora ya no busco oro, aunque supiera que se encuentra aquí debajo, dos onzas cada bandeja». Aquel hombre contaba cuarenta años, pero aparentaba sesenta.

—¿Y por qué, entonces, estás lavando tú aquí? —le pregunté.

—Es un simple juego —respondió—. Estoy de vacaciones, y sólo lo hago para hacer un poco de ejercicio, y siempre puede obtenerse con ello un par de dólares. Una vez encontré incluso un pequeño «bolsillo», un lugar en el que por el motivo que fuese se habían juntado unas cuantas pepitas. Ello guarda relación con el fondo y con la corriente, y también, claro está, con la roca a través de la cual discurre el arroyo. Estos «bolsillos» es precisamente lo que buscan los buscadores de oro, los que atraen

continuamente a los aventureros. Cada uno de ellos piensa que habrá de ser él quien los encuentre. La probabilidad de éxito es quizá de uno por mil, y esta perspectiva de hacerte rico la tienes tú en cualquier parte del mundo, sin que tengas que lavar precisamente arenas auríferas. En todo caso no vale la pena.

Hablaba así y sabía muy bien por qué me estaba contando todas estas cosas, pues yo también había abrigado la esperanza de encontrar oro y enriquecerme. Durante la comida hablome todavía más acerca del oro, de hombres que se habían matado unos a otros a causa de unas cuantas pepitas,

acerca de amistades que habían sido destruidas por el oro, de la fiebre del oro en años anteriores, de millonarios que de pronto se arruinaron y de la muerte solitaria y triste de muchos buscadores.

—Sólo estamos jugando, ¿entiendes? —dijo—. Y si de ello sacamos un par de dólares, ya es suficiente. No queremos matarnos trabajando desesperadamente y salir de aquí con reumatismo.

Trapper-Fred había escondido años atrás entre las mimbreras una canal de madera. Ahora fue a buscarla y la colocó de tal modo junto a la orilla del

arroyo, que el agua corría por ella. En el fondo de la canal había practicado unas estrías transversales, y al echar arena, el agua arrastraba sólo la arena fina; y el polvo de oro, más pesado, depositábase en las estrías. Esto era más fácil que ir lavando con la bandeja. Sin embargo, teníamos que ir a buscar la arena con un saco de víveres vacío. Sólo trabajábamos en ello unas pocas horas al día, sólo cuando teníamos ganas, y antes examinábamos la arena que íbamos a buscar, para ver si el trabajo merecía la pena. De vez en cuando cepillábamos las estrías y cada día obteníamos polvo de oro por valor de

varios dólares.

La mayor parte del día la pasábamos tomando el sol o paseando. A veces nos llevábamos las escopetas y matábamos una liebre o algunas perdices blancas. Cada cual hacía lo que quería.

Casi siempre cogía la bandeja y recorría la orilla del arroyo, y probaba la arena en varios lugares. Una vez encontré un pequeño banco de arena que era más rico en oro que la arena de las proximidades de nuestra tienda de campaña. Trasladamos allá el campo, y lavamos todo aquel banco de arena. Para no tener que permanecer con los pies en el agua, nos hicimos con

mimbres y latas de conserva unas pequeñas dragas y extraíamos la arena del fondo mismo del arroyo. Allí fue doble el resultado que obtuvimos.

Trapper-Fred dijo que aquél era un asunto seguro. El arroyo llenaría probablemente una y otra vez el banco de arena, y quizá valiera la pena solicitar el derecho de explotar aquel *claim*. Pero entonces acudiría allí con el tiempo mucha gente.

—Vendrían aquí corriendo como locos —dijo.

Yo pensé: éste es el lugar donde Trapper-Fred viene a celebrar sus picnics. No le gustaría que viniera aquí

mucha gente. Por ello dije:

—No solicitaremos el *claim*.

—No obstante, si lo encuentra alguien cuando nosotros nos hayamos marchado, puede quitártelo, y tú tienes derechos sobre él. Piensa que es una cosa segura. El trabajo vale aquí la pena. Tú lo has descubierto, tú puedes amojonarlo y hacerlo inscribir.

Pero yo insistí:

—Ese *claim* no se inscribirá. No me pertenece a mí solamente, sino a los dos. No haremos que venga nadie, atraído por el oro. Nuestra línea de trampas no debe convertirse en camino para buscadores de oro y comerciantes, y

nuestro lago no ha de llegar a ser un campo de aterrizaje. Tampoco nuestra cabaña debe transformarse en hotel. Ninguno de los dos vino aquí para esto.

Entonces Trapper-Fred me dio la mano y vi en su rostro que mis palabras le fueron causa de alegría.

—Iremos a medias —propuso—. Yo descubrí el arroyo y tú la mina. Se llamará la «Mina Pequeño Zorro».

Yo dije luego:

—Entonces el arroyo se llamará «Trapper-Fred-Creek». ¡Viva el «Trapper-Fred-Creek»!

Así era cómo nos distraíamos bromeando.

Cuando hubimos lavado el banco de arena, permanecimos allí todavía unos días sin hacer nada. Entonces se nos terminaron las provisiones y decidimos emprender el regreso.

Junto a la cabaña no encontramos huellas de seres humanos, pero junto a la cámara secadora que habíamos construido habían estado unos zorros que habían tratado de entrar en ella, incluso un glotón.

—Estamos de suerte que no haya vaciado aquí sus glándulas —dijo Trapper-Fred—, pues no es nada agradable, que digamos, el salmón con aroma de glotón.

Ahora volvíamos a sentirnos a gusto dentro de la cabaña.

UN LAMENTABLE ACCIDENTE

Los ánades silvestres llegaron muy temprano aquel otoño. Por la noche oíamos sus gritos, y por la mañana los veíamos posados en las calas de nuestro lago. Matamos a tiros a muchos de ellos. Los salamos y ahumamos también unos cuantos. Al principio comíamos ánade con mucha frecuencia, pero luego nos ocurrió lo mismo que con el salmón, que la carne de ánade nos daba náuseas. Estaban muy gordos y produjeron grasa en abundancia. También los perros lo

pasaron bien.

Los ánades trajeron con ellos el invierno y ahuyentaron a los mosquitos. Tan pronto como cayeron las primeras nieves, fuimos al bosque a buscar los troncos que habíamos cortado, y ahora nos pasábamos el día cortando leña. Todavía esperamos un poco antes de colocar las trampas, porque los animales no tenían aún el pelaje de invierno. Pero seguíamos sus huellas en la nieve y tratábamos de recordar sus caminos. Entre las pocas huellas de lobos que encontramos, no se hallaba la pista del plateado.

De momento se vivía bien en la

cabaña: no había mosquitos y el frío no era intenso. Pero entonces ocurrió una desgracia. Fuimos otra vez con el trineo al bosque a buscar un tronco de árbol. El trineo se atascó en la nieve, y Trapper-Fred lo levantó por un extremo mientras yo hacía avanzar a los perros. De pronto le oí gritar y le vi tendido en la nieve, mientras el patín del trineo habíale cogido el pie. Detuve los perros y le ayudé a levantarse.

—Es que he resbalado —dijo—, pero no ha sido nada.

Sí que había sido, puesto que al disponerse a caminar volvió a proferir un grito y cayó sobre la nieve. Entonces

yo quité el tronco de árbol que habíamos cargado en el trineo y ayudé a mi compañero a subir al vehículo. No estábamos muy lejos de la cabaña. Le ayudé a entrar en ella y le llevé hasta su cama. Entonces corrí afuera para cuidar de los perros. Cuando volví, le encontré sentado al borde de la cama, con el pie desnudo colocado dentro de una jofaina con agua.

—Ve a buscar nieve —me rogó—; refrescarlo irá bien.

Fui a buscar la nieve. El agua de la jofaina estaba completamente roja de sangre. Examinamos la herida. Presentaba un aspecto alarmante. Una

grieta larga y ancha atravesaba todo el pie transversalmente y la sangre manaba en abundancia de los bordes. Fui a buscarle el botiquín. Sacó un frasco y lavó la herida con el líquido que contenía. Luego puso encima una pomada y yo me encargué de vendarle el pie.

—Trataré de dormir —dijo. Quitose la chaqueta de cuero y se acostó—. Tápame bien. Transcurrirá una semana antes de que pueda volver a andar. Tendrás que hacer el trabajo tú solo, probablemente. Ponme junto a la cama la silla con la lámpara y prepárame té para esta noche.

Encendí el fuego y preparé el té. De las habas que yo calenté para la cena, no quiso comer ninguna.

Al día siguiente, permaneció en la cama, no quiso probar bocado, pero bebió mucho té. Durante la noche, me despertaron sus gemidos. Le pregunté si quería algo, y me dijo:

—No es nada, sigue durmiendo.

Yo no podía ahora seguir durmiendo, pero hice como si durmiera, pues pensaba: «Quizá no quiere que me dé cuenta de que está sufriendo mucho».

Vi que se levantaba y se arrastraba hasta llegar a su silla, y a cada paso profería gemidos. Luego apoyó la

cabeza entre las manos, sin dejar de gemir débilmente. Después volvió cojeando a la cama, donde se hallaba el botiquín, tomó una jeringa y un frasquito, cuya punta rompió y llenó con su líquido la jeringa. Luego introdujo la aguja en el muslo y se inyectó el líquido de la jeringa. Esto mismo había visto yo hacer en el campo de leñadores, cuando el viejo Ben se hirió la mano con la sierra. El médico le dio entonces una inyección contra los dolores.

Trapper-Fred estuvo todavía sentado tranquilamente sobre el borde de la cama, luego se tendió en ella, apagó la lámpara y cubriose con la manta. Ahora

ya no le oí quejarse, y me dormí.

Al día siguiente, tampoco quiso comer nada. En su semblante leí que había sufrido muchos dolores. Me dijo que le quitara el vendaje y entonces vimos que su pie presentaba mal aspecto. Estaba completamente amoratado y tumefacto, y estaban también hinchados el tobillo y la parte inferior de la pierna.

—No ha servido de nada, «Pequeño Zorro» —me dijo—. Es preciso que me lleves a Arctic-City. Esta noche he tenido fiebre. La pierna se ha infectado.

Estuve un rato reflexionando, y luego le dije:

—Si he de llevarte allá, el viaje durará tres días, o quizá más, pues el trineo resultará pesado cuando tú descanses sobre él. Durante el viaje, yo tendré que vigilar constantemente, para que no ocurra nada. En el lugar donde acampemos tendré que cuidarte, y por la noche no podré descansar. Entonces, por la mañana tendré sueño y careceré de fuerzas para proseguir la marcha. Es mejor que vaya solo. Tal vez de este modo pueda hacer el viaje en dos días. Allí donde el camino sea bueno, podré sentarme en el trineo. Así ahorraré energías para cuando el camino sea malo. Cuando llegue allá, podré enviarte

un piloto con el médico. En una hora podrán estar aquí.

—No es mala la idea —repuso—, no había pensado en ello. La fiebre ha debilitado y embotado mi mente.

—Entonces, voy a partir en seguida —le dije.

—Está bien —respondió.

Salí a preparar el trineo. Cargué en él comida para los perros, para dos días, la cantidad suficiente para que pudieran tirar del trineo. Para mí puse en una bolsa de cuero dos termos con té diluido, negro, sin azúcar, pues constituye la mejor bebida para la sed. Puse, además, galletas, chocolate,

terrones de azúcar y unos cuantos trozos de salmón ahumado. También me llevé el saco de dormir, pero no la tienda. Puse los arreos a los perros y volví a entrar en la cabaña.

—Ya estoy listo para el viaje. ¿Quieres que haga entrar a «Tom»? —le pregunté.

—No —respondió—, los perros sienten miedo ante los enfermos. Llévalo contigo, y así podrás cambiar de vez en cuando los guías de la trailla.

—Mejor será que no me lo lleve —repuse—. No tengo ganas de peleas durante el viaje. Los celos entre los perros serían un obstáculo muy grande.

«Esaú» es fuerte, inteligente y resistente. Y como que es mi perro, no necesito ahorrar sus energías. Y aun cuando llegara sin perros a Arctic-City, en la mañana del tercer día escucharás el ruido del avión. A «Tom» le ataré en el patio, con mucha cuerda, y le echaré tanta carne que pueda comer hasta reventar, si quiere.

—Anda, vete, «Pequeño Zorro». ¿Tienes ya el sebo para los perros?

Fui a buscar el sebo, y me avergoncé de haberme olvidado de ello.

—*Good-bye*, Trapper-Fred —me despedí, con deseos de darle la mano.

—*Good-bye*, «Pequeño Zorro» —

me respondió y me dio la mano—; fue magnífico que aquella vez pronunciaras tu discurso, tan enérgico y convincente.

Esbozó una sonrisa; pero su rostro estaba muy rojo, y en sus ojos había el brillo de la fiebre.

—¿Crees que tienes bastante té? — le pregunté.

—Será suficiente. Me daré una inyección y pasaré el tiempo durmiendo, hasta que llegue el piloto con el doctor.

—*Good-bye*, Trapper-Fred —repetí.

—*Good-bye*, «Pequeño Zorro» — me respondió.

Entonces salí apresuradamente, para que no viera qué tenía los ojos llenos de

lágrimas.

Había aprendido de Trapper-Fred que hay que tratar bien y manifestar aprecio a los perros, y que no hay que pegarles sin necesidad. Pero ahora necesitaba hacerlo, para acelerar la marcha. Ahora me era imposible andarme con contemplaciones con ellos. Les pegaba tanto, que pronto empezó a dolerme el brazo. Les pegaba con rabia, porque su lentitud tendía a impedir que yo pudiera socorrer a Trapper-Fred lo más rápidamente posible. Gritaba hasta enronquecer, y les golpeaba sin cesar. Corría detrás del trineo, cuando la nieve no era demasiado espesa. Corría delante

de los perros y les abría camino cuando había poca nieve, y me echaba sobre el trineo cuando me quedaba sin respiración, rendido por la fatiga.

A mediodía les concedí a los perros una hora de descanso y unos cuantos pescados a cada uno. Con el sebo les unté los pulpejos de las patas y luego me senté en el trineo, comí un trozo de chocolate y bebí media botella de té.

Por la noche, arreglé mi cobijo con ramas de abeto en una cueva de la orilla, pero estaba tan cansado que no tuve energías para encender fuego. Me metí en seguida en el saco de dormir, comí un pedazo de salmón y me dormí

inmediatamente.

Por la mañana, me encontré descansado, aunque con las piernas un poco envaradas. Pensé que si no encontraba nieve ni viento contrario, podría hacer el viaje en aquella misma jornada. Abandoné la superficie helada del río por el lugar en que empezaba el atajo, y a partir de entonces tuve viento favorable. Sin embargo, debido a que el camino no era llano, muchas veces no podía sentarme en el trineo, y tropezaba a menudo, cuando corría delante de los perros, porque mis piernas estaban cansadas. Tuve que soltar a «Bini», pues se caía continuamente, y de nada servía

ya que le pegara con el látigo. Pronto tuve que soltar también a «Alfa», pues estaba acabado. Que siguieran nuestro rastro, en caso de que recobraran sus fuerzas, o que perecieran. Yo no podía preocuparme por ellos. Pero a cada uno de aquellos perros les arrojé un paquete de pescado, para infundirles ánimo. En uno de tales viajes se manifiesta cuál es el perro que realmente vale.

Así, pues, todavía conservaba tres perros cuando llegué al lugar de destino, a altas horas de la noche. Fui a casa del tendero, a quien conocía, y le desperté.

—¡Vete al diablo! —gritó detrás de la puerta—. ¡No tengo whisky para ti!

Transcurrió mucho rato antes de que lograra hacerle entender lo que quería.

Dijo entonces que él iría a la estación a telefonar al piloto, pero que yo me quedara a dormir en su casa. Hice entrar a los perros en su patio, los ató y les di los últimos pescados. Luego me senté para dormir en el sofá del tendero.

Al cabo de unas horas me despertó. Me dio té caliente y buena comida. Cuando fui a donde estaban los perros, vi a «Alfa» junto a la puerta del patio. Había seguido nuestro rastro, pero «Bini» no había venido.

El comerciante me llevó con los perros al aeródromo. El piloto no estaba

todavía allí, pero el tendero me aseguró que llegaría tan pronto como clarease. Finalmente llegó. Pero no se mostraba alegre, sino que empezó a proferir maldiciones. Maldijo el trineo, que no quería entrar por la puerta del aparato; maldijo a los perros, que propinaban mordiscos a diestro y siniestro en el momento de querer subirlos al avión, y maldijo al médico que se estaba retrasando, y también al tiempo. Cuando estuvo cansado de maldecir, permitió que se le contara con detalle el accidente.

—¿Qué tal está la nieve sobre el lago? —inquirió.

Le respondí:

—Por el lado oeste hay una capa delgada de nieve, muy apropiada para aterrizar. En la parte este hay nieve amontonada.

Entonces llegó el doc. Era un hombre bajito, más bajo que yo, y llevaba un largo abrigo de piel.

—He tenido que telefonar de aquí para allá a causa de la clínica ambulante del ferrocarril. Tal vez nos haga falta. Cuando regresemos, todavía estará en Fairbanks, pero no podemos retrasarnos mucho, pues si tardamos más de tres horas, se habrá marchado.

—Es de esperar que no regresemos

de ninguna manera —refunfuñó el piloto, y el doc le dijo:

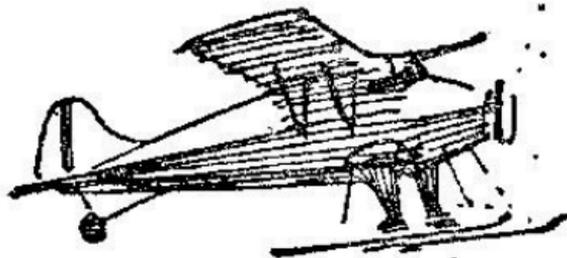
—Cuando tú estés sentado solo en tu aparato, puedes romperte la crisma, si quieres, pero no cuando yo viaje contigo.

—Si hoy me rompiera algo, no sería la primera vez —repuso riendo el piloto.

Yo me quedé dormido en seguida, pero el doctor me despertó para decirme:

—Ahora tienes que ayudar al piloto.

Volábamos a través de un torbellino de nieve.



—Pronto tendremos el lago debajo de nosotros, ¿dónde puedo aterrizar? ¿Dónde están los montones de nieve?

Debes decirme cuánto espacio tengo para aterrizar, y dónde debo hacerlo — dijo el piloto.

—Para aterrizar dispones de algo más que la mitad de la anchura del lago —le expliqué.

—La próxima vez trataré de aterrizar sobre un pañuelo —refunfuñó, malhumorado.

Ahora dábamos vueltas sobre el lago. A cada vuelta, el aparato descendía más y más.

—Entonces, ¿es verdad que a partir del centro ya no hay nieve amontonada? —preguntó—. Mira que voy a darte de tortazos, si lo que dices no resulta

cierto.

—Cuando me marché, no la había —
le aseguré.

Volvió a describir una curva y procedió a aterrizar. Ahora pasamos rozando las copas de los abetos. Sin embargo, el piloto volvió a remontar el vuelo.

—Si queréis hacerme un favor, aserraréis por fin aquellos cuatro altos abetos que crecen junto al pequeño golfo.

»¿Cómo estaba el hielo, cuando tú pasaste por encima del lago? ¿Estaba bien adherida la nieve en el hielo, se desprendía de él al pasar el trineo? —

me preguntó.

—Estaba bien adherida. El avión no resbalará —le tranquilicé.

Volvió a volar hacia el lado este, y tomó entonces el mismo rumbo que antes.

—Si ahora se te ocurre una oración, es el momento más oportuno para que la reces —refunfuñó el aviador, mientras iba descendiendo.

Cerré los ojos. «Trapper-Fred no puede morir», pensé.

Aterrizó perfectamente, y luego dirigió el avión hacia la cabaña.

En ella hacía frío y estaba todo oscuro. No se percibía el más leve

rumor. De momento temí que Trapper-Fred no estuviera allí, pues en su cama todo estaba inmóvil, y estaba aún demasiado oscuro para que yo pudiera distinguir nada.

Pensé que quizá Trapper-Fred, en medio de la fiebre, hubiera salido cojeando, y se hubiera helado de frío. Pero entonces oímos sus gemidos. Parecía como si oyéramos aullar un lobo a lo lejos.

El doc me dio la lámpara de bolsillo para que la tuviera en alto y quitó la venda del pie de mi compañero. Sólo echó una ojeada a aquel montón de carne tumefacta, amoratada, y volvió a poner

la venda en seguida. Luego le puso una inyección.

—Es imprescindible que vayamos a Fairbanks, a ver si encontramos todavía la «clínica ambulante» —dijo—. ¡De prisa!

El piloto tomó en brazos a Trapper-Fred, que se hallaba inconsciente, y lo llevó al aparato. Yo me admiré de su fuerza, puesto que Trapper-Fred era un hombre alto, y pesaba mucho, y el piloto era ya bastante entrado en años. Estábamos colocando con algún esfuerzo a Trapper-Fred en el interior del aparato, cuando oí que los perros estaban peleando.

LA LUCHA DE LOS PERROS

Una vez hubimos aterrizado, llevé en seguida los perros al patio y los encerré, y a «Esaú» lo dejé afuera, pero con las prisas me olvidé de atarlo. Tal vez no cerrara bien la puerta del patio, debido a la excitación que me dominaba. Di entonces rápidamente al doctor la manta y regresé apresuradamente a donde estaban los perros.

Encontré ante un ovillo de perros que se movía, gruñía y mordía furiosamente; era una suerte para

«Esaú» que en tales luchas no suelen lanzarse todos los perros contra uno solo. Dirimen unos con otros sus viejas querellas, que durante tiempo habían estado refrenando. Se produce un combate de perro a perro, individualmente. Sin embargo, me di cuenta de ello en seguida, «Tom» sólo quería luchar con «Esaú». Había roto la larga correa, y conocíase que estaba descansado. Los ataques ocasionales de los otros perros los rechazaba débilmente, y como solamente de paso, pero se ensañaba en sus ataques contra «Esaú», poniendo en ellos todas sus recuperadas energías.

Cogí un garrote y empecé a repartir golpes contra el ovillo perruno, sin mirar dónde los daba. Los otros perros, fatigados por el largo viaje, y menos furioso que los dos guías, abandonaron la lucha relativamente pronto. Fui llevando a uno tras otro a su respectiva casita, y allí les dejé fuertemente atados. Sus ladridos, gruñidos y aullidos acompañaron hasta el fin la lucha de los dos rivales.

«Esaú» y «Tom» eran menos alborotadores, y sólo de vez en cuando proferían algún gruñido. Por lo general rodaban sobre la nieve, agarrados uno a otro y propinándose fuertes mordiscos.

Cuando yo trataba de agarrar a uno de ellos o me acercaba con el garrote en la mano, me enseñaban rápidamente los dientes, cual si quisieran morderme, pero volvían en seguida a lanzarse contra su respectivo rival. Su piel estaba ensangrentada en muchas partes, y la nieve estaba también teñida de sangre.

«Esaú» era mayor que «Tom», pero estaba cansado y se movía lentamente. Casi cada nueva agresión de «Tom» le arrojaba al suelo, pero no dejaba de corresponder generosamente a sus mordiscos. Su piel gruesa y peluda compensaba algo su menor energía y celeridad.

Otra vez traté de agarrar a «Esaú», pero éste me amenazó con un gruñido. «Tom» aprovechó este instante para atacarle por el costado con todas sus fuerzas. Antes de que «Esaú» hubiera caído al suelo, bajo la furia del ataque, «Tom» le tenía agarrado ya por el cuello.

Ahora pudo comprobarse cuán fuerte era «Esaú» en realidad. Arrastró a «Tom» a través de todo el patio y lo lanzó contra la pila de leña que había junto al cobertizo, haciendo que los troncos cayeran sobre ellos con gran ruido. Con grandes esfuerzos lograron salir de debajo del montón de leña que

se les había venido encima. Sin embargo, a pesar de este incidente, «Tom» no había soltado su presa. «Esaú» trató de arrimar a su adversario contra la pared del corral, pero no lo consiguió. Al correr, se cayó, arrastrando consigo a «Tom» en su caída, pero éste no le soltó, e incluso cuando «Esaú», en su lucha desesperada, le dio ocasión para ello, volvió a agarrarlo de nuevo, esta vez aún más fuerte. «Esaú» ya no tenía posibilidad alguna de librarse de los dientes de «Tom».

Pero yo sí tuve ahora una posibilidad de ayudarle. «Esaú» no

podía morderme, porque «Tom» se lo impedía, y «Tom» tampoco podía hacerlo, porque no quería soltar la presa. Entonces me arrojé sencillamente sobre los dos perros, y cargué sobre ellos todo el peso de mi cuerpo. Luego cogí con una mano a «Tom» por la garganta, y apreté cuanto pude. Con la otra mano agarré su hocico con la esperanza de impedirle respirar.

«Tom» gruñó amenazadoramente y sus ojos se clavaron en mí con una mirada siniestra, llena de odio. «Esaú» no emitió ningún gruñido. Jadeaba y daba resoplidos, y de vez en cuando su cuerpo se estremecía.

Yo no quería perder a «Esaú». De pronto me di cuenta de que le quería mucho, y pensé: «Mediante mi intervención di ocasión a “Tom” para que agarrara a “Esaú” por la garganta. Si le estrangula, yo habré tenido la culpa». Con rabia, apreté ahora más fuerte, y cargué todo el peso de mi cuerpo sobre el pecho de «Tom», cuya respiración se hacía más dificultosa.

«Esaú» vino en mi ayuda. Probablemente notó que la presión ejercida en su cuello se había aflojado, y empezó a agitarse de nuevo y a tirar con todas sus fuerzas. De pronto estuvo libre y se puso en pie. Mientras yo me

hallaba todavía tendido sobre el cuerpo de «Tom», él permaneció unos instantes junto a nosotros, con la cabeza gacha, mas luego se dirigió a su casita tambaleándose. Entonces llevé a «Tom» también a su casita y anudé cuidadosamente la correa rota. Luego procedí a atar también a «Esaú», que yacía enroscado en su casita, respirando dificultosamente. Mientras me hallaba ocupado con los perros, me había olvidado de cuanto ocurría a mi alrededor. Al dirigirme a la cabaña, ya no vi el avión sobre el hielo del lago.

Me sentí muy cansado y muy triste.

EL LOBO PLATEADO

Ahora que estaba solo, me vi con más trabajo del que había tenido en toda mi vida.

No siempre resulta fácil abandonar las mullidas y calientes pieles, cuando en la cabaña todavía reina la oscuridad y afuera le está acechando a uno el frío más intenso.

Cuando, en otro tiempo, trabajaba en el «Mango de la Sartén», el despertador me llamaba para que me levantara, y si no oía el despertador, entonces entraba

en mi cuarto la mujer de Dutch-Will y armaba un ruido de mil demonios. Aquí en la cabaña no había despertador y la mujer de Dutch-Will se encontraba a mil millas de distancia. Habría podido permanecer acostado todo el día, pues nadie da órdenes a aquél que es dueño de sí mismo. Nadie está allí que pudiera protestar si uno quiere llevar a su cama por la mañana tocino, galletas y chocolate. Sí, yo habría podido hacer todas estas cosas, comer buenos bocados, hasta hartarme, y luego fumar tranquilamente mi pipa y volver a echar un sueñecito.

Tal vez estén armando alboroto los

perros, que quieren que se les dé la comida. Que ladren cuanto quieran, cúbrete la cabeza con la manta y duerme, como si no los oyeras. Les será saludable que no se atiborren de comida como suelen hacer.

Pero he aquí que oyes dentro de ti una voz que no te deja tranquilo: «¡Levántate, trampero! ¡Quizá haya algún animal en tus trampas!». Y el que se considera dueño de sí mismo, tiene que obedecer a aquella voz. Se levanta, enciende la lumbre, prepara el té, fríe tocino y prepara la leña para cuando regrese. El que se considera dueño de sí mismo sale de la cabaña y se lava con

nieve, va apresuradamente a donde están los perros y les arroja su correspondiente ración de pescado. Examina el trineo, mira que los arrees estén como es debido. Engancha los perros al trineo, que de vez en cuando se muestran huraños y mordisqueadores, y gime y refunfuña con ellos a porfía cuando se ve obligado a deshacer algún nudo en las heladas correas con los dedos desnudos o a reparar una trampa. Y el señor de sí mismo está ya cansado antes de que lo tenga dispuesto todo para la partida.

Había que preparar dos zonas de trampas y recorrerlas diariamente.

Había que cuidar de los perros. Éstos volvían a ser seis, pues un día, por la mañana, reapareció «Bini», muy cansada y enflaquecida. Le di comida en abundancia y durante los primeros días no la enganché al trineo. De este modo recobró pronto sus energías.

Cuando regresaba a la cabaña de mis expediciones, me hallaba siempre sumamente fatigado, y me costaba un esfuerzo indecible tener que limpiar y extender las pieles que había traído. Sin embargo, me afanaba en trabajar, pues quería que Trapper-Fred pudiera encontrar hermosas pieles a su regreso. Pensaba constantemente en él, y deseaba

que regresara pronto.

A menudo me sentía tan débil, que no tenía fuerzas para guisar. Entonces comía sólo tocino y conservas. Ello no es conveniente, pues en nuestro trabajo es preciso tomar alimento más sustancioso. Pero yo hacía como suelen hacer algunos tramperos: en un caldero grande, de los que se usan para la comida de los perros, cocía una gran cantidad de habas, tocino y *pemmican*, todo junto. Entonces ponía a helar esta comida, ponía en el establo el bloque helado y con el hacha cortaba un pedazo cada vez que regresaba a casa.

Entonces lo calentaba, y así disponía

siempre de una buena comida.

En el bosque vi huellas de caribú. Procedían ahora de la tundra y regresaban al bosque. Con ellos llegaron los lobos. Vi también muchas huellas de éstos, pero no encontré el rastro del plateado. Una vez maté de un tiro un caribú que cruzaba la superficie helada del lago. Quizá había sido apartado de su manada por los lobos.

En las trampas había pocos animales. Probablemente no era tan hábil como Trapper-Fred en el arte de prepararlas. En dos semanas sólo cogí una comadreja, un lince y dos zorros que todavía no tenían su cuerpo cubierto

enteramente de pelo. Estos animales rinden muy poco, ni siquiera treinta dólares cada uno. Una vez maté con la escopeta un lobo pequeño.

Ahora sabía ya manejar bien mi escopeta. A un centenar de pasos había de apoyar dos dedos extendidos sobre el punto de mira. Cuando salía de caza, disparaba a menudo sobre las ardillas, pues conviene que los perros coman carne fresca de vez en cuando, y ello era también un buen ejercicio para mí. Una vez di en una ardilla en pleno salto.

Aquel día del que voy a hablar, yo estaba muy enojado. No encontraba la primera trampa, pues durante la noche

había nevado y yo me había olvidado de poner una señal junto a ella en el instante de colocarla. Estuve casi una hora buscándola, pero no pude encontrarla. Si no conseguía encontrarla, perdería los dólares de mi parte, y una de tales trampas no es barata.

Encontré las tres trampas siguientes, pero éstas estaban vacías. Las otras dos estaban cerradas, pero no había ninguna pieza en ellas. Era un mal comienzo. Pero aún faltaba lo peor: otras tres trampas vacías, luego otra con una pequeña ardilla, de un tamaño como nunca había visto en mi vida, pues apenas era mayor que una rata. Por lo

demás, nunca ponemos trampas para cazar ardillas. Dios sabe lo que el pobrecito enano andaría buscando allí.

Al examinar la trampa siguiente, vi que había apresado algo. Concebí nuevas esperanzas, pues a veces una sola captura compensa el enfado de toda una semana. Sin embargo, aquí hubo un nuevo y grande motivo para enfadarme, pues sólo encontré la piel completamente destrozada de un zorro azul. No quedaba de ella una parte sana, ni siquiera para hacer un gorro para un niño. Sin embargo, de los restos podía deducirse que se trataba de un zorro de gran tamaño. La piel era suave como la

seda y tenía todo su pelo. Los lobos habían devorado al zorro, y cuando busqué las huellas de aquellos ladrones de trampas encontré entre ellas las del lobo plateado. Es decir, que ahora volvía a estar allí, robándonos dólares de en medio de las trampas. Yo estaba muy indignado y decidí seguir su pista, pues era posible que se me pusiera a tiro.

Al principio, las huellas de los lobos se confundían, pero luego fueron separándose unas de otras. Yo fui siguiendo las del plateado, que no podía perder de vista en la nieve reciente. De vez en cuando me detenía, e

inspeccionaba los alrededores con los prismáticos. No podía verse otra cosa más que nevadas colinas y árboles cargados de nieve.

Sin embargo, continué adelante, siguiendo las huellas, aunque ahora me sentía inseguro. Ignoraba las horas de ventaja que me llevaba el lobo, el cual, además, no tenía que arrastrar un trineo, como mis perros. Quizá tendría que correr tras su pista días enteros, sin poder divisarle nunca.

Cuanto más me alejaba de la línea de trampas, tanto más me decía a mí mismo que era absurdo lo que estaba haciendo. Tampoco abrigaba ya

esperanza alguna; sólo seguía corriendo por obstinación, e increpaba a los perros, porque no avanzaban bastante aprisa.

De pronto, «Esaú» se detuvo, estiró el cuello y olfateó. Yo miré entonces a través de los prismáticos, inspeccioné los alrededores y sólo vi la amplia superficie brillante de la nieve. Pero cuando dejé los prismáticos, decepcionado, entonces le vi a simple vista, lo suficientemente cerca como para poderle alcanzar con una bala. Cogí del trineo la escopeta y apunté hacia el lobo. Tenía la firme convicción de que daría en él, y apreté el gatillo...,

volví a apretarlo, pero el disparo no se produjo. Estaba tan sorprendido, que de momento no se me ocurrió que me había olvidado de quitar el seguro.

Ahora lo quité, pero sabía que a la primera vez habría dado en el blanco. Volví a apuntar por encima del trineo hacia el lobo, que se alejaba trotando. Al disparar, debí de dar un golpe con el codo contra el trineo, y fallé la puntería. El lobo se detuvo, al oír la detonación, y miró hacia donde me encontraba yo con mi trineo. No podía ofrecer mejor blanco, y la distancia no era grande. Esta vez me tendí sobre la nieve para apuntar mejor. Disparé, pero volví a

fallar. El plateado estaba todavía allí. Disparé de nuevo y de nuevo fallé.

Como si quisiera burlarse de mi mala puntería, el lobo permanecía allí inmóvil, ofreciéndose como blanco de mis disparos, y a los reflejos del sol parecía su piel realmente plateada. Volví a disparar, y vi cómo la bala levantaba un remolino de nieve cerca de él. El lobo dio un leve salto de temor, y luego se puso en movimiento, sin apresurarse. Ahora sentía la tentación de azuzar a los perros en pos de él, pero oportunamente me vino a la memoria que algunos lobos son muy astutos y sólo aguardan el momento de que un trampero les envíe

sus perros como alimento. Entonces se reúne la manada de lobos, y todos juntos se arrojan sobre los perros. No, yo no quería perder a mis perros.

Ahora se había hecho demasiado grande la distancia para un tiro certero. De buena gana habría dejado atrás a los perros, para continuar solo persiguiendo al lobo, pero éste desapareció en una hondonada, y delante de mí se extendía una larga pendiente por la que me era más fácil bajar subido en el trineo que a pie. Abajo había un arroyo cubierto por la nieve, y en sus bordes crecían unas mimbreras. Allí até el trineo y subí trepando la pendiente opuesta. Una vez

me encontré arriba, miré en todas direcciones. No se veía ningún lobo por ninguna parte, pero descubrí sus huellas y me puse a seguirlas. Trazaban un amplio arco para volver al arroyo, y en el momento en que yo estaba bajando la pendiente, oí los ladridos de «Esaú», que en seguida se confundieron con los de los otros perros. Comprendí inmediatamente que el plateado había sido más listo que yo.

Fui bajando, corriendo con todas mis fuerzas, a lo largo de la pendiente, pero cuando uno va vestido de pieles no puede correr bien por la nieve, cuando ésta es tan profunda que le llega a uno

hasta las rodillas. Estaba sudoroso y jadeante. Los ladridos se hicieron más distintos, y parecía como si los perros estuvieran luchando. Llegué al recodo y vi tres lobos entre los perros, y uno de ellos era el plateado. Acurrucados, fueron rodeando a los perros, que estaban muy juntos unos a otros, con los hocicos vueltos hacia las fieras. De pronto, «Esaú» salió disparado contra el plateado, que había dado un salto de desafío hacia él. «Esaú» tropezó y cayó sobre la nieve, pues la correa del trineo tiró fuertemente de él y le hizo retroceder. El lobo se abalanzó sobre él, y en el lugar en que los dos estaban

luchando sólo vi una nube de brillante polvo de nieve. Entonces empecé a correr de nuevo, con la vista fija únicamente en el lugar donde estaba luchando «Esaú» con el lobo. Pero entonces cesó la polvareda de nieve, y pude ver cómo «Esaú» y el plateado se separaban corriendo. Mas ahora fue la perra «Bini» la que entró en lucha con un lobo. En el instante en que yo me tendía sobre la nieve para apuntar, llegaron otros dos lobos corriendo por la pendiente. Ahora se hallaba reunida allí toda la manada del plateado, pues junto a la trampa había contado las huellas de cinco lobos distintos.

Contuve el aliento y disparé dos veces sobre el plateado, y fallé la puntería por escasa distancia. Al segundo disparo, el lobo volvióse para mirarme. Al ir a cargar la escopeta, me di cuenta de que sólo me quedaba un cartucho.

«El último cartucho debes llevártelo a casa. Constituye el seguro de vida para el trampero», me había dicho mi compañero. Pero aquel cartucho constituía una gran tentación para mí, pues el plateado volvía a estar allí inmóvil, y no me separaban ni un centenar de pasos de él. Mas seguí el consejo de Trapper-Fred y no quise

disparar la última bala.

Cuando empecé a correr, los lobos huyeron, y los perros ladraron furiosamente en dirección a ellos. «Esaú» presentaba una pequeña herida en el pecho, cerca del cuello, pero fuera de esto, ninguno de los perros estaba herido. Tuve mucho trabajo en desenredar los arreos, pero me alegré de no haber perdido mi trineo a causa de mi estupidez.

Con la persecución del lobo plateado había perdido más de dos horas, y además tuve que recorrer todavía más de la mitad de la línea de las trampas. Sólo un pequeño lince fue

lo que encontré en ellas.

Llegué a la cabaña cuando ya había oscurecido completamente, y di a los perros ración doble de comida. Tenía demasiado sueño para prepararme la cena, y sólo comí unos mendrugos de pan.

Durante la noche, me despertaron los ladridos de los perros. De momento, no quise levantarme, pero al ver que los perros no cesaban de ladrar, pensé que un glotón estaría merodeando por la cámara secadora. Con precaución abrí la puerta del salidizo, pero en la cámara secadora no descubrí nada anormal. Los perros continuaban ladrando. Había

claro de luna. Miré en dirección al lago. Entonces distinguí a un lobo, a menos de un centenar de pasos, en medio del hielo que cubría el golfo del lago. Cogí un pedazo de madera del pequeño montón que siempre teníamos en el salidizo, y lo coloqué entre la puerta y los goznes. Luego me tumbé en el suelo, a punto de disparar, apoyé la escopeta en el umbral y apunté. En el instante en que apreté el gatillo, el lobo se movió y fallé el tiro.

Por la mañana, examiné las huellas y vi que se trataba del lobo plateado. Me puse a seguir aquellas huellas. El lobo había merodeado dos veces alrededor de la cabaña aquella noche, y las dos

veces conducían las huellas hasta la cámara secadora. Al parecer, el olor del salmón le atraía irresistiblemente.

Entonces pensé que tal vez me sería posible capturarlo. Unté las suelas de mis botas y guantes con el aceite que Trapper-Fred añadía siempre al cebo y que servía para atraer con su olor a los animales, y coloqué tres buenas trampas a través de las huellas que conducían hasta la cámara secadora. Puse como cebo de estas trampas carne de caribú y lo cubrí todo de nieve blanda. Luego fui a buscar a la zona del lago otras seis trampas que distribuí alrededor de las trampas provistas de cebo, formando

círculo. En ellas eché sólo unos trocitos de carne y las cubrí también de nieve.

Por la noche, tomé el saco de dormir y me fui a la cámara secadora, armado con la escopeta. Esta cámara no tiene paredes tan gruesas como la cabaña, y en todas partes puede mirarse a través de las grietas.

Yo pensaba que los perros me despertarían cuando el lobo se acercara, y deseaba que aquella noche volviera a haber claro de luna. Así, pues, me dormí tranquilamente, hasta que los perros me despertaron con sus ladridos. Era una noche iluminada por la luz de la luna. Apoyé la escopeta en una grieta de la

pared y aguardé a que el lobo apareciera.

Hacía mucho frío. Al mirar a través de la grieta, los ojos se me llenaban de lágrimas por efecto del frío. Al bajar por mi rostro convirtiéronse en gotas de hielo.

Cerca de la cabaña habíamos dejado en pie algunos pequeños abetos y algunos arbustos. Varias veces creí distinguir al lobo que se acercaba disimuladamente, pero me di cuenta de que las matas me habían engañado. Por el alboroto que armaban los perros podía conocerse que una fiera andaba muy cerca, y yo deseaba que se tratara

del lobo plateado.

Entonces le vi. De repente estuvo allí, en el lugar donde antes había dejado sus huellas. Mi corazón palpitaba aceleradamente. Me quité los guantes, pero introduje en seguida de nuevo la mano derecha en el bolsillo de mi «parka», pues no convenía que se me enfriase. Realmente, tratábase del plateado. Mientras iba caminando con todo sigilo, fue recogiendo los trocitos de carne que yo había ido esparciendo más allá de las trampas, en el camino que él había recorrido el día anterior. Pero al llegar junto al círculo de las trampas se detuvo y empezó a olfatear el

aire.

Apunté hacia él, y se fue acercando, vacilando, detúvose delante del círculo de las trampas y empezó a olerlas. Luego se hizo a un lado, removi6 con el hocico un poco la nieve y cada vez volvía a estirar el cuello hacia donde estaban las trampas. Era muy desconfiado, y yo pensaba: ¿por qué no siente miedo ante las trampas de las que viene a robarnos la presa? Pensé también que habría sido mejor matar una ardilla y colocarla en una de las trampas.

Ahora debía encontrarse entre las trampas. Pero no avanzó, sino que

retrocedió. Todavía volvió a detenerse, con la cabeza vuelta hacia donde yo estaba, ofreciéndome como blanco de tiro todo su cuerpo de costado.

Pensé que en seguida percibiría mi olor, porque se hallaba tan cerca de mí. Olía el salmón, pero también a las personas. Entonces saqué la mano del bolsillo y apunté con la escopeta hacia su cabeza. Disparé y el lobo se desplomó sencillamente, sin dar antes ningún salto.

Corrí hacia él. Jamás había visto un lobo tan grande, ni tampoco ninguno que tuviera una piel tan hermosa. Me alegraba de haber sido más listo que él y

de haber dado en el blanco, pero al mismo tiempo lamentaba que estuviera allí muerto. Aquel lobo me inspiraba respeto. Le agarré por las patas traseras y a través de la nieve le arrastré hasta la cabaña. Los perros ladraban completamente fuera de sí mientras yo arrastraba la fiera por el patio y pasé por delante de ellos. Lo destripé delante de la puerta y luego lo llevé al interior de la cabaña para desollarlo. Jamás quité la piel a un lobo con tanto cuidado como hice aquella vez con la del lobo plateado. Cada vez que hacía una pausa en este trabajo, no podía resistir la tentación de acariciar aquella piel, tan

hermosa era. Al extenderla, tuve que estirar durante más de una hora hacia todos los lados, para que alcanzara todo su tamaño.

Terminada la operación, me lavé las manos con agua caliente, preparé té, me eché sobre la cama y me puse a fumar. Había colocado la piel extendida de tal suerte que la luz de la lámpara la iluminaba por completo, y así podía verla constantemente.

Pensaba lo que diría Trapper-Fred cuando la viera.

LOS ESQUIMALES

Una vez —habría transcurrido una semana desde la partida de mi socio—, al regresar de inspeccionar la línea de trampas, vi un trineo que se aproximaba, procedente del lado de las colinas. Llevaba conmigo los prismáticos y a través de ellos pude comprobar que el trineo estaba tirado por seis perros. Eran más pequeños y de piel más lanuda que los nuestros, y debido a que allí la nieve era muy espesa, parecía como si los perros avanzaran arrastrándose sobre el vientre. Pero al ver los rostros

de los hombres me asusté, pues conocí que se trataba de esquimales.

En todas las poblaciones se encontraban esquimales, aquéllos que trabajaban en ellas como guías u obreros, pero también los había independientes, que venían de lejos, para comerciar. Nosotros, los indios, no les tenemos simpatía, y tampoco ellos a nosotros. Todas las historias que yo había oído contar sobre ellos hablaban de grandes combates en los que siempre habían luchado indios y esquimales, de asesinato, robo y raptos de mujeres, y para un indio no existe mayor insulto que el que se le llame «esquimal» o

«bebedor de aceite de pescado».

Así, pues, tuve miedo de aquellos hombres e hice retroceder a los perros hacia casa. Sin embargo, yo tenía solamente tres perros y aquellos dos hombres tenían seis, y sus perros avanzaban rápidamente, según había podido comprobar.

Cada vez que volvía la cabeza para mirarlos, veía que se hallaban más cerca. También observé que alzaban los brazos y me hacían señas, pero yo había oído hablar también de lo astutos que son los esquimales, y no quise detenerme para aguardarlos.

Cuando estuve junto al lindero del

bosque, reflexioné y pensé si no sería mejor detenerme. Había podido tenderme entre unas matas y esperarlos allí. Mi escopeta era excelente, y en lucha con ellos habría tenido posibilidad de vencerlos. No obstante, me acordé también de lo que Trapper-Fred me había enseñado: «Sólo hay que encañonar a un hombre con la escopeta cuando se sabe que éste le quiere matar a uno, y no habría necesidad de que murieran tantas personas si no fuera cosa tan fácil apretar un gatillo».

Y, además, también había de conservar lo que era propiedad de Trapper-Fred. ¿Qué sucedería, en el

caso de que me mataran aquellos hombres al luchar con ellos? Por consiguiente, decidí luchar sólo en el caso de que ellos me obligaran.

Entonces ya no me volví a mirar con tanta frecuencia, ni siquiera al oír que me llamaban. Sin embargo, esperaba oír a cualquier instante el disparo de sus armas de fuego. Una vez, por los ladridos que daban sus perros, conocí que algo anormal había sucedido a su trineo, y al volver la cabeza para mirar, vi que éste había volcado al descender una pendiente, y que los arcos de los perros se habían enredado. Con ello obtuve yo una gran ventaja en la carrera.

A pesar de todo el miedo que sentía, me alegraba ver a mi perro de guía «Esaú», el cual guiaba el trineo tan seguro de sí mismo como si comprendiera que no había tiempo que perder, y las correas estaban siempre tensas. También «Bini» se portaba muy bien.

Sólo a «Alfa» me veía obligado a dar algún latigazo de vez en cuando. Era el menos inteligente de nuestros perros y también algo viejo para perro de trineo. Sin embargo, no podía uno enfadarse seriamente con él, pues cuando se le hablaba amistosamente era capaz de reír, cosa que los otros perros no sabían

hacer, o acaso no querían.

Llegué a la cabaña, quité los arreos a los perros, los até fuertemente en sus casitas respectivas, y tuve tiempo todavía para entrar en la cabaña a buscar un puñado de cartuchos. En aquel momento los esquimales doblaban el ángulo del bosque a toda velocidad. Llevaban buenos perros, todos ellos del mismo tamaño y de una misma cría. Su pelo era de color blanco y gris. Y ahora, en el momento de detener el trineo, vi que sólo uno de los dos esquimales era un hombre, el otro era un muchacho, no mucho más alto que yo. Sus «parkas» no estaban sucias como suelen estarlo las

de los esquimales, y la piel que rodeaba su rostro era de glotón.

Yo estaba con la escopeta preparada, junto a la puerta del pasadizo, y cuando se dirigieron a la cabaña, apunté hacia ellos. Se detuvieron en seguida, al ver mi actitud, pues comprendieron que debían andar con cuidado, y me gritaron algo en su lengua que yo no entendí, por lo cual no dejé de apuntarles con la escopeta. Entonces el hombre dijo algo al muchacho, el cual volvió al trineo, tomó una escopeta, un cuchillo y un arco y depositó todo ello sobre la nieve, al lado del trineo. Sin embargo, el hombre

permaneció tranquilamente en su sitio, sin moverse. Luego arrojaron los dos los cuchillos que llevaban en la cintura, debajo de la «parka», sobre la nieve, junto a las otras armas. Obedeciendo a las palabras del hombre, el muchacho fue ahora a buscar al trineo una piel de zorro negro y se la llevó. Entonces el hombre la levantó en dirección a mí y dijo algunas palabras.

Ahora comprendí que querían comerciar, y recordé que una vez había dicho Trapper-Fred que quizá valiera la pena emprender un viaje con una buena carga de artículos para realizar con los esquimales un intercambio de pieles. Y

he aquí que ahora habían llegado los esquimales a nosotros. ¿Es que yo no habría de comerciar con ellos? Yo sabía el valor que tenían las pieles de todos los animales, pero ignoraba si tendrían géneros suficientes para adquirir todo lo que ellos traían.

Yo tenía aún un poquitín de miedo, porque siendo ellos dos, podían resultar peligrosos incluso desarmados. ¿Qué habría hecho Trapper-Fred en mi lugar? Mientras pensaba todo esto, bajé la escopeta casi mecánicamente, y volví a entrar en el salidizo.

Ellos fueron acercándose lentamente. Al llegar ante la puerta

sacudieron la nieve de sus vestidos, y luego —mi corazón latía aceleradamente — el hombre se acercó a mí y me tendió su mano. Luego se acercó el niño e hizo lo mismo que su padre. Los dos me miraban y reían amigablemente.

Entramos en la cabaña, y se sentaron en las sillas que les ofrecí, pero por la forma de sentarse y en su risa comprendí que no estaban acostumbrados al empleo de las sillas.

Pensé que acababan de realizar un largo viaje y que seguramente debía tratarles como huéspedes. Así, pues, encendí fuego en la estufa y preparé té, y cuando el té estuvo listo, freí mucho

tocino y puse la sartén encima de la mesa. A ello añadí gran cantidad de pan seco, vertí el té en las tazas y puse en ellas mucho azúcar, pues así era como más me gustaba a mí.

El hombre dijo algo al muchacho, el cual salió de la cabaña. Ahora volví a sentir miedo de que quizá el muchacho fuera a buscar las armas, por lo cual me dirigí a la cama y volví a coger la escopeta. El hombre se dio cuenta de ello, se echó a reír, y con un gesto me dio a entender que no me hacía falta el arma. El joven regresó con los cuchillos. En seguida se pusieron a comer, empleando el cuchillo para

cortar el tocino. Cuando hubieron comido el tocino, llenaron sus bocas con pan seco, produciendo al masticarlo un ruido como cuando un trineo pasa por una capa de hielo quebradizo.

Al ver que devoraban la comida con tanto apetito, abrióseme también el mío, me senté junto a ellos a la mesa y empecé a comer. Ellos se alegraron al verme comer, y otra vez aceptaron gustosos cuando les ofrecí otras pingües tajadas de tocino. El tocino sin freír parecía gustarles más que el tocino frito. Comieron de él cantidades enormes. El hombre se daba a menudo palmadas en la barriga, eructaba y se reía, y alguna

vez alargó el cuchillo hacia mí, bromeando, como si quisiera pincharme con él.

Cuando se hubo terminado el té, eché un poco de azúcar en la taza del muchacho, el cual lo dejó resbalar dentro de su boca, riendo continuamente y mirándome con simpatía. Ahora me gustaban aquellos dos esquimales. Probablemente eran padre e hijo, y me alegré de poder ofrecerles tan buena comida.

Finalmente quedaron saciados. Entonces sacaron sus pipas y me las alargaron. Les di tabaco y llené asimismo mi propia pipa.

El hombre dijo: «Whisky», y ésta fue la única palabra que entendí de todo cuanto había hablado hasta aquel momento. Trapper-Fred tenía probablemente whisky en sus provisiones, pero yo moví la cabeza indicándole que no tenía. Trapper-Fred habría hecho seguramente lo mismo que yo. Así, pues, volví a hacer más té, les di galletas dulces y se quedaron tan contentos.

Más tarde fueron a buscar sus paquetes de pieles. Al ver cómo deshacían los paquetes, observé que eran buenas pieles, pero no las habían tratado como debe hacerse. Los

comerciantes no pagan bien tales pieles. Fui a buscar de lo que nosotros guardábamos y empezamos el intercambio. Ahora se vio que el hombre conocía toda clase de cosas, incluso las conservas, y entendió algo de lo que yo le decía, pues anteriormente yo había tenido la ocasión de aprender unas cuantas palabras esquimales.

Primeramente cogió el hombre algunos paquetes de tabaco, luego me mostró una de sus pieles, indicando que quería entregármela a cambio del tabaco. Lo mismo hizo con azúcar, fruta seca, conservas de fruta, latas de carne, leche y huevo en polvo, legumbres

secas, té y toda clase de cosas de las que nosotros poseíamos. Cuando yo hacía un gesto indicando que aceptaba, el intercambio quedaba hecho. Algunas veces no nos pusimos de acuerdo en cuanto al valor. Entonces el hombre ponía un rostro que expresaba enojo, y decía algunas palabras que me pareció debían de ser duras, pero al fin volvía a reír.

Traían muchas pieles, y nuestras provisiones iban disminuyendo, pero yo pensaba que pronto podríamos adquirir otras al piloto, y les di de lo nuestro en abundancia, para que quedaran satisfechos. Pero yo también estaba

satisfecho, porque muchas de aquellas pieles podían ser elaboradas de nuevo mejorándolas en calidad. Tampoco engañé a los esquimales, porque el tendero no les habría dado seguramente por ellas más de lo que yo les di. Anoté todo cuanto les entregué, y más tarde hice un paquete aparte de todas las pieles que ellos me habían entregado, para ver lo que ganaba con ellas al volver a venderlas. Lo que gané fueron 125 dólares, lo cual no es mucho, pues tuve que trabajar bastante en aquellas pieles.

Durante nuestro negocio, había oscurecido ya dentro de la cabaña, y

salimos a donde estaban los perros, que aullaban pidiendo su comida. A sus perros les di también salmón seco en abundancia. Se asombraron al ver nuestra provisión de pescado, y les di algunos paquetes de salmón para su viaje de regreso. El esquimal quería llevar su trineo al corral para que estuviera allí durante la noche, pero yo no se lo consentí, pues a menudo las enfermedades de los perros se transmiten por medio de trineos ajenos. Él no comprendió por qué no le permitía que sus perros entraran en el corral, pero tuvo que resignarse a ello y los ató junto al cobertizo.

Luego, cuando yo entré una vez en el corral para ver si nuestros perros estaban bien atados, el hombre me siguió y le llamó la atención la cacerola de hierro en la que cocíamos la comida para los perros. Quiso que se la diera, pero yo no quería nada más para cambiar, y a mí tampoco me gustaba dársela. Entonces, con muchas palabras, me indicó que le acompañara hasta su trineo, y me ofreció uno de sus perros. Con una mano señalaba un perro, con la otra en dirección a la cacerola. Y al ver que yo lo pensaba, señalome todos sus perros, unos tras otro, para que yo escogiera a mi gusto, y me miró como

preguntándome si aceptaba el negocio. El único perro que no me ofreció fue su perro de guía, pero yo tampoco lo habría aceptado, pues bastante que hacer nos daban los dos que teníamos.

Todos aquellos perros eran buenos. Su raza me gustaba. Parecía un poco la misma raza de «Esaú». Pensé que tal vez resultara un buen cruzamiento si elegía para mujer de «Esaú» una perra esquimal. Una perra esquimal de anchas patas y ancho pecho bien valía la cacerola. Así, pues, escogí una de las perras del trineo. Pero tuvo que quitarle los arreos el esquimal mismo, porque cada vez que yo me acercaba a los

perros, éstos saltaban hacia mí, gruñendo amenazadores. Fue a buscar una cuerda y el esquimal ató la perra que yo había escogido, a un árbol, delante de la cabaña. Allí debía permanecer hasta que yo estuviera seguro de que no estaba enferma y hasta que ella se hubiera acostumbrado a su nuevo amo.

La posesión de la cacerola pareció alegrar mucho al esquimal, y yo me alegré de tener la perra, que quería guardar para mí, si Trapper-Fred se mostraba de acuerdo con ello. El esquimal había señalado varias veces hacia la perra y pronunciaba el nombre

de «Keka». Así, pues, debía de llamarse seguramente.

Para dormir, indiqué a los esquimales que se quedaran en el salidizo, pues temía que dejaran piojos en la cabaña. A menudo les veía rascarse. Sin embargo, no se molestaron por ello y procedieron en seguida a instalarse para pernoctar allí.

Aquella noche me acosté muy tarde, y mi sueño fue intranquilo, pero no ocurrió nada. A la mañana siguiente, los dos esquimales volvieron a devorar grandes cantidades de tocino frito y de pan duro, y apuraron dos jarras llenas de té. Al despedirse, el hombre me dio

varias palmadas en la espalda, con risa amistosa, y de sus palabras y señas colegí que se marchaba satisfecho y pensaba volver otro día para hacer negocio conmigo. Entonces pensé que Trapper-Fred se alegraría de ello.

Finalmente, cuando los dos me dieron la mano en señal de despedida, tuve la idea de hacer un regalo a aquel muchacho tan simpático, que reía constantemente y apenas había pronunciado una sola palabra. Le regalé mi cuchillo de caza, y sus ojos oblicuos se abrieron desmesuradamente y brillaron de alegría.

TRAPPER-FRED ENVÍA UNA CARTA

Me encontraba con los perros recorriendo la línea de trampas, cuando oí el ruido del avión. Lo vi trazar círculos encima del lago y descender para aterrizar. Fustigué a los perros para que corrieran más de prisa, pues pensaba que Trapper-Fred estaba de regreso. Mi corazón saltaba de gozo dentro de mi pecho.

Pero sólo venía el piloto, y no estaba de muy buen humor.

—He de entregarte esta carta de

Trapper-Fred y debo llevarme inmediatamente la respuesta.

La carta decía lo siguiente:

«Pequeño Zorro»:

Se acabó el cazar con trampas. Han tenido que amputarme el pie. Y todavía he sido afortunado con ello. La cosa era peligrosa. Estuviste muy acertado al emprender entonces el viaje tú solo. Si yo te hubiera acompañado, habría muerto por el camino. Buscaré un trampero que pueda comprarme mi zona de caza. El

piloto conoce a uno que no está satisfecho con la suya y está dispuesto a pagar algunos dólares. Tal vez nos dará algo por la cabaña, que está construida sobre terreno del Estado, y cualquiera puede apoderarse de ella si la encuentra abandonada, pero no sería justo que se quedara con ella sin darnos una cantidad. Las trampas que no necesite, las adquirirá seguramente el tendero.

Tengo ahorrados algunos miles de dólares, y pienso

instalar una granja para criar zorros. El piloto sabe de un buen macho de zorro plateado, completamente puro, que, según él, costará dos mil dólares. Ahora bien, he pensado que tal vez querrías participar con tu capital en este negocio. A mí me agradaría, ya que tú eres el socio más adecuado para mí. Naturalmente, el negocio tiene sus riesgos, pero con un poco de suerte no es un mal negocio. Después de todo, tanto tú como yo entendemos de pieles y zorros. Pero lo más importante

es que seremos nuestros propios jefes.

Puedes permanecer ahí hasta que vayan a relevarte. La «Mina Pequeño Zorro» la conservaremos y la haremos inscribir en el registro. Tal vez necesitemos unos cuantos dólares, y si trabajamos de firme, podremos ganar mucho dinero.

Aquí en la clínica estoy engordando. Ya quisiera que me dieran de alta. Escríbeme qué opinas sobre la granja de zorros. Ve empaquetando

nuestras cosas y las pieles, para que estés listo tan pronto como se te avise. Todavía ignoro lo que haremos con los perros. Tal vez quiera comprarlos nuestro sucesor, si es que no trae trineo propio. Quiero conservar a «Tom» y seguramente tú tampoco querrás desprenderte de tu terrible fiera.

No quiero volver a nuestra cabaña, y te lo dejo encomendado todo a ti. El piloto te ayudará en lo que pueda. Procura que todo esté a punto en el momento en que

traspasemos la zona. La gente de Alaska tiene el oído muy fino, y si uno tiene mala fama, se enteran hasta los del «Mango de la Sartén».

Good-bye, «Pequeño Zorro».

Tu socio, Trapper-Fred.

Al terminar de leer la carta, me di cuenta de que estaba llorando. El piloto se fijó en la piel del lobo plateado, y dijo:

—Debió de ser una bestia enorme.

—Sí —respondí—, un lobo gigantesco.

Y me encaminé a la estufa para encender el fuego. Aún conservaba la carta en la mano.

—Puedes tomar habas con tocino o *pemmican*. También hay conservas por ahí, o si quieres, puedes tomar una tajada de caribú.

—Eso es —dijo el piloto—. Tú escribe la carta entretanto.

Cuando hubo salido el piloto en dirección a la cámara secadora, me puse a escribir la carta a Trapper-Fred, que decía así:

Trapper-Fred:

Todavía no puedo

*comprender todo lo que me
escribes en tu carta.*

Después de esto, ya no sabía cómo continuar la carta. ¿Habría de decirle lo triste que estaba al tener que abandonar la cabaña? Sin embargo, cabe imaginar lo triste que estaría él, que la había construido con tanto esmero, tan sólidamente, tan limpia, como no había visto yo ninguna otra en el mundo. El lago, el arroyo, el salmón, todo animal que llevara piel en muchas millas a la redonda, todo le pertenecía, incluso los lobos y el lugar donde hacía sus picnics en las colinas, las ovejas salvajes y el

oro de las arenas del arroyo. ¿Ahora quería instalar una granja para la cría de zorros? Ninguna granja del mundo podría proporcionarle siquiera una piel de zorro negro como la del invierno pasado. ¿Una granja de zorros? Los ánades salvajes pasarían volando por encima de ella en primavera y otoño. El *blizzard* aullaría alrededor de la casa, los zorros, los perros, incluso los mosquitos, le recordarían siempre su cabaña a orillas del lago, y a mí me ocurriría lo mismo. Siempre estaríamos pensando en aquella cabaña, y este recuerdo nos llenaría de tristeza.

El piloto volvió a entrar con la

tajada de carne.

—Antes de freirla tienes que sumergirlo en agua para descongelarlo —le dije.

—No es la primera vez que lo hago —respondió, mientras buscaba las cosas que necesitaba.

—¿Le duele mucho la pierna? —le pregunté.

—Va cojeando ya con ella la mar de bien —gruñó el piloto—. Tiene muy buen aspecto, ha engordado de lo lindo.

—¿Es verdad que quiere organizar una granja para la cría de animales de piel?

—Sí, y no es mala idea. Yo sé de un

macho de zorro de primera clase, que le iría muy bien para el negocio. Le convendría ahora encontrar el socio adecuado. Si yo estuviera en tu lugar, no lo pensaría mucho. Después de todo, tú ya le conoces. Los dos juntos organizaríais una granja estupenda.

—Pero echará de menos la cabaña. Enloquecerá de nostalgia por la cabaña, por el lago, por todo lo que hay aquí...

—Seguro, al principio le será un poco difícil. Cuando yo pienso que algún día pudiera dejar de volar... preferiría un accidente en el que no quedara nada de mi cuerpo.

Ya no le dije nada más y seguí

escribiendo:

No quiero organizar contigo ninguna granja de zorros. No quiero empaquetar nada ni preparar nada para el sucesor. Odio al que quiera tomar posesión de tu cabaña. Y también estoy enfadado contigo. Quiero que regreses para poner trampas conmigo, cuando estés bien. Hasta que hayas aprendido a andar de nuevo, yo puedo atender a las trampas. Tú puedes entonces cocinar, arreglar las pieles, cuidar de

los perros y cortar leña. Todo ello puedes hacerlo muy bien con un solo pie. En el campo de leñadores teníamos un yanqui que no tenía más que un pie. Habrías tenido que verle, cómo trabajaba. Vuelve y quédate aquí, hasta que hayas visto cómo van las cosas. Sólo entonces, cuando los dos nos hayamos convencido de que no marchan bien, reflexionaremos sobre todo ello. Tu pierna me tuvo de momento muy preocupado, pero ahora me preocupan más tus ideas, que no

*son las de un hombre sano.
Deseo que vengas cuanto antes.
Tu socio «Pequeño Zorro».*

Una vez hube escrito la carta, la puse en un sobre y la cerré.

El piloto había preparado para mí otra tajada de carne. Comimos los dos juntos.

—He comido carne más tierna que ésta —dijo—. Bueno, ¿te has decidido ya a ser su socio en la cría de zorros?

—Puedes desollarme, si hago tal cosa. No pienso hacerlo antes de que me hayas traído a mi amigo y haya permanecido aquí toda la temporada de

la caza.

Entonces le referí lo que había escrito a Trapper-Fred en la carta. El piloto dejó de comer unos instantes.

—Claro —repuso—, ¿por qué no habría de intentarlo, después de todo? En aquella granja no haría más que consumirse. Eres un chico listo, «Pequeño Zorro». Puedes llamarme Bill. ¿Cómo puedes pertenecer a la familia de ese jefe borrachín?

—Antes de que fuera un borracho —le expliqué—, era un gran jefe. No hay que olvidar esto. Y mi madre era una haida.

Mientras decía esto, tocaba con la

mano el collar de cacique que colgaba de mi pecho.

—¿Ah, sí? ¿Con que una haida? — dijo—. Son buena gente. Y en cuanto al jefe... naturalmente, antes era un jefe.

Y ellos nunca elegían para ello a un hombre malo.

Estuvimos fumando en pipa un buen rato, y luego dijo el piloto:

—Eso será lo mejor para Trapper-Fred. A decir verdad, este asunto le tiene un poco trastornado. Al principio le ocurre a todo el mundo igual. Cuando les falta un trocito de su cuerpo, todos creen que no valen ya nada. Yo me encargaré de convencerle, y puedes

estar seguro de que vendrá, tan seguro como que me llamo Bill. *Good-bye*, «Pequeño Zorro».

Y diciendo esto, me dio la mano.

—*Good-bye*, Bill —le dije, y los dos nos despedimos cordialmente.

Al cabo de tres días, oí de nuevo el zumbar del avión. Puse la olla sobre la estufa y metí dentro de ella dos latas de pavo asado. Todavía tuve tiempo de terminar de preparar la pasta para los buñuelos. Entonces llegué en el momento justo para ver aterrizar el aparato. Bill saltó de la cabina y luego ayudó a Trapper-Fred a descender. Éste se acercó entonces cojeando sobre el

hielo, apoyándose en su muleta. Yo me dirigí a su encuentro, y de buena gana habría echado a correr para recibirle cuanto antes.

—Hola, «Pequeño Zorro» —me dijo, dándome la mano.

—Hola, socio —le dije.

Y dirigiéndome al piloto:

—Hola, Bill.

Trapper-Fred miró al piloto y luego a mí.

—Vaya, cuánta familiaridad —dijo—. ¿Es que habéis bebido whisky juntos?

—Le permití que me llamara como me llaman mis amigos. Es un honor para

mí. Después de todo, su abuelo es un jefe, y mi abuelo no era más que marinero, y, además, en un barco del Mississippi —repuso riendo el piloto.

—¿No te ha contado también que él es asimismo un jefe? Anda, «Pequeño Zorro», muéstrale el collar de jefe, para que sepa con quién está tratando.

Saqué el collar de mi pecho, y Bill lo tomó en la mano. Lo estuvo contemplando largo rato.

—Conque se trata de un verdadero jefe —dijo, y esta vez no se echó a reír.

Y aunque me daba un poco de vergüenza, me sentí, sin embargo, orgulloso, porque comprobé que el

collar aumentaba en Bill el aprecio hacia mi persona.

Entramos en la cabaña, y lo primero que vio mi socio fue la piel del lobo plateado. La examinó detenidamente y advirtió también al punto el lugar donde había introducido yo la bala.

—Un magnífico disparo —dijo—. ¿Dónde lo atrapaste?

Entonces le referí todo lo ocurrido, y los dos hombres escucharon con gran atención mis palabras, sin interrumpirme una sola vez.

—Cuando le vi tendido sobre la nieve, muerto, me alegré; pero no tanto como había pensado antes que me

alegraría. No quiero cobrar por él la recompensa ofrecida.

Los dos asintieron y dijeron que tenía razón.

Entonces les hablé de la visita de los esquimales, de las pieles y de la perra que había adquirido. Fui a buscar las pieles, y mientras las miraban, no cesaban de mover la cabeza.

Trapper-Fred dijo entonces:

—Y pensar que una vez traté de echar de mi lado a este muchacho.

Bill dijo riendo:

—En cambio, tuviste suerte de que no se te escapara.

CAZANDO DE NUEVO CON TRAMPAS

Trapper-Fred encargose del trabajo en la cabaña, como si nada hubiera sucedido. No estaba triste. Incluso bromeaba más que antes, y hablaba también más. Pero yo observé que no era feliz.

De una cosa me alegraba, sin embargo: ahora trabajaba también en el tablero de dibujo cuando yo me hallaba presente, y me hablaba de los dibujos.

En aquel momento estaba haciendo precisamente sus cálculos para la construcción de una presa.

Por la noche, permanecía a veces sentado, descolgaba de la pared una raqueta y la contemplaba largo rato. Una vez le oí decir en voz alta:

—Sí, creo que resultará.

Y puso en seguida manos a la obra. Con un cuero grueso se hizo una especie de caña de bota para el muñón de su pierna, que podía sujetarse fuertemente con cordones. La rellenoó de lana y trozos de piel. En la parte inferior colocó, sujetándolo con clavos, un tarugo. En la raqueta puso un disco de

cuero agujereado, al que adaptó el tarugo. Sujetó luego el conjunto por delante y por detrás y por ambos lados mediante una liga de cuero que colocó por debajo de su rodilla. Estuvo trabajando en ello muchas tardes, y yo le ayudé, hasta que la obra quedó perfecta.

Finalmente, llegó el momento de probar el invento. Allí donde había nieve blanda, todo iba muy bien, pero sobre la lisa superficie del hielo, debía andar con mayor cuidado. Dedicaba mucho rato a entrenarse, según pude observar por la nieve pisoteada delante de la cabaña, cuando yo regresaba a ella.

Habían transcurrido tres días desde aquél en que por vez primera probó su invento. Cuando estábamos aún en la cama, le dije:

—Me duele un poco el vientre y también la cabeza. Creo que será mejor que hoy no salga de la cabaña.

—¿Tienes calor? —me preguntó.

—No —le respondí—, no tengo fiebre.

Pero él fue a buscar el termómetro y examinó mi temperatura.

—No tienes fiebre —dijo—. Voy a darte una pastilla. Quizá el tocino estaba pasado, o acaso comiste demasiado chocolate.

—Ya hace tiempo que no tengo chocolate. Ve a Arctic-City y tráeme un poco.

—Creo que lo que pasa es que te has vuelto un poco gandul.

—Pero tengo dolor de cabeza —le aseguré.

Sin embargo, yo no sabía lo que era tener dolor de cabeza, excepto lo que uno experimenta al beber demasiado *hootch*. Me hizo té y tuve que tragar también la amarga píldora que me dio.

Al poco rato me dijo:

—Yo podré hacer la zona de trampas que rodea el lago. La que se extiende hasta la tundra tendrá que esperar.

—Yo, en tu lugar, esperarí­a —le dije—. Durante los pasados cuatro días, ningún animal cayó en las trampas. Creo que no corre tanta prisa.

—Y precisamente hoy puede caer un zorro negro. Por lo menos quiero intentarlo.

—Está bien —repuse—, tú sabes lo que haces. Quizá resulte mejor de lo que yo imagino. Si la cosa va mal, tienes todavía los perros y el trineo junto a ti.

Preparó lo necesario y se fue. Pero yo me tapé la cabeza y me eché a reír debajo de la manta. Cuando oí que se alejaba con el trineo, me levanté. Cogí la escopeta y los prismáticos, y seguí

sus huellas hasta el lugar en que pude contemplarle casi por espacio de una hora.

Todo iba bien. Cuando los perros avanzaban, él corría renqueando algo cómicamente detrás del trineo. Pero les hacía avanzar despacio. Vi también cómo examinaba las dos primeras trampas. Una vez tropezó y cayó al suelo, pero se levantó en seguida. Ahora ya sabía que no tenía que preocuparme por él.

Volví a la cabaña. Cuando creí que había llegado la hora de preparar el almuerzo, fui a buscar dos latas de conserva de pavo asado, lo guisé con

macarrones y abrí una lata de cerezas de California, que tanto le gustaban. Y todo el rato no hacía más que reír conmigo mismo, pensando en la cara que Trapper-Fred pondría al regresar.

Me puse delante de la puerta de la cabaña, esperando hasta que le vi llegar. Luego cogí mi escopeta y disparé varias veces al aire; ésta era nuestra señal de alarma. Vi cómo fustigaba los perros y corría cojeando detrás del trineo.

Al llegar dejó los perros con el trineo ante la puerta, y entró cojeando en la cabaña.

—¿Por qué has disparado? —me preguntó, jadeando.

—Quería sólo que te dieras prisa, para no llegar tarde a comer —le dije —. Hay pavo y cerezas de California.

Entonces me miró unos instantes sin decir una palabra.

—Y de tu dolor de cabeza, ¿qué hay?

—Desapareció tan pronto como tú te fuiste.

—¡Indio piojoso y embustero! —me gritó, dándome un empujón que me hizo caer de espaldas sobre la cama. Los dos nos reímos a carcajadas.

Y ahora mismo, escribiéndolo, no puedo por menos de reírme. Trapper-Fred, que en estos momentos está

acostado en su cama, fumando en su pipa, también se ríe, pues me ha preguntado por qué me estoy riendo, y se lo he dicho.

El fuego crepita en la estufa, y el tubo está casi al rojo. Afuera aúllan los perros.

—Si mañana vuelve a nevar iremos a buscar las trampas —me dice.

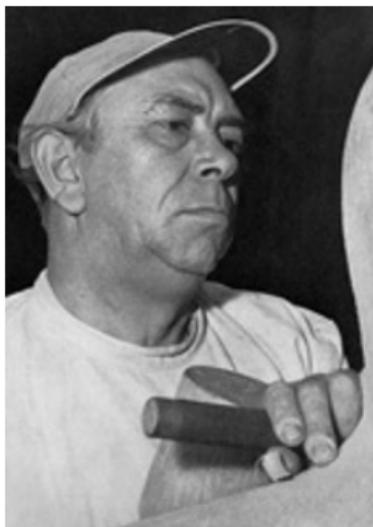
—Sí —le respondo—, es de esperar que no vuelvan a darme los dolores de cabeza y que puedas arreglártelas tú solo.

—¿No tienes miedo, pequeño jefe, de que te eche de mi cabaña?

—En absoluto, pues tú necesitas mis

dólares en el caso de que quieras establecer tu granja para la cría de zorros.

Trapper-Fred, al oír mi respuesta, vuelve a reír con todas sus ganas.



HANNS RADAU (Johannes Conrad Radau) (Teistimmen, Prusia Oriental, 24 de marzo de 1901 - Itzehoe, Alemania, 18 de diciembre de 1960).

Hanns Radau nació en Teistimmen, Prusia Oriental el 24 de marzo de 1901. En 1906 la familia se trasladó a

Braunsberg (hoy Braniewo), donde asistió a la escuela primaria hasta 1915. Desde 1915 hasta 1921 asistió a la escuela preparatoria y a la Escuela Normal graduándose como maestro. En 1922 comienza a trabajar como profesor en la escuela gratuita en Dinslaken hasta que la escuela se disolvió en 1933. Se casa en 1926 y en 1931 tiene a su primera hija. De 1934 a 1940 trabaja como profesor en Reydt. En esta época también realiza las primeras esculturas de madera. De 1940 a 1945 fue profesor en Gdingen (ahora Gdynia). Desde 1943 combatió como soldado en la Segunda Guerra Mundial siendo hecho prisionero

por los ingleses en 1945. Acabada la guerra volvió al trabajo en Itzehoe (1946) como profesor en una escuela primaria llegando a ser subdirector (1953) y retomando su obra escultórica. En 1950 se casó por segunda vez y en 1951 nace su segunda hija. El 18 de diciembre de 1960 Hanns Radau murió en Itzehoe a consecuencia de una grave enfermedad.